MEMORIA

SOBRE

LA VIDA POLITICA Y LITERARIA

DE

D. FRANCISCO MARTINEZ DE LA ROSA

POR

LUIS AUGUSTO REBELLO DA SILVA

SOCIO EFECTIVO DE LA REAL ACADEMIA DE CIENCIAS DE LISBOA,
COMENDADOR DE LA ORDEN DE SANTIAGO DE LA ESPADA
EN LA CORONA DE PORTUGAL,
PROFESOR DE HISTORIA MODERNA Y PATRIA EN EL CURSO SUPERIOR DE LETRAS
Y DIRECTOR DEL MISMO,
VOCAL DEL CONSEJO SUPERIOR DE INSTRUCCION PUBLICA,
PAR DEL REINO, ETC. ETC. ETC.







LISBOA
EN LA IMPRENTA DE LA REAL ACADEMIA DE CIENCIAS
1863

Á S. M. LA REINA DOÑA ISABEL II



SEÑORA:

La buena memoria de los subditos, que por la elevacion del ingenio y la admiracion de sus virtudes, engrandecen á las naciones y realzan la gloria y esplendor del trono, por ningun soberano ha sido mas apreciada que por V. M., cuyo glorioso reynado será digno de citarse, cual lo es el de D. Carlos III, vuestro Augusto Predecesor, tanto por el estimulo que dió á las letras, como por el merecido premio con que las favoreció en su tiempo.

D. Francisco Martinez de la Rosa, es uno de los nombres que la historia ha de consignar con mas elojio en sus paginas, celebrando su nunca desmentida lealtad á la corona y á las instituciones, la elocuencia de su palabra, y el tímbre de su reputacion literaria, aplaudida no solo por la España, sino tambien por toda la Europa. Mientras que el juicio de la posteridad no confirma el valor de su pérdida, me será permitido, apesar de haber nacido bajo otro cielo, y de conocerle unicamente por las relaciones intelectuales hijas de la provechosa leccion de sus obras, antíciparme con el tributo, no de lisonja, que no cabe á los muertos, pero si de espontaneo y justificado encómio, deponiendo sobre el sepulcro del grande estadista y escritor, una modesta corona entrelazada por las humildes manos de un consocio suyo, en las pacificas lídes academicas.

Me atrevi á esperar, que la digna heredera del cetro y de las admiradas prendas de Isabel la Catolica, aceptaria la dedicatoria de un ensayo, que, unicamente tan esclarecida proteccion y la sincéra voluntad que lo inspiró, pueden salvarle de completo olvido. Por tanto, no pretendo para esta memoria, consagrada á la admiracion de la prolongada y fecúnda carrera de D. Francisco Martinez de la Rosa, otro lugar, sino el que le compete en la benevolencia de V. M.; sobre todo, siendo escrita por un estrangero, que apreciando, cual

corresponde, la fidelidad debida al amor de su Principe y al esplendor é independencia de su patria, siempre entendió, que estos patrioticos sentimientos, indelebles en el corazon de los portugueses, lejos de escluir la intimidad entre dos naciones hermanas, debian de dia para dia estrecharlas mas, penetradas cada una de ellas del glorioso papel que ya representaron en la historia, y de los futúros destinos para que la Providencia las reserva.

Suplicando á V. M. que se digne acojer esta dedicatoria, y relevar la osadia de la oferta, y las faltas y humildad de la obra, ruego á Dios que dilate, guarde, y haga prosperos sus preciosos dias.

Lisboa 20 de Setiembre de 1862.

SEÑORA:

A. L. R. P. D. V. M.

LUIS AUGUSTO REBELLO DA SILVA

I

El túmulo acaba de cerrarse sobre uno de los hombres, que mas ennoblecieron en este siglo á la España como poeta, historiador y publicista, en el fecúndo campo de las ideas, como estadista en los consejos de la corona y de la nacion, y como orador en las lúchas de la palabra, en que tantas veces triunfó.

Vivos aun los recuerdos y no marchitas tambien del todo las flores esparcidas sobre sus cenizas, observaran algunos, que la voz de la generacion que lo vió y admiró, no puede levantarse serena é imparcial, pareciendoles temprano, para hablar de él, como se ha-

bla de los que dejan de si honrada memoria. Ante el sepúlcro cerrado ayer estrañaran otros, que citemos ya como de la posteridad, el nombre de aquel, que conocemos tan de cerca, de aquel, que puede decirse que aun nos escucha al traves de la losa, y para el cual, equivale nuestra anticipacion, á un juicio sospechoso, porque el afecto, tomando el lugar de la razon, como que se arroja á usurpar el tribunal antes de que el futuro lo constituya.

No alimentamos la audacia de suponer, que un testimonio oscuro pueda en cualquier tiempo grangear una leve alusion de la historia. Para nosotros, hijos de otra tierra, y estraños á la atmosfera, que respiran en el reyno vecino, las pasiones y las influencias, Martinez de la Rosa, significó siempre solamente un grande nombre. Nunca le conocimos sino por sus obras, y para inclinarnos reverentes, no esperamos á que sus restos enfrien del todo, ó que el silencio, que se hace en torno de los túmulos, comience para el.

Si amigos y adversarios dando treguas á los combates politicos y recojidos en su dolor, pronunciaron las ultimas palabras, con que los vivos se despiden de los muertos ilustres, nadie por cierto, nos llevará á mal, que hoy los imitemos, acompañando en su luto á la nacion, que por tantos vinculos de parentesco intelectual debemos llamar hermana.

Las fronteras alzadas entre nosotros y ella y guardadas por el amor de la patria, por las tradiciones de los antepasados y por la vigilancia de la independencia

propia, nunca han de separarnos, cuando tratemos de defender y engrandecer las mutuas conquistas de la civilizacion, de festejar las glorias y los progresos reciprocos, ó de celebrar con piadoso respéto la memoria de nuestros hijos mas preciados.

En las gloriosas guerras, que redimieron el suelo de la peninsula del yugo arabe y de la invasion estrangera, hermanos y soldados sucunbimos y vencimos muchas veces, unos al lado de los otros. Las victorias que mas realzan el libro de las pasadas glorias de las Españas, fueron en varios lances comunes para ambos, y los monumentos, que las simbolizan, donde quiera que ecsistan, no son unicamente de la tierra que los ostenta, son de todos nosotros, hijos de la misma raza. Españoles y portugueses, ya constituidos en naciones distintas, ya independientes como dos pueblos libres, seremos dignos de nuestro tiempo y de las elevadas ideas de nuestros dias. En la esféra de los interesses economicos é intelectuales debemos caminar siempre unidos y acordes, llevando la esperanza, como luz, ante nosotros, y lanzando sin recelo los ojos hacia el porvenir.

Para la convivencia intima de las letras, para el desenvolvimiento filosofico, y para la asociacion intelectual, en fin, si levantasemos aun mas las fronteras morales que nos dividen, prohibiendo la entrada á todo tratado amigable, sancionariamos la negacion de este siglo y de sus progresos. Corazones y espiritus de hermanos, no deben envenenarse con aprensiones hostiles, colocando la desconfianza como vijilante al limite del territorio, y provocando el odio, como obstaculo,

tan solo para vivir cada uno tranquilo y apartado en casa propia. Podemos entendernos y estimarnos, contribuyendo ambos para los grandes propositos, que los reinos ilustrados promueven en comun, sin que nos atajen recelos pánicos, ó sospechas infundadas. Cuando la velocidad de las vias férreas y la rapidez de las comunicaciones electricas, cuentan por horas y momentos las distancias, Madrid y Lisboa, tan procsimas y tan vecinas, no han de hablarse y conocerse?

Nuestra sangre se derramó con la sangre española, en la gigantesca lucha, que forma uno de los mas grandiosos episodios de la epopéya del primer imperio. Los huesos de los portugueses y de los españoles se mezcláron en la misma fosa abierta despues de la pelea. Creencias, sentimientos, y brios, padecimientos, sacrificios y rasgos de adnegacion, todo en esos dias melancolicos, repartio el destino con pesada mano entre los dos pueblos.

La memoria de este pasado, que aun no va tan distante, que pueda olvidarse, debemos avivarla de parte á parte, no para exacerbar resentimientos, pero si para acudír á la voz de la civilizacion, cuando llame á cada uno por su nombre. El libro y el poema, la accion y la palabra, el gobierno y el consejo, cuentan con orgullo, en los dos paises aplaudidos representantes de las nuevas ideas. Si los que primero han llegado fundaron las instituciones actuales, á los que despues vinieron cumple continuar la obra, para que dando un nuevo impulso al edificio, y limpio el sudor de la fatiga, cedan á otros el lugar y los instrumentos del trabajo.

D. Francisco Martinez de la Rosa, casi desde la infancia consagrado á la relijion de la libertad constitucional, confesor y martir de ella entre cadenas y en la emigracion, aprendió con las leccionees de la adversidad, á recoger maduros los frutos de la esperiencia. Incapaz de transigir con errores en nombre del antiguo regimen, momentaneamente triunfante; incapaz de sacrificar por flaqueza de ánimo ó por deslumbramiento ambicioso los nobles principios, que una vez habia profesado, tomó siempre por base de reconciliacion entre el pasado y su época, la monarquia como símbolo, el orden como medio, y la libertad como fuerza.

Las vindictas é imprecaciones de los que mas calumniaron los adelantos proclamados en el siglo XIX nunca le demudaron; el delirio de los innovadores, obcecados por el ardor de demoler cuanto no datáse de sus dias, tampoco le arrastró consigo como cortesano de la plebe. Levantando el estandarte que en las horas de prueba habia sido su divisa y su esperanza, los reveses, nublandole ó iluminandole la ecsistencia, las prosperidades, sonriendole por entre ilusiones, jamas perturbaron la serenidad de su animo, ni le apartaron del camino que siempre siguio con escrupulosa lealtad.

Llegando al ultimo periodo de la vida, cuando las tristezas y el desaliento en tantas ocasiones suelen posar al lado de nuestro lecho, su conciencia, púra de remordimientos, y segura de la verdad, nunca se ofuscó entre sombras. En la blanda vejez del cuerpo, aquel espiritu siempre despierto, jamas se heló con los rigores del invierno, ni por enfermo, ó por incredulo, se

desmentió á si ni á las fecundas inspiraciones de la juventud.

Coronado de lauros y de canas; contemplando la sociedad hija de las doctrinas que habia difundido; reposando de tantas fatigas en los deleitosos ocios que le brindaban las letras y la amistad; joven en el alma y en las simpatias; anciano en la prudencia, á semejanza de Chateaubriand, su ilustre contemporáneo, vió pasar por delante de si, vigorosas y activas, las generaciones educadas en su escuela, y lleno de confianza en las promesas del futuro, las saludó como herederas de las tradiciones señaladas en el largo periodo de tan meritoria carrera.

Su mayor gloria consiste, en que hasta el ultimo aliento, se conservó imparcial entre el pasado y el presente, justo para con ambos, sin encarecer airado los desvios y preocupaciones del primero, sin dudar ni separarse del segundo, en el apogeo de las mayores exageraciones ó de las menos disculpables temeridades. La fé, compañera inseparable de sus esperanzas relijiosas, firme baluarte de sus opiniones politicas, la fé, alumbró siempre hasta el ultimo dia todos sus pasos, donde quiéra que las tinieblas de los tiempos le oscureciesen de repente el camino, donde quiéra que despejados los horizontes radiase de nuevo con todo su esplendor el sol de la libertad.

Decedido defensor de la monarquia constitucional, inculcandola como puerto de refujio mas apacible contra los naufrajios, con que las tempestades sociales suelen amenazar á las naciones, consagróle, á la manera de

los antiguos héroes castellanos, aquel respetuoso culto, cuyo timbre es la honra immaculada, cuya guarda fué siempre la fidelidad caballerosa.

Para él, la lejitimidad, hija de la sincera alianza del derecho dinastico hermanada con la voluntad nacional, reasumia y encerraba todos los elementos de la regeneracion y del futuro engrandecimiento de la España.

Aplaudido en su patria como patriarca de la escuela liberal, como inspirado poeta, y como ministro y orador inaccesible á las seducciones de la falsa popularidad, la Europa, si respetó en Martinez de la Rosa, al estadista honrado por los bellos rasgos de virtud civica, no lo admiró menos, como escritor esmerado y correcto, digno sucesor de los grandes hombres, que immortalizaron en los metros y la prosa, el idioma de Cervantes y de Calderon.

La noticia de su muerte, el casi repentino golpe, que lo arrebato á la ternura de la familia, á las honrosas lides de la ciencia, y á los estremos de la amistad, no fue lastimada unicamente en la tierra castellana, tan fértil en talentos elevados, y espontaneas vocaciones; mas allá de las fronteras impresionó igualmente á los estrangeros, que admiraban en el ministro constitucional de Fernando VII y de Isabel II, el celoso campeón de la libertad, el discreto y ameno confidente de las musas romanas y españolas, y el historiador convencido y filosofico de las revoluciones politicas del siglo.

La generacion de los fuertes, compuesta de los pri-

meros que cimentaron las modernas instituciones, afectos á celebrar en Martinez de la Rosa uno de sus representantes mas gloriosos, volvió los ojos cargados de llorosa pena para ese túmulo, cuyas inscripciones gravará mas tarde el reconocimiento de los venideros. El luto nacional de la España no cubrió tan solo con fúnebre aparato la tribuna parlamentaria privada de su voz elocuente, llegó tambien á los consejos de la nacion, huerfanos de su prudencia, y á los regios palacios, no olvidados de su núnca desmentida lealtad. Al paso que la triste nueva fue dilatandose, unieronse al dolor de sus correlijionarios, todos los que en las paginas de D. Francisco Martinez de la Rosa, ó en el suave trato de su espirituosa conversacion, habian aprendido á valuar, como el autor del *Espiritu del Siglo* armonizaba la firmeza de las creencias con la moderacíon conciliadora; como aquel bello ingenio desterrando preconceptos, y siempre ornado cual Anacreonte con las rosas de una constante primavera, aceptaba complaciente todos los progresos, afectuoso con el presente, generoso con el pasado, rico de esperanzas y de simpatias con el futúro.

Cuando en el transcurso de cincuenta años, llenos de vicisitudes y revueltos por repetidas tempestades, un hombre, como Martinez de la Rosa, llamado desde las revoluciones á la escena agitada de su epoca, llena en ella los primeros papeles, soporta el peso de las mayores responsabilidades, y corrido el telón, cierra los ojos al cabo de una larga ecsistencia, manteniendo ilesa su reputacion entre tantos astros desmayados; cuando antes de la paz del sepulcro, callan las rivalidades, y amigos y adversarios, justifican la bondad de su alma y

las dotes de su talento; cuando vecinos y estraños, hablando por una sola voz, aplauden las galas de su elocuencia como orador, admiran en el poeta los cantos apasionados que moduló en las secretas horas de la emigracion, y ecsaltan la concision viril de los pensamientos en el historiador y en el publicista; finalmente, cuando ni la amenaza del patibulo alzado, ni el siniestro lucir de los puñales, ni los clamores de la demagogia, ni las tentaciones de la reaccion, señora del mando, en vano le acometen y nunca consiguen doblegar la firmeza del caracter ó retraerle de la constancia de los convencimientos, el ministro, el escritor, el poeta, el publicista, á quien el embate de tantas olas, no hizo vacilar sobre el pedestal en que la honra y la fe politica le colocaron, nos ofrece uno de esos raros modelos que las adulaciones no enbanecen, que las grandezas no corrompen, que los contemporaneos respetan, y que la posteridad ha de venerar, recordando los tiempos infelices, en que la venalidad y la apostasía tejian coronas á la perfidia y á la traicion para que despues, una justicia tardia, aunque inecsorable, arrastrase los falsos triunfadores del capitolio usurpado á las jemonias.

Los típos de estos caractéres fundidos en antiguos moldes, tan nobles y elevados en la espresion, tan benevolos y delicados en el trato, se hallan reproducidos en Martinez de la Rosa. En él, nunca la cabeza sofocó al corazon; la prudencia nunca degeneró en astucia, ni modificada, se debilitó al contacto del egoismo personal. Mas alto siempre, que las lides de las parcialidades, su espiritu nunca se rebajó á rastrear en pós de premios.

El hombre eminente que conmemoramos, blanco de las saetas del infortunio, hoy ídolo, ayer victima de popularidades caprichosas, sin lamentar el rigor de los castigos no merecidos, pasó mas de una vez á pesar suyo para los brazos de ovaciones impetuosas. En su vida sin mancilla, colmada de honrosos servicios, cuando la muerte podia punirlos; en los actos dictados por el amor de la patria y por el celo del esplendor de la monarquia, nunca aspiró á otra recompensa, que no fuese el testimonio de la conciencia satisfecha.

Lanzado por el furor de las revoluciones desde la cátedra de legislador para el silencio de los calabozos; hoy proscripto, y cargado de cadenas; mañana elevado al ministerio entre aclamaciones; alzado sobre los broqueles populares; sospechoso y calumniado acto continuo; pasando casi á la misma hora desde las opulencias del poder para las soledades del destierro; restituido á la patria y á la direccion de los negocios; cuando la vida politica le ofrece treguas, le vemos obtener, el olvido de la injusticia de los partidos, de la indiferencia de los amigos, y del odio de los contrarios, en la cultúra de las letras y en la familiaridad de los grandes maestros.

Seguro de si, no apartando la vista del fanal, con que la libertad lo esclarecia desde lejos; piloto por veces incumbido de gobernar la nave del estado en medio de los nublados de tiempos calamitosos; cuando los huracanes bramaban desatados, y el naufrajio y la muerte se le retrataban á cada paso delante de los ojos, en la vela rota llevada en alas de la borrasca, ó en el pro-

fundo seno de las ondas abiertas en los abismos, empuñando la caña del timon firme y sereno, quien esperaria que el poeta, como en las horas de bonanza, leyendo en las estrellas del firmamento medio toldadas por las nuves, la derrota en el viage del futúro, habia de salvar el bagel de los escollos ó no pudiendo guiarlo, arribaria por lo menos á una costa, donde el desastre fuese menos doloroso?

Si alguna vez naufragó con las tripulaciones confiadas á sus cuidados, fiel al deber, no las abandonó. Besó con ellas la tierra hospitalaria del destierro; descendio del valimiento sin congojar, y resignado con las tristezas de la emigracion, cambió la servidumbre cortesana, por la mediania de la vida solitaria, y para no perjudicarse, preferió largos años de espatriacion y de pobreza, prefirio el trabajo santificado por el patriotismo, prefirio la muerte lejos de los suyos y de todo lo que amaba, á las grandezas compradas, al vilipendio de una retractacion, que la infamia pregonaria de cierto como una de sus mayores victorias.

Esté fue D. Francisco Martinez de la Rosa, tan llorado por las virtudes que le ornaron, como por las prendas de su noble ingenio. No bien imprimio la planta en la escena politica, los mas graves sucesos de su tiempo le conocieron como actor y como victima. La libertad le contó entre sus decididos defensores. Parecido á Chateaubriand, se honraria como él, en haber sido el cortesano del infortunio, si el trono de la España vacilase. Esta generacion rareada por los años, que va desapareciendo de dia para dia, maestra y consegera en las luchas de

la vida publica, utilizó para nosotros, mucho mas que para si propria, los elementos con que la civilizacion abre hoy caminos. El precio doloroso porque nos conquistó la libertad, fueron lagrimas, sangre y sacrificios. Inclinemonos delante de cada uno de esos muertos ilustres, que vàn pedir al sepulcro el reposo, y que mas tarde ecsigiran de la posteridad una memoria. Pertenecen á una noble y envidiada raza, acatada por los pueblos y celebrada por la historia, porque hombres asi, ó fundan la gloria de las naciones, ó restauran con sublime osadia las libertades esclavizadas, y los principios ofuscados.

II

D. Francisco Martinez de la Rosa nacio en Granada á 10 de marzo de 1787.

La tierra, en que vió la luz, ilustre por las nobles memorias, que la ensobervecen, y envidiada con motivo por la lozana franja de vergeles, que la rodean, se refleja entre risueña y melancolica en la cristalina corriente de dos rios, y destaca bajo las cumbres de la sierra frontera, siempre coronadas de nieve.

Dígna cuna de un poeta: reclinandose sobre las flores de la esmaltada vega, que se estiende á sus plantas, y que bañan las frescas aguas del Darro y Genil, Grana-

da, embellecida por los dorados rayos del sol, y embriagada de perfumes, hace ya siglos, que señala con orgullo para los monumentos de su Alhambra, donde parece que cinceles majicos labraron los admirados primores, encanto de tantas generaciones, bella y sensual espresion de un arte, que espiró con los arabes sin dejar émulos ni herederos.

Ornada con sus ruinas, antigua y mas preciosa corona, que la de opulentos edificios datados de ayer, la deliciosa ciudad de Andalucia, entre sus poeticas hermanas, Sevilla y Cordoba, no desmerece á la gloria de consignar mas este nombre esclarecido, en el libro de oro de sus hijos.

El año de 1787, en que Martinez de la Rosa soltaba los primeros vaguidos de la infancia, fue tambien rejistrado en la historia da humanidad.

La Asamblea constituyente de Francia instalaba la tribuna libre, y los pueblos suspensos de los labios de de los oradores, escuchaban la demostracion de sus derechos y la revelacion de los futúros destinos à que serian llamados. Las maximas filosoficas, paciente esfuerzo de una escuela, poco escrupulosa en la eleccion de las armas, se habian insinuado en el animo de todas las clases; el odio à los abusos, la ironia fatidica de los preconceptos y el ardiente deseo de reformas eficaces, acallando en el espiritu y en el corazon, no solo de los que no descendiam de la nobleza de la espada ó de la nobleza de la tóga, como tambien en el seno de la aristocracia y de las mas elevadas gerarquias, las alu-

cinó contra si mismas, y contra sus propios intereses, por una aberracion de que no parece facil citar muchos ejemplos.

Al principio, privilejiados y quejosos, opresores y oprimidos, todos saludaban en aquellas instituciones, apenas perfiladas el dia anterior, la imagen auspiciosa de una suspirada regeneracion.

El ruido, que anunciaba los progresos de la obra social, no era todavia otra cosa mas que un estrepito ocasionado por la caida de los escombros del antiguo regimen. Las aclamaciones, que se escuchaban, mas tarde sustituidas por feroces imprecaciones de venganza, se limitaban por el momento, á dar fuerza à los artífices incansables en medio de los despojos de la demolicion; y la esperanza, midiendo con la vista la amplitud de los horizontes, que se le abrian, desplegaba inpaciente las alas, pretendiendo levantar para ellos su vuelo arrojado. Las raices de la vieja monarquia carcomidas por el tiempo, cuando un soplo mas fuerte sacudió el tronco, se desprendieron del suelo unas en pós de otras, y el arbol inclinandose casi seco, dió en tierra desamparado. Al cabo de tres reinados de silencio, la voz de la nacion volvió á sonar mas grave é imperiosa, dictando leyes y creando una nueva éra.

El año de 1789 adelantó los primeros pasos. La revolucion aun pacifica y guiada unicamente por principios, llamaba á las puertas de la Europa. Muy pocos de los que la acompañaban, precabieron á donde llegaria despues de estralimitarse, y los menos de los que

fueron sus complices, no osaban imajinar entonces, que ella se atreviese un dia á levantar la mano sobre la cabeza del sucesor de San Luis, arrojando, em vez de guante, su corona vacia y ensangrentada al rostro de los viejas dinastias.

El prologo del instructivo drama, cuyas catastrofes macularon la sombria epoca de 1793, transcurrió durante la tierna infancia de D. Francisco Martinez de la Rosa. Cuando abrió sus ojos, los dias casi serenos de la primera edificacion constitucional, aun no se habian cargado de esa oscuridad, que es anuncio de tempestades; pero la vista de los principes ya se fijaba inquieta sobre aquel teatro donde todo era para ellos nuevo, escena y actores, accion y lenguage. Sintiendo por veces temblar la tierra por la base del trono, un presentimiento vago del procsimo terremoto les avisaba del peligro de esas orgullosas tesis, que transferidas de las regiones de la teoria para los dominios de la realidad, despues de confundidas con los hechos, haciendose hombres con las armas de la conquista empuñadas, amenazaron en pocos años el poder de los mas opulentos imperios.

La aurora, rayaba en Paris, centro de grandes innovaciones y de grandes pensamientos, aunque tambien á veces foco de repentinos y contradictorios sucesos, y mal despuntaba en la mayor parte de Europa como crepusculo dudoso, cuando ya en la monarquia de Luis XVI todo era claridad, convencimiento, é idea triunfante.

En la Peninsula, puesto que menos apartada de la convivencia intelectual de los otros reynos, no tanto co-

mo muchos piensan, tan solo alguno que otro ingenio privilejiado, en medio de la indiferencia general, divisaba la claridad distante de aquella antorcha, que atizada por la mano de la guerra, temprano incendiaria el mundo, desde el Sena hasta el Newa, desde el Nilo hasta el Tajo.

Contemporaneo de los personages eminentes de su epoca, Martinez de la Rosa, nació dos años despues de mr. Guizot y un año mas tarde que sir Robert Peel y que lord Byron. Gethe, Schiller y Chateaubriand, ya pisaban, mas ó menos aplaudidos, la senda que el ultimo, satisfecho de honras, de gloria y de desengaños, cerró al estruendo de la monarquia de julio que se desprendia desmoronada. Burke, el adversario irreconciliable de la revolucion francesa, la contemplaba ya con recelo, y poco á poco convertia en iras sus sospechas. Fox, en el vigor del talento, forjaba los rayos de la fogosa elocuencia, que lo hizo irresistible; y William Pitt, el enemigo implacable que la Francia habia de encontrar armado en el límite de todas las fronteras, Pitt, ministro en la flor de la juventud, desde algunos años se incumbia de la pesada responsabilidad, de continuar los vastos designios y la reputacion de lord Chatam, realzados con el nuevo explendor de su propio nombre.

En España, D. Manuel José Quintana, el clásico y esmerado autor de las *Vidas de los españoles celebres*, el inspirado cantor de la *España libre*, precediendo á la generacion, que lo saludaria rival de los mejores ingenios, habia nacido en Madrid en el mes de abril de 1772. D. José Maria Queipo de Llanos, conde de Tore-

no, el historiador del *Levantamiento, guerra y revolucion de la España*, abria los ojos en Oviedo, antigua corte de los reyes de Asturias, en 1786, Ysturiz ya esclareciera con su cuna otra provincia de España, y el sr. D. Antonio Alcalá Galiano, en varios lances amigo y compañero de Martinez de la Rosa, tambien entraba en el mundo por la misma epoca. Finalmente otro poeta, el autor de *D. Alvaro* y del *Moro Esposito*, D. Angel Saavedra, despues duque de Ribas, natural de Cordoba, los seguia de cerca naciendo en 1771.

Ninguno de estos hombres, dejó de representar importante papel. Unos aun mal volviam la incierta vista de la infancia para la grande escena que los esperaba, cuando otros ya tomaban parte en ella ; y algunos de edad mas abanzada ó mas desfallecidos, ya se aprocsimaban á los bordes del sepulcro, reposando momentos antes de vencer los ultimos escalones detenidos por la Providencia, para divulgar por la accion y por la palabra las doctrinas, que inspiraron los acontecimientos de este siglo. Cada uno de ellos contribuyo en su patria para el pleno triunfo. Estos rompiendo las cadenas que esclavizaban la conciencia y el pensamiento; aquellos asistiendo en medio de las convulsiones y de la anarquia, y á pesar de los resentimientos generalizados por sus delirios, á la disputada y laboriosa fundacion del gobierno representativo.

Algunos de los mas esclarecidos, empleaban al mismo tiempo todos los poderes de la voluntad y de la inteligencia, con el noble obgeto de reconciliar el orden con la libertad á despecho de los clamores y de la vio-

lencia de las pasiones; y otros mas felices, haciendo fecúnda la paz, lanzaban los fundamentos de la riqueza y de la prosperidad de los estados, concediendo la sancion practica á las verdades economicas, y marcando á los progresos morales y politicos, caminos menos tortuosos. En fin, otros abandonados al principio por la fortuna, se abstubieron de conbatir incesantemente, confundiendo con los numeros clamores de la prensa, á los representantes del pasado, que, suponiendo sepultadas por una victoria momentanea las novedades de la revolucion francesa, postrandose ante el sombrio panteon del absolutismo, esperaban ansiosos á que un milagro operase para ellos la resurreccion de un segundo Lazaro!

A tan noble generacion de corazones esforzados y dignos, resignados de ante mano para sacrificios y padecimientos, pertenecieron en España, Martinez de la Rosa y muchos hombres distinguidos por el nombre y por los actos; en Portugal, Manuel Fernandez Thomaz, D. Francisco de S. Luis, Manuel Borges Carneiro, Luis Antonio Rebello da Silva, Almeida Garrett, Manuel Passos y otros varones eminentes, que engrandecieron la tribuna, ilustraron las letras, y reasumieron la direccion de los negocios en ocasiones arriesgadas, venciendo sin flaquear crisis de suprema angustia.

Ninguno de ellos, en los dos paises, desmintió la vocacion, traicionó las banderas, ó desertó de su puesto en las horas de peligro. Alistados unas veces, segun los partidos, en determinados bandos militantes; encontrandose hoy, separandose mañana, y estrechandose luego, nosotros que los precedimos, les debemos la admiracion

y el respeto, que premian en la posteridad (y casi que la somos para ellos) la fé y la constancia intachable, las creencias sinceras purificadas por la espiacion, los prolongados servicios y los grandes rasgos de adnegacion. Proscriptos por la intolerancia en nombre de los crimenes de **1793**, y de los errores de **1812** y de **1820**, sin ellos, la igualdad civil y politica, y los dogmas que sobrevivieron á las ecsageraciones de la inesperiencia, y al ponzoñoso hálito de los odios, y al horror de las catastrofes, que tan temprano anochecieron en Francia la esperanzosa aurora de **1789**, aun hoy estarian lejos de la aplicacion que alcanzaron entre nosotros y en el reyno vecino, prevaleciendo apesar de la resistencia armada, que los combatió.

La educacion dada á D. Francisco Martinez de la Rosa, por una familia suficientemente acomodada, y afanosa, infundió en él las mas felices inclinaciones. La doctrina y el ejemplo, á la par de una esmerada instruccion, nada omitieron para desenvolver y estimular las prendas del espiritu y las cualidades del corazon, con que amanecian en el mancebo la indole y el ingenio.

Despues de aprender el frances, el ingles, el latin, el italiano, la historia y la filosofia, llegando á la floreciente juventud, sin que las distracciones de la edad, le apagasen ó desminuyesen el amor de la ciencia, se franqueó la entrada en las facultades, y desde los primeros pasos grangeó el aplauso de catedraticos y condiscipulos.

Aprovado con elojio en los cursos de matematicas,

derecho civil, y canonico, cuyos grados tomó en la universidad de la capital de su naturaleza, habia terminado á los veinte años los estudios superiores, y merecia á los ojos de todos un concepto tan subido, que, oponiendose á la catedra de filosofia moral, ofuscados los competidores, obtubo sin dificultad su nombramiento, y estrenó con este dichoso noviciado la carrera, que habia de terminar en la declinacion de la edad, deleitado igualmente tanto en las vigilias del estudio, como en la suave intimidad de las musas y de las discusiones academicas, refujio donde tantas veces halló consuelo dentro de la patria y fuera de ella, en los reveses y sinsabores que á menudo convatieron su agitada ecsistencia.

Mientras que aplicado á las letras y ciencias continuaba en Granada, con desvelo los estudios de la juventud, se cerraban de dia para dia, tan sombriamente, los nublados horizontes de la Europa, que en medio de la tormentosa noche, que siguió al despuntar de la revolucion de 1789, ni los principes, ni los pueblos, acertaban su camino, buscando infelizmente en el cielo la luz de alguna estrella amiga, ó demandando en vano á la tierra la mano valedora de la esperanza, porque hasta la esperanza, cubriendo el rostro ensangrentado y lacrimoso, los habia abandonado.

Al reynado de las ideas, á la iniciativa de los principios humanitarios, y á la voz de la verdad, sucedieron en Francia el silencio del terror, la blasfema intolerancia de la libertad, la venganza y la envidia rodeada por los litóres de la plebe. Errores, derivados, mas de las

incertidumbres del caracter debil, que no hijos del pensamiento de hacer traicion á los juramentos prestados en presencia del pais, arrastraron á Luis XVI tan ejemplar como padre y esposo, tan debil é irresoluto como soberano, de precipicio en precipicio, desde la ultima grada del trono, hasta la funesta espiacion del patibulo.

Martir, no de las propias culpas, pero si del pasado de su dinastia, cayó herido por el hierro infame del verdugo, y en su lugar, la anarquia, en medio de la siniestra pompa de una dictadura implacable, subiendo al solio entre los clamores de las pasiones embravecidas. Con los verdugos por accesores, y ejercitos bisoños reclutados en el seno de las multitudes para defenderla, concibió y realizó el temerario proposito de responder por la boca de sus cañones á la invasion de las potencias militares, que, estrechandola, se lisongeaban de sofocar luego al salir de la cuna, la odiada republica, cuyo primer acto habia sido el parricidio.

La fortuna vaciló indecisa bajo las banderas quemadas por las balas de tantas peleas y en medio de los estandartes tricolores da la nueva Francia, sobre los cuales, mas tarde habia de posar el aguila del nuevo Cesar. Atraida poco á poco por el entusiasmo y por el esfuerzo, se acostumbró á favorecerlos. Las tropas aguerridas, orgullo de las antiguas monarquias, pisando el territorio de la patria de Enrique IV y de Luis XIV, se sintieron como paralizadas á los primeros pasos, y al haberselas con los capitanes y soldados de la revolucion, dejaron muchas veces caer las armas de las manos Retrocediendo, tropezaron en las demarcaciones de

las fronteras, y tan solo pudieron respirar mas tranquilos, cuando dejó de dominarlos la fuerza invisible que repelia en ellos el espiritu de la libertad.

Los cadalsos se cansaron de sacrificar á millares las victimas del terror; los hilos de las cuchillas se embotaron cansados de decepar las cabezas mas ilustres y mas hermosas de la Francia, no perdonando al secso, ni á la edad; y volviendo á su acuerdo, aquella tierra gloriosa, madre de tantos héroes, al mirar por si y por todo lo que la cercaba, con espanto no vió mas que ruinas, luto, lagrimas, y muerte. Los lauros cogidos por los que preferian verter la sangre, defendiendo la independencia, á derramarlo como sospechosos en manos del verdugo, ornaron con marciales trofeos un periodo tan fecundo en infortunios y en crimenes, como tambien en las mas raras virtudes.

Mudas las voces mas elocuentes de la tribuna; intrépida la convencion con sus enemigos esternos pero trémula en presencia de los proconsules que la oprimian, y leyes dictadas por el odio, eran en resumen el espectaculo, que la Francia ofrecia entonces, y que la obligó á bajar los ojos avergonzados. Victoriosa por las armas, pero cautiva por las facciones, se lanzó por ultimo en brazos del poder militar, mas quebrantada de las convulsiones civiles, que desfallecida con las fatigas de su lucha internacional.

Napoleon Bonaparte, consul y despues emperador, en cambio de la licencia republicana, cuyos escesos todos recordaban con horror, les aseguraba la gloria y

la conquista sobre el estrangero; y en la administracion interna, dirigidas con mano firme las riendas del estado, les prometia como apetecida tregua, la obediencia y el silencio de los partidos, la tranquilidad de los animos y la seguridad de los bienes adquiridos. Amoldando de nuevo en sus robustas manos las instituciones políticas, calmando las impaciencias, y comprimiendo el renacimiento de las facciones, ciñó la corona de los Borbones, lebantandola de la plaza donde habia rodado con la cabeza de Luis XVI. Para realzar en ella el esplendor y encubrirle las manchas de sangre, le engastó unas en pos de otras, las fechas de cien victorias.

Acostumbrado á encadenar la fortuna á su carro, y dotado de una voluntad perseverante y absoluta, voluntad con que los grandes hombres vencen y allanan los obstaculos, su genio y su ambicion, mayores si puede ser, que el teatro que lo colmó de gloria, se sonreian de lo imposible como de una ironia, y despreciaban las resistencias motejandolas de locuras. Desde la elevacion á que ascendia, los imperios y los pueblos, apenas se le representaban como accidentes insignificantes que una señal suya podia abultar y otra destruir.

Las paginas inmortales de la epopeya, que abrió nuestro siglo, fueron escritas desde las pirámides hasta el Manzanares, desde el Vaticano hasta Moscow. Los principes subyugados, se transformaban en cortesanos del vencedor, y saludandolo en su proprio campamento, esperaban á que una palabra les robase ó restituyese el cetro. Los estados, divididos y brindados por su mu-

nificencia, servian de premio al valor de guerreros admirados ó á la docilidad de aliados condescendientes.

El relámpago y el trueno de sus cañones, anunciaban desde lejos su venida. Temblaba la tierra, y las monarquias se desplomaban desmoronadas por el estremecimiento de la velóz carrera de sus caballos, ó de la impetuosa marcha de sus batallones. Cuando el humo del incendio se disipaba, y cuando cesaban las oscilaciones del terremoto, en pos de la brava alegria del triunfo, los contemporaneos de la segunda Iliada, volviendo la vista, descubrian el cadaver de un reino postrado, y el leon de la Corcega con las garras sobre él, amenazando con toda la magestad de su fuerza, á otro poderoso contendedor lanzado á la misma suerte.

La peninsula ibérica continuaba pacifica. España sometida al cetro del sucesor de Carlos III, y Portugal al blando gobierno de la hija de D. Jose I, habian previsto y evitado el huracan revolucionario, que derribaba los antiguos tronos, y se guardaban mejor de su furia con el caracter viril y al mismo tiempo apatico de sus naturales, que con la aspereza de las montañas lemítrofes y el numero y pericia de los ejercitos.

Entorpecidos por un largo periodo de silencio é inaccion, fieles á las creencias relijiosas y á las tradiciones monarquicas, arraigadas por la intima alianza de la corona con la iglesia, vegetaban soñando con el pasado, avivando las memorias de su eclipsada grandeza, y fijaban la vista con abandono en las azuladas ondas de sus

puertos, por donde llegaban de la India y de la America sus naves cargadas de oro y diamantes. Eran los ultimos homenages de la conquista, rendidos á las generaciones, que, semejantes á un hacendado indolente, esperaban á que las riquezas llamasen á sus puertas, sin levantarse al menos para recibirlas.

Dos reyes, que no quisieron pasar ignorados, y tres ministros dignos del nombre, que legaron, Carlos III, y D. José I, el marquez de Pombal, el conde de Florida Blanca, y el conde de Aranda, tomaron sobre si la empresa de sustituir, los rasgos, el vigor, y el impulso de amplias reformas, á las espectativas ociosas de algunos de sus predecesores. Advertidos por secreto instinto, conocieron tal vez, que se acercaba el dia, en que los pueblos, mas temprano ó mas tarde, habian de despertar del profundo sueño de dos siglos, para pedir estrechas cuentas al poder absoluto, de la decadencia irremediable de los hombres y de las cosas; de los infortunios esperimentados, en los mismos mares y regiones, testigos de su antiguo esplendor; de las tinieblas intelectuales cerradas en pós de los destellos de la vivisima luz del renacimiento, y, finalmente, del abandono de la agricultura, de las artes fabriles, y del comercio, paralizados despues de tanta opulencia, y de monopolios tan envidiados.

El pensamiento de intentar esta revolucion pacífica, en nombre de la suprema autoridad de los principes, rejuveneciendo el principio monarquico, por la importancia de los actos publicos, ocurrió á ambos soberanos y á sus ministros, casi aun tiempo.

Colocados á la vanguardia de las dos naciones, como intérpretes y ejecutores de los progresos realizados en la Europa, progresos de que ambas estaban distantes, y que el mayor numero apenas conocia por confusa y vaga noticia, Aranda, Florida Blanca, y el marques de Pombal, no desconocieron que se lanzaban á una peligrosa lucha. Sabian que adversario provocaban, que resistencias fundadas en la pertinacia de los abusos y en la avidez de los interesses, habian de vencer, y que débil y mezquino ausilio les prometian las clases medias, tàn laboriosas y activas anteriormente, tan inertes y llenas de credulidad pueril entonces.

La obra apenas prevalecio á los obreros.

Regada en Portugal con la sangre mas noble, minada desde los cimientos por algunos de los edificadores, basada en la absoluta é infalible voluntad del soberano no acudieron del pueblo á impulsarla, mas que aquellos, que la voz del ministro llamó con imperio. Tímido y desconfiado, afecto á obedecer y á abdicar la accion espontanea é individual, los demas vieron los progressos de la edificacion serenos é indiferentes, como si no se tratase alli de sus destinos.

Para doblegar los animos opuestos á la reforma, fue necesario que el marques de Pombal, transformase los verdugos y carceleros en comentadores de la intolerancia de las leyes dictadas en nombre de la regeneracion, que él se habia propuesto introducir. La reaccion de este progreso oficial, decretado desde lo alto del trono sin el voto de los estados del reino, intimado con

fórmulas despoticas á los subditos, cuya grande mayoria no lo comprendió, ó impuesto con rigor al clero y á las clases privilejiadas, que lo detestaban, subsistia interin reinaba el soberano, y con él el ministro, que lo concibió. Tan luego como el primero cerró los ojos, y el segundo pasó de la corte para el retiro, los descontentos, partidarios de los abusos proscritos, comenzaron inmediatamente á demoler por partes las construcciones, que la falta de tiempo no habia permitido al marques terminar, como deseaba.

Carlos IV, no imitó á D. Maria I en la forma porque inauguró su gobierno. Dotado de rectas intenciones y de benevola índole, realzadas por una instruccion nada vulgar, sus condiciones personales parecian asegurar á sus vasallos un feliz reinado.

El conde de Florida Blanca, confidente de los designios del rey fallecido, continuó á su lado y con él conservaron sus empleos todos los hombres eminentes, que habian cooperado durante la administracion anterior, para el desenvolvimiento de este periodo importante, aunque de poco duradero esplendor.

No menos receloso que Burke, por las novedades y osadias de la revolucion francesa, D. Francisco Moniño educado en la escuela de los defensores del derecho divino, y de la legitimidad del poder monarquico, no ocultaba, la antipatia que le causaban las teorias y maximas tomadas de la Gran Bretaña y de los libros de los enciclopedistas filosoficos, para la tribuna de la asamblea constituyente, y para los consejos de Luis XVI.

El conde de Aranda, encanecido en la direccion de los negocios, distinguido por su acreditada energia de caracter, y estimado de las cortes estrangeras, donde residio como embajor, regresó de su mision de Paris mas afecto á las nuevas doctrinas, y cada vez mas persuadido de la ventaja de estrechar, por medio y á pesar de ellas, la antigua alianza de la España con la Francia.

Los sectarios de la faccion ultra-catolica y los apologistas de la monarquia púra y de la integridad del pacto de familia, lo acusaban de innovador y poco adicto á los reyes. Ni unos, ni otros, le perdonaron nunca los golpes con que los habia herido, y la firmeza de sus resoluciones. Entre tanto, las circunstancias le favorecian, y su influjo prevalecia sobre el del conde de Florida Blanca, cada vez mas inflexible é incansable en difundir el peligro de las ideas divulgadas en la tribuna por Mirabeau, representandolas como un cartel de guerra sistematica, no tan solo contra la magestad en Francia, sino tambien contra ella en toda la Europa.

Entre los dos estadistas, que esta irreconciliable disidencia separaba, comenzó ya á tomar proporciones el predominio de D. Manuel Godoy, despues duque de Alcudia y principe de la Paz, cuya elevacion politica, se cifraba en el valimiento grangeado por las prendas de cortesano, en la amenidad del trato, y en la ciega confianza que logró inspirar á la esposa de Carlos IV. Godoy, guiado por su intimidad con los dos soberanos, aspirando á derribar á Florida Blanca, en cuya autoridad miraba el mayor obstaculo, se acojió á la opinion del conde

de Aranda, y proponiendose el triunfo, contribuyó en 1792 para la caida del ministro de Carlos III.

Pero los sucesos se sucedian tan rapidos y se repetian en Francia tan súbitas y frecuentes las peripecias de esta calamitosa epoca, que agravadas de dia para dia, la esaltacion y la temeridad del partido republicano, las treguas propuestas por el conde de Aranda y los esfuersos convocádos para salvar la vida de Luis XVI, salieron completamente infructuosos. En valde D. Jose Oscáriz, embajador de España, ofrecio á la convencion amenazada por una gran parte de la Europa, la paz y la seguridad de la frontera de los Pirineos, toda vez, que se respetase la sangre y las virtudes del desdichado monarca. Su voz no fue escuchada. La prudente y natural mediacion de un rey, pariente proximo, y aliado de la casa real de Francia, no merecio la menor deferencia. Luis XVI subió al patibulo.

La noticia del atentado, el horror que causó en un reino relijioso y monarquico, los clamores de los emigrados franceses, y las sugestiones de la diplomacia britanica, se unieron contra el ministerio del conde de Aranda, y lo precipitaron, imputandole la complicidad moral de este grande infortunio. Retirandose lleno de aprensiones por la suerte del pais, túbo el disgusto de verlas pronto realizadas. D. Manuel Godoy le sustituyó en el gobierno.

El duque de Alcudia declaró la guerra á la Francia, sustentandola con fortuna incierta. A las ventajas obtenidas por el general Ricardos, siguieron las derro-

tas, que en el año immediato, despues de una sangrienta batalla, llevaron las armas triunfantes de la republica, por un lado á San Sebastian y Fuenterrabia, por otro á Figueras y al Ampurdan. Estos contratiempos previstos por el conde de Aranda, daban tanta razon á su voto menospreciado, cuanta robaron á los imprudentes planes de su sucesor. Una escena violenta entre los dos, proporcionó á Godoy el pretesto plausible, que ansiaba, para verse libre de la presencia de un émulo. Aranda incurrió en el desagrado real y sufrió el destierro.

La persuasion de los sabios consejos que esponia, sobrevivió á la ruina de su influencia.

El duque de Alcudia poco despues firmó la paz en 1795; y el tratado de alianza ofensiva y defensiva, celebrado en agosto de 1796 entre la España y la republica, tan fecundo en desastres para la monarquia de Carlos IV, puso termino á las evoluciones de una politica tan liviana y precipitada en la hostilidad, como facil en el imprudente sacrificio, á que se consagró, despues de restablecidas las relaciones amigables entre los dos reinos. Prefiriendo á la neutralidad inculcada por sus intereses y por la posicion topografica, un papel arriesgado y sin compensacion posible, se aventuró á participar de la buena ó mala suerte de una potencia, á quien la mayor parte de la Europa combatia como enemiga.

El consulado y el imperio, no interrumpieron hasta 1806 la alianza convenida entre Carlos IV y el directorio. Napoleon, sin embargo, habia decidido espulsar los

Borbones de todos los tronos; y su amistad, pesada y exigente, se hacia cada vez mas intolerante al gabinete español. Godoy, menos oscuro, de lo que sus detractores suponian, mas incapaz de soportar el peso de la monarquia decadente, é inferior en fuerzas á la gravisima responsabilidad de aquella coyuntura; Godoy, aborrecido y acusado por nacionales y estrangeros, pasaba á los ojos de Bonaparte como indócil y poco sumiso, habiendo repudiado con dignidad la tutela, que aquel le pretendia imponer; y á los ojos del principe de Asturias, del clero, y de los españoles celosos de la independencia de la corona y de la nacion, justificaba el odio y las repugnancias de los que reprendian en él, al valido de un rey engañado y confidente de una reina, que anteponia el hombre al ministro, y lo miraban como autor de las desgracias y de la declinacion visible de la monarquia.

Un acto de osadia, el armamento decretado por el principe de la Paz en 1806, estimuló la desconfianza de Napoleon, y le proporcionó el motivo, que deseaba, para lanzar del todo la mano sobre las cosas de la peninsula. Vencedor en Iena, recogiendose á la capital, interrogó al gabinete de Madrid con altivez, lanzole al rostro la premeditacion de una perfidia, y afectando aplacarse, dió treguas habilmente á las concesiones, que habia decidido arrancarle.

En pos de la invasion de Portugal confiada al general Junot, poco se detubo la invasion disfrazada de toda la peninsula. Carlos IV, habia firmado el tratado, que abrió las fronteras á cuarenta mil franceses, y en-

gañado, no acababa de conocer despues de este acto, que habia firmado su indispensable abdicacion.

Los enredos de la pequeña corte, ó mas bien núcleo de descontentos y de conspiradores, que rodeaban al principe de Asturias, mas tarde Fernando VII; la mala voluntad de todas las clases sin escepcion contra el privado, la pobreza del estado, la miseria de los subditos y el presentimiento de una grande catastrofe, predisponian los pueblos para aplaudir toda novedad, que los convocase con una esperanza.

Las disensiones, que se declararon en palacio entre los reyes, Godoy, y el principe de Asturias; las mutuas acusaciones de unos y otros, y la indiscreta revelacion de los reciprocos agravios hecha al emperador de los franceses, llamado por los miembros de la familia real como arbitro para sentenciar su causa, decidieron la caída del ministro en medio de tumultos y violencias, la forzada abdicacion de Carlos IV, y la salida de Fernando VII para Bayona, seguido de cerca por sus padres.

Los funestos resultados de este conflicto son conocidos.

Napoleon, viendo á sus piés la diadema Borbonica de la España, no se la devolvió á Fernando VII ni á Carlos IV; la colocó sobre la frente de su hermano José Bonaparte, y le mandó reinar entre bayonetas, en el glorioso solio de Isabel la catolica.

Carlos y Fernando se resignaron, obedeciendo al po-

deroso emperador; pero la España inflamada de repentino entusiasmo, protestó contra la dominacion estraña, y Madrid rebelandose indignada, dió la señal á toda la monarchia.

Murat sufocó con las armas la sublevacion, pero ni la victoria, ni el terror de las ejecuciones marciales consolidaron para el imperio la nueva conquista. La sangre vertida en la capital el dia dos de mayo se hizo prolifica. La nacion invocando la venganza de los martires de la patria, contestó á las descargas de los cañones y de los fusiles, con aquel valor indomable que el triunfo exalta y que las adversidades no desalientan. La indignacion hizo soldados todos los habitantes de la peninsula.

En un momento de orgullo, inspirado por la sobervia del poder ilimitado, Luiz XIV, viendo la España gobernada por su nieto Felipe V, esclamó: « acabaron los Pirineos. » Obcecado por la omnipotencia de la victoria y tocando á la inmensa altura á que su genio se remontaba, del mismo deslumbramiento, que hacia vacilar los Cesares en las despeñadas eminencias del trono, Napoleon, á semejanza del grande rey, dijo tambien: « la revolucion soy yo: los Pirineos ya no ecsisten! »

Dios y el pueblo español decidieron lo contrario.

El aguila, que posando sobre las naciones, nunca habia contenido el vuelo, sino para hacer garra sobre coronas y territorios, y repartir los despojos aniquilados de las naciones entre los generales de que se compo-

nia la corte del vencedor, el aguila moderna, conteniendo el vuelo sobre las ásperas y nevadas cumbres de la España y Portugal, blanco de certeras punterias, se recojió herida y ahuyentada á su nido ; pero cubriendo siempre con la sombra de sus grandes alas, la retirada de esos numerosos escuadrones, que el suelo de la península, absorvia como un vasto cementerio.

La desesperacion, el odio al yugo estraño, y el amor por la libertad resucitaron el antigo espiritu de la Iberia. Volvieron de nuevo los dias de Viriato y Sertorio, y cada recodo, cada valsa, cada tronco de arbol, ocultó un enemigo. La tierra, desaparecia bajo las plantas de los veteranos de la Italia y del Egipto ; y la gloriosa espada de los mariscales del imperio saltaba como vidrio contra los peñascos de un territorio, que, cubierto de cadaveres y abrasado por el fuego de las armas y de los incendios, repelia de si los huesos de los estrangeros, negandoles la paz hasta despues de la muerte. Para combatir la opresion, los viejos renacian vigoros como jovenes, de los hielos de la edad ; los niños se figuraban hombres robustecidos por el patriotismo. Por uno que sucumbia se alzaban mas cien. Eran las terribles mieses de Cadmo. Rozando por el suelo el acero levantaba lejiones de héroes.

Cuando el aguila, retrocediendo de precipicio en precipicio se avecindó finalmente en las ultimas montañas ; cuando herida y desfallecida, pero reina hasta la caida desapareció por un instante para surgir de nuevo ; cuando cautiva despues de la ultima lucha, ella atravesó por medio del humo y de las siniestras lumbres

de la pelea para agonizar en los ultimos dias de su gloriosa carrera sobre un peñasco en medio de los mares, la España, regenerada por el sacrificio saludaba la alegre aurora de las instituciones libres, que se decretaba á si misma.

Napoleon, con la victoria por mensagera, fué la imagen viva del genio moderno, iniciador sublime de los futuros destinos de la sociedad.

Precediendo por entre el estruendo de las armas, y el ruido del desplomamiento de las monarquias, la primera luz de este siglo de accion y de transformaciones, á la manera de los generales y de los emperadores romanos, lanzaba en los fosos abiertos con la espada las semillas de los progresos, y sin precaberse de los politicos, se constituyó evangelizador armado irresistible.

Cuando los reyes y los pueblos terminaron en Waterloo el grandioso poema del imperio; cuando los ecos de la Europa descansaban de soportar el estruendo de tantas batallas, la paz hizo germinar la semilla; y de esos campos asolados por la guerra, brotó la planta de la libertad mas ó menos vigorosa, segun los climas. Fortificada por el combate, creció con los años, clavó tan fecundas las raices, y estendio las ramas tan frondosas, que hoy, arbol sobervio, abriga á su sombra casi todos los pueblos de la Europa.

III

Si la osadia de los invasores, y la usurpacion de la corona española, provocaron la colera de la nacion, que en todos los tiempos habia sido siempre la ultima para deponer las armas y á doblegarse al yugo estraño, la represion de los tumultos de Madrid, agravada con el espectaculo de los suplicios militares, ateó con mayor llama el incendio que ya comenzaba á inflamarse. En vez de minar por su origen la resistencia, el gran duque de Berg, cortó con su espada los ultimos y flojos lazos que aun la suspendian.

Á la proclama fija en las plazas de la capital; á la

estensa amenaza de castigar como crimenes, las lloradas memorias de la independencia y el odio á la ocupacion estrangera, la España, levantandose heroica y decidida, respondió clamando venganza y libertad. Herida por el dolor de la suprema afrenta, renació con todo su antiguo vigor. Contemplose esclava sin haber sido vencida, y con la esperanza en Dios, y la mano en el acero tantas veces blandido en la victoria, repitio el canto heroico de sus armas ante la boca de los cañones, por donde tronaba sobre la Europa la voluntad del rey soldado, voluntad inflexible y absoluta hasta entonces, como la voz del destino.

A medida que iban recibiendo la fatal noticia de la abdicacion de Bayona y del holocausto del 2 de mayo, las provincias, unas en pós de otras, sacudiendo el adormecimiento de tres siglos, y recordandose de los brios de otras eras, juraban renobar los sacrificios admirados de Sagunto y Numancia. Alzandose resentidas, indicaban al estrangero su túmulo en la tierra que pretendian avasallar. Quien asi las viese, con el rostro encendido en el calor de la peléa, y la vista centelleando entusiasmo, sublime espresion de su fisonomia guerrera, apreciaria sin dificultad, la pintura viva y energica que nos dejó de ella Valerius Paterculus, en esta frase que dice todo: *Tan difusas, tan frecuentes, tan fieras!*

Oviedo, la antigua corte de Asturias, fué la primera á enarbolar el estandarte de la lucha, no olvidada, de que sus montañas, habian sido la cuna y abrigo del renacimiento cristiano en la Peninsula. Sevilla y Cadiz, la acompañaron. Granada y Valencia se insurreccionaron

poco despues. Santander y Vizcaya, el reyno de Galicia, Tortosa, y muchas otras ciudades y villas, no se retardaron. En pocos dias, las lejiones francesas, encanecidas en las campañas de la Italia, del Egipto y de la Alemánia, ya no llamaban suyo, sinó al territorio que pisaban. En vez del brazo hospitalario de un pueblo amigo, ó del resignado silencio de un reino sumiso, encontraron tan solo por todas partes, guerra, aversion, y esterminio.

Cuando estalló la revolucion nacional de 1808, D. Francisco Martinez de la Rosa, se entregaba en la universidad de Granada, á los laboriosos y modestos ejercicios del magisterio, no menos digno de aprecio, por las amenidades de su trato, que lo era de respeto por las prendas del ingenio. Joven celoso por el natural deseo de enriquecer la inteligencia y de fortificar el espiritu por medio de solidos estudios, aprendió, primero en los libros, y mas tarde en la observacion de los sucesos, á conocer y apreciar las nuevas doctrinas filosoficas y politicas, que la Francia introducia con sus ejercitos, en las silenciosas ciudadelas del pasado, doctrinas que divulgaba por la persuasion de la convivencia, durante la paz, haciendolas triunfar por la espada, cuando desmembrando las monarquias y los imperios, casi todos los años modificaba el mapa de la Europa.

Entre tanto que la alianza francesa ocultaba á la España su ambicion bajo las apariencias de la amistad, el joven profesor, tubo tiempo para familiarizarse con la lectura de las obras, que andaban entonces en las manos de todos los denominados innovadores, y para re-

coger en ellos, las ideas de libertad, de pacifica reforma, y de reflexivo progreso, que, perfeccionadas por la esperiencia, fueron despues la relijion constante del publicista, del orador y del ministro. Moderando con esfuerzo la razonable impaciencia de ver su patria envuelta en los principios proclamados en la asamblea de 1789, generoso, convencido é intrepido, suspiraba por que sonase pronto la hora, en que la patria despertando del letargo, y volviendo en si de nuevo, atase el roto hilo de su gloriosa historia, apareciendo libre y rejuvenecida en el consejo de los pueblos modernos; ocupando el lugar que le daba el grande papel que habia representado, lugar de que descendiera por el infortunio de los tiempos, y por una declinacion sucesiva y casi inevitable.

Pero una alma templada por tan nobles instintos, como lo era la del autor de *Doña Maria de Padilla*, ni por un momento podia vacilar apenas llegase á sus oidos la voz de la España, llamandole ultrajada por sus hijos. La sangre vertida el dia 2 de mayo, habia saltado al rostro de todos; y la mancha del cautiverio y de la opresion, solo con las armàs se podia lavar.

Martinez de la Rosa, convirtió desde luego en tribuna politica, su cátedra de profesor, é inspirado por los mas nobles y altivos sentimientos, comenzó á manifestar en sus discursos, la elevada elocuencia, que mas tarde en presencia de auditorios menos ajitados, le grangeó las envidiadas palmas de la tribuna. A la par de las proclamas orales empleó al mismo tiempo su pluma de periodista fecundo, y no cesó de aconsejar la resis-

tencia y de encarecer la gloria de sustentarla, por mas costoso que fuese el precio de ella.

Esponia dos veces la cabeza en tan honrosa abnegacion, persuadido, que si la victoria abria las puertas de Granada á los enemigos, la muerte, ó el destierro castigarian sin piedad como delito, el patriotismo con que se ofrecia al martirio, mirando únicamente al deber, en una época, en que el nombre de Napoleon aterraba los escuadrones mas aguerridos, y en que la fortuna, hasta entonces fiel á sus designios, prometia á los que se le oponian, humillaciones y reveses.

Cada provincia, espuesta á medirse pecho á pecho con los invasores, habia de confiar todo á sí misma; habia de prever los apuros y ocurrencias de la guerra, y, exenta de recursos pecuniarios, de armamentos, de municiones y de soldados, habia de medirse frente á frente con los cuerpos de ejército del enemigo, que adelantandose, amenazaban ahogar en torrentes de sangre, las esperanzas de la independencia. Firmes é indómitas, no retrocedieron un paso, ni desmayaron del primer intento, cuando despues del calor de la aclamacion popular, se vieron obligadas á resistir friamente á toda clase de peligros. Las juntas denominadas de *salvacion y defensa*, nacieron casi aun tiempo en todas ellas, de las entrañas de la revolucion; y lo que es mas digno de loor en tantas cabezas levantadas para representar el pensamiento y accion de una lucha tan diversa y variada, segun la índole, costumbres, y aspecto de las localidades, que reinó siempre hasta el fin, la misma constancia, el mismo valor, y la porfiada é invencible resolucion de preferir

para ropón de muerte de la España, los múros derruidos, y las torres arrasadas de las plazas y ciudades, á la injuriosa clemencia, que les asegurase el perdón del vencedor, en cambio del orgulloso dominio de sus águilas.

Esta admirable conformidad de las ideas con los actos, forma una de las facciones características de la Península en las ocasiones, en que sus habitantes, desnudando la espada, tiran la vaina lejos. Los hombres, de que hoy tanto se vanagloria y que mas la hicieron sobresalir en todas las ocasiones, unieron la actividad constante á la actividad fecunda de la inteligencia, celebrando repetidas veces, como poetas y prosadores lo que ayudaban á realizar como soldados y estadistas.

Muchos escritores, y de los mas aplaudidos, tanto en la España, como en Portugal, realzaron por el esplendor de las proezas y por la ilustracion grangeada en la dificil carrera que recorrieron, los esplendores intelectuales que han iluminado los últimos siglos, y de que se precian haber sido gloriosos intérpretes.

Ercilla, joven y caballero, atravesaba el océano, y desnudando el guante de malla para preludiar la lira, fundia al sol ardiente de los trópicos, bajo su tienda de campaña, los versos heróicos de su *Araucana*. Garcilaso de la Vega, el tierno y delicado émulo de Virgilio, en los cántos bucólicos, soldado incansable, siguió el astro brillante de Carlos v, desde Túnez hasta Vienna, por Italia, en toda parte, reposando de las fa-

tigas marciales en brazos de las musas; y cuando la muerte le sorprendió cogiendole en un asalto, sin embargo, habia tenido ya tiempo para crear la égloga española.

Luis de Camões, mutilado como Cervantes por el alfange ó por los morteros del moro, describiendo los mares y las borrascas, y haciendo sonar por el mundo en la túba épica la voz de la patria, en el transborde de una y otra espedicion, apenas recogido del naufragio y con el pecho cubierto de acero, y el arma al lado, en esas octavas inmortales que compuso, ligaba para siempre su nombre á Portugal. Lope de Vega sirvió como soldado, en la armada del marqués de Santa Crúz. Hurtado de Mendoza fué mas engrandecido en su tiempo, como negociador y capitan, que admirado por las graciosas invenciones de su *Lazarillo de Tormes*, ó por las elegantes páginas de su *Historia de las guerras de Granada*.

Este destino singular, segun observa con justo motivo un crítico contemporáneo, se verificó con análoga significacion, no solo en el duelo empeñado entre la Península y la Francia en 1808, sino tambien en las contiendas civiles que despues de 1820 ensangrentaron por tantas ocasiones el suelo de la España y Portugal.

En España, citaremos un nombre distinguido entre otros muchos, el duque de Rivas, que fué recogido moribundo en el monton de cadáveres acinados en los campos de Ocaña, despues de una batalla funesta para ambos egércitos, porque en ella se hizo traicion á la in-

trepidez de la resistencia, tanto que no llegó á reanimar las pretensiones del vencedor.

Dotados de una índole enérgica y ardiente, debida no tan solo al clima, como tambien al fervor de los brios nacionales, nosotros los peninsulares, igualmente aptos para la meditacion de los libros, y para la vida tumultuosa en la asonada guerrera, pasamos de esta para aquella, sin sobresalto, ni espanto, casi por una transicion natural é insensible. Mas sóbrios en la accion, mas prudentes y recogidos, incapaces de desempeñar en las mismas escenas papeles tan opuestos, la imaginacion ó el ingenio de los escritores estrangeros, raras veces pretende traspasar los pacíficos umbrales del gabinete, para ir á buscar en la realidad de los combates y de las aventuras marítimas, ó en las agitaciones apasionadas del movimiento y de la vida, el asunto, inspiracion y galas, para sus obras.

En el siglo pasado y en el actual, entre la generacion, que precedió á la nuestra, haciendo frente á todo el poder de Bonaparte y con las proscripciones de la vieja monarquia espirante, los ejemplos de esta doble vocacion, son frecuentes tanto en un pais como en el otro. El sr. duque de Rivas ha tenido muchos compañeros. Alcalá Galiano, el conde de Toreno, Ystúriz, y el mayor número de los hombres notables que figuraron y aun figuran hoy dia, no tan solo fueron los oradores y los publicistas, como tambien los soldados y los historiadores de las propias ideas. En Portugal, para indicar únicamente dos nombres, Garrett, el restaurador de nuestro teatro y de la poesia nacional, Herculano, el creador de la

novela histórica, y el severo fundador de la história pátria, pelearon ambos, bajo las banderas del emperador D. Pedro, señalando con el brazo y con la pluma al mismo tiempo, la lealtad de los principios y la firmeza de las creencias.

Martinez de la Rosa, por sus circunstancias y por su vocacion política y literaria, pertenecia á esta raza de hombres enérgicos, que por desgracia, van estinguiéndose de dia para dia á proporcion que la muerte opera en sus rareadas hileras. Nombrado comisario de la junta de Granada con el fin de obtener del comandante de la plaza de Gibraltar, los ausilios necesarios para la sustentacion de la guerra, se desprendió de los brazos de la familia, y uniendo á sus actos la imperiosa necesidad que aconsejaba al gobierno ingles á aceptarlos, tubo la satisfaccion de coronar con éxito sus buenos deseos. Casi al mismo tiempo, el conde de Toreno, egercia igual mision cerca del gabinete de Londres, en nombre de la junta de Asturias.

Los sucesos caminaban rápidos. La invasion, que amenazaba la provincia de Granada, retrocedió despues de derrotadas por Castaños en Bailen las tropas del general Duponte. La victoria, poco despues, intimidó á los franceses obligandoles á desalojar Madrid, y á retirarse para las márgenes del Ebro; y la junta central de Aranjuez, compuesta de diputados de todas las provincias sublevadas, se constituyó como representante de la autoridad de Fernando VII, detenido en Valencey. Pero este triunfo inaugural, fué poco duradero. Las legiones imperiales, reforzadas, á fines de 1808, toma-

ron de nuevo la ofensiva, y derrotando los españoles, en Burgos y en Somosierra, repelidos los ingleses hasta la Coruña, entraron por segunda vez en la capital, dando la guardia al rey José Bonaparte. La junta central se refugió en Sevilla, y allí se conservó por todo el año de 1809.

Vencedor en Wagram, y despreocupado de la oposicion del Austria, Bonaparte, decidió poner término á la lucha de la Península por medio de un esfuerzo supremo ; y al frente de sus veteranos vino en persona á colocar sobre la cabeza de su hermano, la corona usurpada á la dinastia Borbónica. La fortuna no le negó en este acontecimiento las frecuentes sonrisas. Su presencia aseguró en todas partes el predominio de las armas francesas. La España fue toda ocupada, y la junta central al estruendo de las murallas que unas en pos de otras se desplomaban con los golpes del conquistador, solo en medio de las aguas, encontró abrigo en la isla de Leon. Poco antes, D. Francisco Martinez de la Rosa, y con él muchos ciudadanos inmutables en la aversion al poder imperial, abandonaron Granada, buscando en la risueña capital de Cadiz, bañada por el océano, el asilo, que su pátria y las otras ciudades sometidas, ya no podian ofrecerles.

Cediendo á los clamores de la España, y á las instancias de todas las provincias, la junta central decretó por ultimo la convocacion de las cortes ; pero como habian de elegirse los diputados en medio del estrépito de la guerra, entre cañones, bayonetas, y las llamas de los incendios que iluminaban por todas partes los tristes episodios de una lucha heróica ?

El decreto de 17 de junio determinaba la capacidad requerida para ser elector ó elegible; pero el obstáculo principal consistia en la demostrada imposibilidad de su ejecucion. La mayor parte de la España, gemia opresa bajo la espada del enemigo colocada de punta sobre todos los pechos; Cadiz únicamente y algunos pueblos de Galicia exentos del yugo, se hallaban en circunstancias de manifestar libremente su voto á la luz del sol. La suprema ley de salvacion derogó todas las otras. Las formalidades fueron suprimidas y los habitantes, que se preciaban de mas valor en la adhesion patriótica, reuniendose furtivamente en parages apartados, nombraron sus representantes, tan legítimos y tan honrados por esta eleccion, como si la confianza de los pueblos les hubiese sido delegada en los comicios ruidosos, en que la voluntad nacional, tantas veces puede ser engañada. Por mas activa que fuese en algunas ciudades la vigilancia de los invasores, permitia que todas ellas sin vacilar, ante el simulácro mismo de la eleccion, nombrasen procuradores en el congreso aquellos de sus hijos, que á esa hora se hallasen en Cadiz á cubierto de los furores de las autoridades francesas.

La asamblea funcionaba con una sola cámara. Ni la estrechez y apuro de los tiempos, ni los ejemplos de la famosa época de 1789, permitian otra cosa. La primera sesion se celebró en Cadiz á 24 de setiembre de 1810. Los escaños, desiertos del mayor número de diputados, espresaban en su tristeza silenciosa mas de lo que podian decir las fogosas declamaciones de un patriotismo elocuente. Los enemigos, ocupaban todos los caminos que los representantes habian de atravesar hasta

el recinto de sus estados. Qué importa? El arrojo sublime de este acto, pasmó á la Europa, exaltando el carácter del pueblo, que así se atrevia á encerrar entre débiles murallas y sobre un banco de arena batido por los mares, símbolos vivos de su libertad y autonomía, intentando superior al infortunio, la arriesgada empresa de restaurar y constituir la pátria en el momento, en que la esperanza misma, parecia despedirse de sus últimos defensores.

Mas tarde, en aquel campo que solo los años y la esperiencia habian de hacer fecundo, brotaron con las primeras flores algunos frutos venenosos. La discordia separó temprano los corazones, que el peligro comum unia entonces. El ódio al dominio estraño enlazó las manos, que no tardaron en desviarse para ser enemigas. Pero en esos dias memorables, las disidencias y las antipatias que despues se transformaron en hostilidades inmutables y en esfervescencias de luchas civiles, no sabian modular sino las frases, que les repetia la voz del mas vehemente entusiasmo. En la fisonomia del congreso, el característico predominante era únicamente el amor de la tierra natal, y del trono legítimo; la impaciencia contra la ocupacion estrangera, y el ardiente deseo de saludar con la libertad, la aurora de una apetecida regeneracion. La constitucion de Cadiz, planta exótica animada al calor de sentimientos, poco ó nada conformes con la índole, ideas, y costumbres de la inmensa mayoria del pais; la constitucion de 1812, que fué mas una bandera y una armadura en este periodo de exaltacion, que no una obra prudente y blanda, de la sabiduria de la nacion, nació del ajitado seno de las

cortes, y surgiendo de una cuna ensangrentada, sí demostró los primeros preceptos constitucionales, derramó tambien con mano infeliz, sobre este suelo aun cubierto de sangre y oscurecido por el humo de las batallas, los gérmenes de los largos y dolorosos conflictos, que por tantos años agravaron la enfermedad crónica de que adolecia la España.

Martinez de la Rosa no podia aun tomar asiento en el congreso. Se oponian la ley y sus pocos años, al mandato que sus conciudadanos tanto deseaban conferirle. Queriendo aprovechar el tiempo, se enbarcó para Inglaterra. Cambió de buen grado, la ociosidad de Cadiz, por el estudio de las instituciones, de la lengua, y de los primores literarios de un pais, que hacia mucho tiempo deseaba conocer y observar de cerca. En esa hora, ya los lazos de la íntima amistad le unian á muchos diputados importantes, animados tambien del mismo ardor liberal y juvenil, y no menos elevados en la ilusion disculpable de teorias arriesgadas, cuya exageracion, las meditaciones del destierro y la esperiencia práctica de la accion gubernativa, habian de corregir y modificar mas tarde. Data de esa hora, siempre recordada por él con grata memoria, su familiaridad con Argüelles, apellidado *El divino*, por el arrojo y forma que daba como tribuno á sus declamaciones patrióticas, y con D. José Quintana, ya famoso por sus inspirados cántos líricos contra la usurpacion estrangera.

El poeta granadino tambien era ya conocido de las musas en esa época. En 1809 habia compuesto su canto épico sobre la heróica defensa de Zaragoza, asistiendo

al concurso propuesto por la junta central; y si la corona de laurel ofrecida entonces no le ornó la frente, la culpa fué de los acontecimientos y no de los jueces, porque la opinion de todos, era unánime á su respecto, y el premio no podia dejar de corresponderle. El pequeño poema que tituló *Zaragoza*, fué publicado por él en Londres el año de **1811**, y no se limitaron únicamente á tan leve esfuerzo sus trabajos intelectuales durante las cortas vacaciones en que respiró de las fatigas políticas lejos de la patria. Colaboró con aplauso en el periódico denominado *El español*, que dirijia á la sazon en la corte británica Blanco White, mereciendo sobre todo el mayor elogio de los críticos desapasionados, sus artículos dedicados á describir la sublevacion reciente de la Península. Algunas poesias sueltas, y entre ellas la suave y melancólica elegía *Recuerdos de la pátria*, le fué inspirada por la llorada ausencia del abrigo paterno, y del hermoso cielo, que entre las nieblas de la Inglaterra, no cesaba de llamar con la voz del corazon y contemplar con los ojos del alma.

Pero la suerte de la España aparecia de momento en momento mas dudosa. La espada de Napoleon, lanzada como la de Breno, en la balanza, la inclinaba cada vez mas para el lado de los invasores. Las águilas se enseñoreaban altivas en las torres y almenas de las mas antiguas ciudades; y la propia villa de Cadiz, último asilo de la independencia espirante, se agitaba casi sofocada en el estrecho sitio, en que la cercaban las ármas francesas. Martinez de la Rosa, apesar de todo, no vaciló un momento, y partiendo de Londres, vino á reunirse con sus compatriotas en aquel último baluarte

de la libertad española, decidido á sepultarse con ellos, bajo sus ruinas, y á participar de la buena, ó mala fortuna que Dios quisiese repartir entre todos.

Su tragedia *La viuda de Padilla*, asunto patriótico é inflamado, proprio de la ocasion, y escrito en el estílo correcto de Alfieri, subió á la escena en 1812, representandose sobre un tablado escénico que se improvisó en una barraca de madera, porque las bombas del ejército sitiador, cortando el aire, estallaban á cada instante sobre los techos del antiguo teatro. Fué, pues, en medio del estruendo de las baterias, y á la roja claridad producida por la esplosion de los proyectiles del enemigo, que la musa trágica, unió las lágrimas de un infortunio histórico y de la memoria de un grande sacrificio, á los gemidos y al dolor casi inconsolable de las desgracias de aquellos tiempos. El típo heróico de la esposa varonil del jefe de los comuneros, apareciendo á los espectadores conmovidos en toda la austeridad de sus lineamientos, como la imágen de la propia España, les recordó que tambien ella estaba cargada de luto por tantos hijos, y que á semejanza de la muger fuerte del siglo XVI, tambien sabia enjugar los ojos con la propia mano con que empuñaba la espada. La comedia, *Lo que puede un empleo*, puesta igualmente en escena durante el sitio, no fué menos festejada entonces como ensayo satírico y crítico de la política y de las costumbres.

Al mismo tiempo, no levantaba mano de otros asuntos mas graves, desempeñando con celo las funciones de secretario de la comision de libertad de imprenta. Las cortes constituyentes terminaron sus trabajos despues de

jurado el código político, y en virtud de sus preceptos fueron convocadas las ordinarias. Los franceses, ya habian levantado el sitio de Cadiz en esa época, y Martinez de la Rosa, mientras que no completaba la edad competente para proponer su candidatura á una eleccion, se ocupó durante los años de 1812 y 1813, en componer y publicar algunos opúsculos apropiados á las circunstancias. Tan luego como la obediencia á la ley consintió que fuese electo diputado por el voto de sus compatriotas granadinos, entró sin detencion en la asamblea lejislativa con el proposito de contribuir para que la obra política de las primeras cortes, no obstante de sus defectos, se terminase con la mas ámplia y leal aplicacion. Las ilusiones de la juventud aun le persuadian entonces, de qué todos los obstáculos debian atribuirse á la ausencia del rey y á la incertidumbre de las causas, y no á las precipitaciones del lejislador y á la falta de armonia que se notaba entre el nuevo codigo constitucional y las tradiciones de un reino esencialmente monárquico y religioso.

Entre tanto, la buena estrella del imperio frances, declinaba rápidamente. Napoleon, combatido como enemigo comun por la Europa, oponia al poder, que la ensobervecia, el respeto de sus armas victoriosas y los prodigios de su admirable ingenio militar. El suelo de la Península, funesto á sus designios, con la vigorosa resistencia de la España, no influyó poco para el desenlace de la grandiosa lucha travada entre él y las naciones. Sus tropas, acosadas y destruidas, mas por la furia de las masas populares, que por el hierro de los ejércitos disciplinados, retrocedian por todas par-

tes delante de la agresion terrible de un pueblo entero.

Madrid volvió á libertarse, para no sucumbir nuevamente; y mientras que las legiones contrarias se retiraban á las márgenes del Ebro, las cortes salian de Cadiz para establecerse en la capital, centro de sus deliberaciones. Poco despues, Fernando VII, al cual Bonaparte habia franqueado las puertas de Valencey, restituyéndole la corona en premio de promesas que no estaba en su mano cumplir, atravesaba Cataluña y el reino de Valencia en medio de fervorosos aplausos populares. La multitud saludándolo, miraba en él al representante de la vieja monarquia y al jefe de la oposicion nacional, contra el predominio estrangero. Los recuerdos de sus infortunios y de su prolongado cautiverio, y la esperanza de que su gobierno, favorecido por la victoria, comenzaria la nueva era de esplendor que todos anhelaban, le entregaba rendidos muchos corazones sinceros.

Ningun soberano fué nunca tan amado y tan poderoso como él en ese momento.

Pero el carácter del príncipe no se acomodaba á las innovaciones determinadas por la necesidad política y por la influencia de los principios liberales. Salió de España rey absoluto, y no contemplaba con buenos ojos la revolucion, que despues de algunos años se sentaba en su trono. La imprudencia de las cortes, menos circunspectas de lo que aconsejaba el melindre de tan delicada coyuntura, agrabó, en vez de aplacar las repug-

nancias del heredero de Carlos IV. Oponiendo soberania á soberania, y arrancándole de su diadema prerrogativas preciosas para él, no vacilaban en dictarle el itinerario de la jornada. Ymaginaban tal vez, que el pueblo, seria el guarda y defensor de las instituciones; pero el pueblo las conocia mal, ó las conocia únicamente como máquina de guerra contra la invasion; el pueblo adoraba al monarca y lo transportaba en brazos, así fué, que á la primera señal de su ídolo dejó solo al cuerpo legislativo y con la voz aun enronquecida por el clamoreo de la pelea, pidió la restauracion del pasado. Un decreto datado en Valencia á 4 de mayo de 1812, reveló la intencion de Fernando VII. El poder absoluto que se abrrogó en nombre del pais, fué luego invocado para revocar el código político y los decretos de las cortes, que segun él mismo aseveraba eran actos que ofendian sus derechos inalterables. Acto continuo, declaró reos de lesa magestad y traidores, á todos los súbditos que no se sometiesen inmediatamente á su voluntad.

Este decreto, voz de reaccion del pasado contra el espíritu de la sociedad renobada que se agitaba, y que moduló algunas inciertas frases, pero que al fin de seis años de reñidos combates y de sacrificios dolorosos no podia levantarse de la postracion de siglos para estender los brazos á un cadáver, y adormecer al lado de él; este decreto fatal, origen de las discordias, de la sangre, y de la inquietud que en un largo periodo habian de perturbar el sosiego de la España, poca, ó ninguna resistencia encontró en el momento, en que fué promulgado. La plebe, siempre la misma en su alborozo, lan-

zó por tierra hecha pedazos la columna, erijida en Madrid como enseña de la ley constitucional, y arrastró innominiosamente por las calles, las estátuas enblemáticas que ornamentaban la sala de sesiones de los diputados. Dos dias despues, llegó el rey, escoltado por seis mil hombres de infanteria, dos mil y quinientos de caballeria y seis bocas de fuego.

Los rigores y las proscripciones luego comenzaron. Muchos diputados comparecieron ante la comision constituida para que los condenase sin oirlos. La pena de muerte no se aplicó entonces á ninguna de las personas lanzadas al ostracismo por los partidarios del antiguo régimen ; pero esta prueba de humanidad obtenida por las representaciones del embajador inglés Enrique Wellesley, no fué poco dificil de obtener ante la resistencia de los consejeros que rodeaban á Fernando VII.

No pudiendo llevar las víctimas al patíbulo, la comision les imponia castigos mas terribles que la muerte para ánimos valerosos. Poblaba los presidios de hombres distinguidos y delicados, donde hasta entonces solo habia gemido el crimen al lado del vício. Los trámites del proceso se parcializaban sin escrúpulos y se omitian cuando el odio se impacientaba con la mas pequeña detencion. D. Agustin Argüelles, relator del proyecto de constitucion, espió diez años en Céuta el delito de haber osado concebir el nuevo código político. D. José Quintana encerrado en la ciudadela de Pamplona, padeció por la libertad como si un atentado le hubiese empañado la honra. A fines de diciembre de 1814, las carretas de réprobos transportaban afrentosamente á las

prisiones militares, ó á las celdas de los conventos, mas de cuarenta liberales convencidos, en donde debian esperar á que la dudosa clemencia de los ministros hiciese memoria de ellos. El resto embarcó en Málaga para Africa.

Mientras que las cárceles y los presidios recibian, como reos, tantos varones ilustres, que aun en la víspera eran elogiados como modelos de lealtad, Martinez de la Rosa, seguro de sí é incapaz de doblegarse, esperaba á que la persecucion levantase el brazo sobre su cabeza, negandose á escapar á la venganza que le amenazaba, apesar de las advertencias de algunos amigos que le patentizaban la persecucion lo llegaria á buscar hasta en el propio lecho. Así aconteció. Preso, arrebatado al descanso de la noche, fué sepultado en una mazmorra subterránea debajo de un cuerpo de guardia, y allí padeció siete meses, lejos de la luz del dia y de todos los consuelos de la vida: maltratado, como seria barbaro maltratar al mas detestable facineroso. Allí fué acometido por una grave enfermedad de que le salvó su buena complexion, pero de que no se volvieron á levantar algunos de sus compañeros de infortunio. Finalmente, la notícia, ó el espectáculo de tanta miseria y desamparo, movió un tanto á los perseguidores. Martinez de la Rosa y los presos políticos que sobrevivieron, fueron trasladados para otra prision menos oscura y apartada.

Dos años duró sin mejorar su detencion arbitraria, no cesando los satélites del ministerio, de escogitar pretestos para envolverlo en un proceso de lesa magestad y poder así arrastrarlo mejor á la presencia de un tri-

bunal. Las enérgicas respuestas dadas por él á las interrogaciones, hechas en la cárcel, y repetidas con marcada intencion de condenarlo por las propias palabras, no permitieron á los perseguidores dar á la violencia y á la iniquidad, el colorido ó la apariencia de un acto legal. De igual manera se malograron todos los esfuerzos empleados para persuadir al preso en una retractacion indigna de su caracter y repelida por su conciencia. Inalterable, y sereno, limitóse á declarar que fiel al mandato de sus electores é inviolable por sus opiniones como diputado, no reconocia en nadie, otro derecho para ser juzgado.

No pudiendo sentenciarsele sin crimen, ni consiguiendo intimidarle con amenazas, fué castigado camarariamente. Una orden reservada, escrita por el propio puño del rey, lo desterró por ocho años para el Peñon de la Goméra, uno de los presidios del Africa, con la pena agravada de trabajos publicos, en medio de los culpables que espiaban sus delitos en los calabozos.

Sobre aquel peñasco que se levanta en medio de las olas espumantes, estubo ardiendo en sed, quemado por los rayos del sol y separado de toda la convivencia y cultura humana, y es, que el celebre poeta, aplaudido de la España como émulo de sus inspirados cantóres, fue aprisionado, nuevo Prometeo, á fin de que le dilacerase las entrañas el cancer de la ausencia patria, y el silencio y el olvido precursores de la muerte, le hiciesen recordar el sepulcro. Lejos de la familia y del trato íntimo de los amigos, en la edad en que el espiritu y el corazon mas precian y ansian la libertad, al

pisar aquel peñasco, teatro de su lenta pasion, conoció que la venganza no habia omitido ninguna de las severidades que suele inventar para hacer mas doloroso el martirio del cautiverio. El gobernador del presidio recibió orden para prohibirle que escribiese á sus parientes y que aceptase las cartas de ellos, añadiendo la intimacion de que á la menor tentativa de evasion seria castigado con el ultimo suplicio. Pretendian inculcarle, que rotos los vínculos que lo prendian á la tierra natal por la sangre y por el nacimiento, debia reputarse como un confiscado sin nombre, sin memoria, y sin ascendencia! Confiaban tal vez que el clima y la angustia serian sus ejecutores, y aquella sombria piedra combatida por aguas y vientos, la ignorada túmba del proscripto. El odio y la intolerancia, cuando el fanatismo los inspira, se muestran siempre implacables, asi es, que no nos admiraria observar tan cruel esperanza abrigada por los enemigos de Martinez de la Rosa. Todos los tormentos parecian pocos, al intento de enmudecerle la vóz elocuente é inutilizar la pluma, que por los ejemplos dados, y con las señales de los grilletes en los pies, conocian y pronosticaban que nunca habia de hacer traicion á la libertad.

Este era el crimen que le lanzaban al rostro, y Dios dotándole de las elevadas facultades que hacen de los grandes ingenios los profetas y los guías de los pueblos, lo habia puesto de blanco á las íras de los defensores del pasado, como una de las fuerzas intelectuales del siglo, que debian quebrar ó suprimir, costase lo que costase.

IV

Los dias se deslizan lentos y melancólicos para los que gimen lejos de la patria las tristezas de la emigracion; para los que sufren las amarguras de la ausencia dentro de las sombrias paredes de un calabozo ó de un presidio, los gratos recuerdos de la libertad, el péso de las cadénas, y la impaciencia del cautiverio, agravan y multiplican los padecimientos. En esta dolorosa posicion, para no sucumbir el espiritu, y no sofocarse el alma envuelta en las tinieblas de una desesperacion irremediable, es necesario tener grande serenidad de ánimo y mucha fuerza de resignacion. Martinez de la Rosa, bájo las modestas y risueñas esterioridades de su aspecto, guardaba

voluntad y esfuerzo raro, que nunca la adversidad consigió debilitar. Oponiendo siempre una constancia inmutable á los infortunios, respondió con la placidez de la inocencia á las persecuciones, y convirtió aquella triste soledad en cotidiana leccion para sí, y en ejemplo de conformidad cristiana para los demas.

El gobernador y los oficiales se esmeraron en aliviar, en todo lo que de ellos dependia, la severidad del injusto castigo. Urbanos y afables, no concurrieron poco para minorar al poeta los sinsabores de la prision. Un criado de Martinez de la Rosa se halló por casualidad en el Peñon, cuando entraba el amo, y no fueron necesarias suplicas para que se le destinase á su servicio. Seguros de que el escritor era incapaz de faltar á sus promesas, intentando evadirse, le concedieron sin dificultad la distraccion de ensayar y representar con los militares de la guarnicion, algunas comedias que subieron entonces á la escena. Una de ellas, en que mas se esmeraron los actores aficionados, fué la pieza de Moratin titulada *El café*. Singular coincidencia, que provocaba la hilaridad picante de la Talia española, sobre la monotona y sombria existencia de reos sin culpa, de hombres que espiaban como delito indigno de perdón su fidelidad al trono, y su lealtad á los principios, que mas tarde, habian de fijar la corona en la augusta frente de la heredera de Fernando VII.

Al mismo tiempo Martinez de la Rosa buscaba confortacion en el suave trato de las musas, sus compañeras inseparables desde los primeros años, tanto en los infortunios como en las prosperidades. En el silencio de

aquel destierro, lejos del comercio de los hombres, meditó y compuso, la imitacion de Horacio y de Boileau, y los seis cantos de su *Arte Poetica*, enriquecida con instructivas notas, prueba evidente de juicio critico profundo, de gusto literario esmerado, y de una erudicion, que mal se compadecia de sus años, y que por lo mismo revelaba los estensos y dificiles estudios á que dedicó su juventud. Pertenece igualmente á este periodo la bella traduccion de la *Epístola de Horacio á los Pisones*, en la que supo ostentar primorosamente todas las galas del idioma castellano, realzadas con trazos tan adecuados, que és lícito vacilar á cual de los dos cabe en esta lucha mayor elojio, si al romano, escribiendo solazado en sus tranquilos ócios, ó si al autor español, aprisionado, consiguiendo en su triste vida íntima el secreto de reproducir con toda la belleza y relieve, el esmalte de los metros latinos. La esposicion, y los apendices sobre la poesía española, épica y didáctica, y sobre la tragedia y la comedia, que acompañan á la version, prueban claramente, que la predileccion por los clasicos no le cegó nunca; y que, apreciandolos como inimitables modelos, que los siglos, lejos de lanzar en el olvido los reproducen con nuevo brillo, no los anteponia á los grandes poetas y prosadores, de que su patria con fundada ufania se glorifica en tantas provincias del saber y de la invencion poetica.

Los sucesos politicos, de los cuales apenas un eco imperceclible podia llegar á los oídos de los desterrados en Velez de la Goméra, progresaban con felicidad, y sin tener noticia de ello los proscriptos, ni esperarla, estaba proxima la hora de que fuesen restituidos á la libertad.

En los seis años transcurridos desde 1814 á 1820, el gobierno absoluto con la intolerancia y los errores, que desconceptuaron su administracion, cambió en reprovacion y transformó en descontento general, el ardiente entusiasmo y los transportes de júvilo con que los pueblos habian aclamado al rey, cuando regresaba libre del yúgo estrangero para la tierra de sus mayores. Algunas tentativas de rebelion malogradas y castigadas con inexorable rigór, y que inculcaban las nuevas tendencias de los animos, habian servido unicamente para distinguir los nombres de Porlier, Láci, y Vidal, inmolados en el patíbulo, como victimas de anticipado esfuerzo. Todo declinaba. El comercio paralizado, la industrio sin estímulos, y el credito arruinado, acusaban la incapacidad de los ministros, y los defectos de un sistema que en el terror y en la opresion, imajinaba encontrar armas para defenderse de las idéas que adelantaban á todas horas sus conquistas. La revolucion inevitable y eminente, parecia proxima. Muchos la deseaban, y de los que la temian ninguno contaba con un brazo fuerte para sostenerla, ni el ingenio bastante esclarecido para cortarle el paso saliendole al encuentro. Disgustoso el ejercito, se ofrecia á quien quisiese dirijirlo, proporcionando la fuerza deseada para la apetecida mudanza; y el gobierno lleno de sospechas, y poco hábil, habia imajinado que el mejor modo de combatir el peligro, era desterrando á los capitanes y soldados, y concibiendo contra la independencia de las colonias americanas, el proyecto de una segunda espedicion, apesar de los desastres esperimentados por Murillo.

Las fuerzas militares empezaban á reunirse en la

provincia de Andalucia para embarcar en Cadiz á las ordenes del general D. Enrique O'donell, y la conjuracion tramada por algunos oficiales superiores progresaba á la sombra del secreto, cuando traicionada por una imprudencia estúbo á punto de fracasar por si sola. La increible nulidad y falta de enerjía en el poder, combatido y recceloso, fue la salvacion de los conspiradores, y el auxilio indirecto de sus designios. D. Rafael del Riego, como mas arrojado, se decidió á enarbolar el estandarte liberal, y el dia 1.º de enero de 1820 al frente del batallon de Asturias, proclamó en la isla de Leon la constitucion de 1812. Su vóz fué escuchada. Se le asociaron otros cuerpos; respondieronle algunas ciudades y villas, tan exaltadas en el ardor por la libertad, cuanto habian permanecido indiferentes en otras épocas, y la corte, suspensa, incierta, y desamparada, no encontraba un general capaz de ponerse á la cabeza de las tropas llamadas en su auxilio. Finalmente, estalló la sublevacion en el seno de la capital y Madrid aplaudió los esfuerzos de Cadiz. El rey D. Fernando VII, retraido por la necesidad, inclinó la cabeza ante la voluntad nacional, y juró el código, que en 1814 habia repudiado como una ofensa á los derechos inmutables de la soberania.

Las puertas de las cárceles y de los presidios se abrieron entonces á los que habian espiado como delito las opiniones que el príncipe, tan áspero en condenar, mandaba otra vez que se las apellidase con la virtud y la lealtad. Al fin de cuatro años (desde principios de 1816 hasta marzo de 1820) Martinez de la Rosa, estenuado por el ardoroso clima del Africa, lejos de los

suyos y de todos, enfermo y casi ciego, vió un dia con admiracion aproximarse á la playa un buque español, y salir de él con la noticia de los acontecimientos recientes, el mensagero que le llevaba la buena nueva de hallarse en libertad, invitandole para volver al bello clima de Andalucia, y para el florído seno de su provincia natal, á fin de mitigar las penosas memorias de tantos sufrimientos, y cicatrizar las heridas aun recientes de tantas injusticias. Un real decreto rompia las cadenas y abria las prisiones á todos los diputados.

Poco despues, alborozado con la instantánea mudanza, pisaba el suelo pátrio, volvia á la casa paterna, festejado con arcos de triunfo, coronas y flores, y saludado por las aclamaciones de los compatriotas que deseaban compensarle con los estremos de la amistad, el martirio de que habia sido rescatado. Carecia de reposo; precisaba restablecer la salud quebrantada por las inquietudes y dolorosos efectos de su larga reclusion. Esperimentaba cierta repugnancia en cambiar tan temprano por la tumultuosa ansiedad de las luchas politicas, los dias venturosos que le proporcionaban la ternura de los parientes y el amor de sus correlijionarios.

No vió por tanto á Madrid, sino cuando el sufrajio de la provincia de Granada, elijiendolo diputado, le impuso la obligacion de residir en la corte. Lo mucho que habia padecido, lejos de enardecerle el caracter modificó en él, mas temprano, la exaltacion de las idéas que aun la edad podia favorecer. Su fé política no se habia debilitado; sus creencias en la verdad de las opiniones eran vehementes; pero la desgracia, antecipandole la

esperiencia, le marcaba con mayor certeza los principios, que en esta época de transicion amenazaban con la caída por segunda véz y mas funestamente, las instituciones constitucionales. Su admiracion por el código ultraliberal de 1812 se habia modificado bastante. Miraba entonces en él mas bien un resumen de preceptos vágos y teóricos, que no una ley fundamental, basada en las necesidades publicas, é inspirada por el profundo conocimiento de la índole y de las costumbres del pais.

Esta madurez precóz, fruto de la reflexion avivada por los desengaños, no se comunicó infelizmente al mayor numero de sus compañeros en las cortes. Pisando otra vez la escena política, algunos de ellos por apasionados, ó por menos dispuestos á capitular con las circunstancias, dieron rienda suelta al resentimiento, y se fijaron mas en odiar á los perseguidores que en ser prudentes. La corona merecia al mayor numero, poca ó ninguna confianza. No ignoraban, que solo bajo la coaccion habia consentido en dotar á la España con las garantias secuestradas por Fernando VII en su primer dia de reinado. Aceptaban, pues, el trono como necesidad, y la púrpura, como enseña, pero querian que el gobierno no saliese nunca de manos seguras.

Martinez de la Rosa se separó de los que asi formaban tan mal juicio del estado de las cosas y de las tendencias de la Europa. Deseaba conciliar el sistema representativo con el orden y con las reglas de una energica y vigilante administracion. Pedia para las funciones de los poderes públicos, mayor fuerza de influencia y de autoridad; y lejos de contemporisar con los clamores y

tendencias de la plaza pública y de los corríllos, los rechazaba como atentadores contra la libertad, y fáciles de transformar en pretestos de segunda restauracion absolutista.

Durante las sesiones de la lejislatura de 1820 á 1821, sustentó esta dificil posicion con el convencimiento de quien la reputaba como única tabla de salvacion para las tempestades que asomaban ya en el horizonte. Negando la atencion á las advertencias de los mas celosos, opuesto á la licencia revolucionaria, indiferente á las inprecaciones de los partidos, cuyo delirio condenaba en la tribuna, dejó pasar triunfantes en brazos de las túrbas á los gefes, que ellas aclamaban hoy y arrastrarian mañana, respondiendo friamente á las intimaciones de los exaltados, que defendiendo el poder defendian al mismo tiempo la libertad. Las facciones no le perdonaron la temeridad de contrariar abiertamente sus designios. Olvidaron luego, segun acostumbran, las pruebas de fidelidad dadas en horas supremas, los servicios prestados, y los padecimientos, que lo ennoblecian. Desde el momento en que no las acompañaba, todas unanimemente denunciaban á Martinez de la Rosa como indeciso y contemporizador; todas lo inculcaban como sospechoso en la fé politica, degradada por los abusos y violencias de tan ciegos apologistas; y suspendiendo sobre la cabeza del poeta la espada de los dos filos de la calumnia y de la desconfianza, lo acusaron de meditar la reforma del código, que algunos mas exagerados aun juzgaban tímido en muchas prescripciones, y menos liberal, de lo que, á su vér, exigian las melindrosas circunstancias que la España atravesaba.

La intolerancia de las parcialidades nunca mide la agresion, ni gradúa los golpes. Desde que Martinez de la Rosa, y el conde de Toreno, eran un obstaculo invencible contra sus planes, los hirieron sin dolor y no evitaron á ninguno de ellos hasta á los mismos diputados, que los seguian, todo genero de afrentas, insinuaciones, y vituperios.

Entre estas dos facciones irreconciliables, la opinion moderada fué obligada á defender las instituciones contra ambas. Con una mano, comprimió la subterránea hostilidad de los cortesanos, secretamente protegidos por el rey, y con la otra contúbo el golpe, y el ímpetu de las pasiones vehementes de aquellos que en Madrid se vanagloriaban de la signficativa denominacion de descamisados. La falsa popularidad, voluble y caprichosa como siempre, cada dia se separaba mas de los hombres, que adversarios implacables no vacilaban en denunciarle como enemigos declarados de la libertad. Las facciones, enmudecian la razon con el terror de sus voces. Los clubs, organizados publicamente en todo el reino, entre furores é imprecaciones, amenazaban infamar las calles de Madrid con saturnales semejantes á las del año de 1793 en Francia. El poder legal, debil y combatido, conocia que de un momento para otro le minaban cada vez mas el terreno que le servia de base vacilante; y el desdichado Riego, entonces patriota aplaudido por la plebe, intentava vanamente levantar su dictadura efímera entre lo ejecutivo y las cortes, mientras que la corona rodaba vilipendiada casi como baldon á los pies de los facciosos. No se retardaron las venganzas y los crimenes, para recargar con tintas mas sombrias el cuadro. El pu-

ñal de oscuros satélites, se encargó de llevar á efecto las sentencias de muerte fulminadas contra los sospechosos en los antros de la monarquia. Corrió la sangre; constituyose la ferocidad partidaria en tribunal y verdugo; y á las provocaciones liberales contestaron las ofensas de los sectarios del régimen absoluto, cada vez mas numerosos en las provincias. La discordia, la lucha civil y el incendio de los elementos politicos, aumentandose con espantosa rapidez, no consentia á las leyes la menor tregua, proponiendose destruirlas como frenos violentos, para glorificarse de la obra de tinieblas y de ruinas en que no descansaban, como si se jactasen de un grande y verdadero triunfo.

Martinez de la Rosa, incapaz de adular tan ruines influencias, ó de transigir con ellas, desertando de su puesto, vió tranquilo afilar las saétas, que despedidas por el furioso brazo de los contrarios, no cesaban de traspasarlo como blanco de sus punterias. Inventaron para ultrajarlo el epíteto de *pastelero*, censurando con ciego escarnio la unica voluntad, que aun podia indicar á la revolucion, perdida en medio de tantos precipicios, una senda menos espuesta, y mas segura. No contentos con estos desmanes é improperios, algunos exaltados se atrevieron á mas, lanzandose como fieras, contra el reciente martir del despotismo, y llegando con furores, griteria y acometidas, á amenazar á la salida de la camara la vida del diputado, que no se humillaba al triste papel de complice de sus delirios.

Corramos un velo sobre tan deplorables episodios.

Aquel, que acababa de desembarcar passando debajo de arcos de triunfo, con las señales todavia recientes del grillete, era el mismo hombre que el populacho ansioso de ruido perseguia como traidor en las calles y las plazas de la capital, mientras que no llegaba la ocasion de desprender iguales y mas desenfrenados gritos contra los ídolos actuales, puestos los ojos en el lúgubre espectaculo del patíbulo de Riégo.

Las cortes de 1820 habian terminado su mision despues de dejar caer el primer ministerio constitucional, sin prestarle el menor apoyo, y hacer desesperar al segundo por medio de interpelaciones y de hostilidades poco razonables. Las nuevas elecciones, hechas en el ardor de una exaltacion desenfrenada aun ofrecian para el futuro, lances mas arriesgados. Podia aseverarse que el gobierno de la nacion era en la realidad el instrumento dócil de las sociedades secretas; y la candidatura de Riégo para la presidencia del congreso, agravó seriamente el conflicto. El gabinete, desaprovandola, hizo dimision, y con él se retiráron las autoridades de Madrid en vísperas ya de la apertura de las cortes. El rey inquieto é indeciso llamó en vano para sus consejos, á fin de sustituirlo, á los hombres mas dignos de su confianza. Todos se evadieron. El conde de Toreno, con la prevision que abrigaba desde 1814, habia salido de la Peninsula á viajar en el estrangero; y Martinez de la Rosa, movido por las idéas moderadas de que era ya el apoyo, pero vacilando con motivo, se negaba á aceptar el peso de responsabilidades, que, segun su parecer, escedian á las fuerzas humanas, viendose obligado al mismo tiempo á emprender una lucha contra la oposicion oculta pero

permanente del príncipe, y contra las tendencias visibles y agresivas de la mayoria de la cámara.

Finalmente, vencido por las instancias de Fernando VII, por las súplicas de muchos amigos, y por el voto de hombres juiciosos é imparciales, resignóse accediendo á los deseos de todos. Las condiciones que puso á la aceptacion de la presidencia del gabinete, hacen honor á su caracter y prueban que no se rindió á los impulsos de una ambicion impaciente. Reservando para sí la eleccion de sus compañeros, y proponiendolos al soberano, exigió como demostracion de desinteres por su parte y como prueba del sacrificio á que se sometia, que durante las funciones, que pasaba á egercer, no tan solo le fuese denegada toda recompensa, sino que se le retubiesen los honorarios que debengase en su empleo. El rey consintió y ordenó, que este bello rasgo fuése mencionado en la gaceta official, tan luego como Martinez de la Rosa saliese del gobierno.

La mision del gabinete, presidido por él, era menos consagrada á administrar en el sentido estricto de la idéa, que á disputar constantemente al congreso, las prerrogativas de la corona invadidas, y el principio de autoridad desacatado. Fueron cuatro meses de incansable é incesante combate. Apenas lo avistaron en el poder los exaltados de todos los partidos, como si hubiesen hecho juramento le declararon la guerra sin cuartel, acusandolo, unos de hacer traicion al trono ligado con los revolucionarios, otros clamando, que su mano sacrílega se alzaba contra la constitucion de 1812, movido por la corte y por los sectarios del absolutismo. Despreciando los

clamores de las facciones, y asentando con resolucoin el campo muy lejos de ellas, el ministro, ayudado por la minoria ilustrada del congreso recojió despreocupado el guante que le arrojaban, y tratando de asegurar la victoria á las doctrinas de orden y de organizacion, se consagró decididamente al triunfo de ellas. Cuando en junio terminó la sesion, las ventajas obtenidas afianzaban la conveniencia del sistema. La prerrogativa real no habia cedido un paso á las calculadas usurpaciones de los bandos políticos. Algunas reformas útiles, como la division territorial y varias providencias administrativas, habian trasplantado para la vida activa de las instituciones, algunas de las teorias constitucionales; y los partidos exaltados, repelidos por grande parte de la nacion, que no se apropiaba las exageraciones de los agitadores y desengañados de lã esterilidad de sus tentativas, comenzaban á calmarse, desvanecida la idéa de elevar al poder un gabinete de su séno.

Fué durante esta pequeña pausa, obtenida á costa de fatigas y de acertadas combinaciones, que estalló el motín de 30 de junio de 1822. La guardia real, flor de las tropas acuarteladas en Madrid, y en numero de seis mil hombres, se insurgió proclamando al rey absoluto. El pueblo, la milicia nacional, y los batallones de línea de la capital, ausiliados por la artillería, acudieron en defensa de la constitucion y estrecharon á los sublevados; unos atrincherados en palacio, y otros acampados á corta distancia de la capital. El deseo de evitar la efusion de sangre, y la natural aprension de reanimar los brios de la parcialidad demagógica, suspendieron al ministerio, que antes de apelar para las armas empeñó grandes

esfuerzos á fin de reconciliar por medio de un acuerdo, los dos bandos contrarios. La noche del 6 de julio le disipó todas las ilusiones, convenciendole del error y peligro de negociar, cuando es urgente combatir. Preso en el palacio donde el deber lo mandaba permanecer al lado del rey, Martinez de la Rosa, pudo apreciar de cerca como la lealtad, que le habia sido garantida, estaba lejos del corazon y de las intenciones de los conspiradores. El soberano, afable, ó severo, segun abultaban, ó se desvanecian las probabilidades en favor de los insurgentes, habia terminado por dejar adivinar su pensamiento, haciendo incompatible con la propia y ajena honra la conservacion del gabinete.

La lucha se empeñó por fin. Pelearon brazo á brazo los dos partidos, y triunfó la tropa de línea. Los soldados de la guardia real, dispersos y vencidos, huyeron en todas direcciones, cubriendo de muertos y heridos las calles de Madrid.

El procedimiento del gobierno en estos momentos de ansiedad suprema, como siempre acontece, fué considerado de diverso modo. Decian unos, que encerrandose en palacio, en lugar de colocarse al frente de la resistencia con la municipalidad, desamparaba al pueblo por acompañar al monarca, sacrificando la libertad. Replicaban otros, que los esfuerzos empleados em prevenir el conflicto parecian aconsejados por la prudencia, dudosa en estremo ante la suerte de una peléa, travada por ciudadanos armados é inesperientes, contra fuerzas numerosas y aguerridas. La verdad es que pocos se atreverian en la víspera á confiar aun en el resultado del

combate; y despues de la victoria no faltó quien lo atribuyese todo á un capricho de la fortuna.

Las consecuencias, sin embargo, no podian dejar de ser funestas. La obra de meses del gabinete moderado dió en tierra en pocas horas. La preponderancia de los vencedores, justificada con el atentado de la insurreccion, dominó sin límites; y apesar de las escusas del rey y del voto del consejo de estado, Martinez de la Rosa se retiró del ministerio, y lejos de la corte y de los negocios, atribulado con los cuydados politicos, y con la declinacion de su salud quebrantada, contempló el fatal desenlace á que se encaminaba la causa constitucional.

En esta epoca, agitada y fecunda en repentinos cambios, tres poetas, dirijieron la politica esterna de naciones poderosas. Canning en la Gran-Bretaña, Chateaubriand en Francia, Martinez de la Rosa en su patria. De todos, aquel, á quien las circumstancias ayudaron menos, y que solo encontró enemistades, obstaculos, y contradicciones insuperables, fué el ministro español. Hoy, que los tres se hallan reunidos en el mismo lugar, á donde no suben los humos de las vanidades y ambiciones humanas, y el clamor de las pasiones no puede ensordecer la razon, lo que diria Martinez de la Rosa, el último á despedirse del mundo, dirijiendose al illustre Canning, que cerró los ojos antes de romper las próximas revoluciones de este siglo, y á Chateaubriand, que los cerró, cuando aun temblaba la tierra con el terrible estremecimiento de 1848? De esas ideas, de esos intereses, que tanto los preocuparon, que fué lo que resistió y

sobrevive todavia? La libertad que todos ellos amaron, pero que sirvieron de diferente modo. El resto pasó como polvoreda; y ahora apenas alguna que otra inscripcion, abierta apresuradamente por obreros impacientes, espera á que la historia revele mas tarde el sentido completo de los acontecimientos.

La voluntaria dimision de Martinez de la Rosa no calmó el odio de sus enemigos. Abusando de las ventajas que le ofrecia la loca osadia del bando realista, quisieron señalar su triúnfo con estrepitosa venganza, intentando una acusacion contra él y contra sus compañeros, y proponiendo que fuesen juzgados y sentenciados en un consejo de guerra como desertores y asesinos. La iniquidad absurda de semejante proceso, era tan patente, que hasta los adversarios más circunspectos del ministerio caído, se escandalizaron. Martinez de la Rosa, apeló para el Congreso, é imprimió en un opúsculo su defensa. La justificada lealtad del gabinete, que habia presidido, resplandeció limpio de las nuves que la calumnia condensára para ofuscarla; y la honra y la energia de los consegeros de la corona durante la crisis, quedaron ilesos apenas la luz de la verdad alumbró los hechos. Retrocedieron los acusadores, nuevas complicaciones surgieron para distraer los ánimos.

Que severas lecciones no ofrecen, sin embargo, estas repentinas mudanzas en la existencia de un hombre, tan distinguido en las letras como en el gabinete politico! Ayer, coronado de lauros, vuelve á vér la patria que le abre los brazos como á una de las victimas del poder despótico; hoy, esa corona de gloria, trans-

formada en corona de espinas, le hiere la frente y los que saludaron en él una de las columnas de la libertad, piden su muerte y desean transformar en patíbulo los arcos triunfáles! Algunos años despues, hallandose representado en algunas estampas con los emblémas de apóstol de la libertad, y luego como traidor en la prision y en el patíbulo por la sátira política, escribia en todas ellas con desafectada modestia, que no merecia el castígo ni las obaciones. Padecia inocente por la causa constitucional: animoso habia sabido defenderla; y tambien sin motivo pretendieron derribar su estatua los mismos, que dias antes la levantaron en la plaza publica.

Los melancólicos presentimientos de Martinez de la Rosa, temprano se realizaron. El ejército frances invadió la España; el ministerio y las cortes se retiraron á Sevilla; y una enfermedad grave prendia en el lecho del dolor al ministro constitucional de Fernando VII, cuando la junta realista entró en Madrid, y premió los servicios prestados por él á la corona, intimandole para reconocer esplicitamente su autoridad. Respodió que no. Irritada la junta con la evasiva, replicó, espidiendole una orden de destierro para Granada dentro de veinte y cuatro horas. Se opuso serenamente al mandato, manifestando, que no obedecia y que se emplease con él la violencia. Los defensores del poder absoluto resentidos de la altivez, decidieron dar un ejemplo, y ya se disponian á sofocar en una cárcel aquella generosa vóz, cuando interponiendose el duque del Infantado consiguió, que en vóz de una espulsion imperiosa se conmutase la pena al poeta en un pasaporte, que le autorizase para viajar por

el estrangero bajo pretesto de restablecer su salud quebrantada.

Al siguiente dia dejó la capital. No queriendo residir en Francia, mientras que duraba la guerra entre las dos naciones, siguió el camino de la Italia; visitó Roma, y solo despues de rendida la ciudad de Cadiz, y evacuada la Península por las tropas de Luis XVIII, fué cuando se dirijió á Paris en donde la hospitalidad de los hombres eminentes de la oposicion liberal no concurrió poco para mitigarle las tristezas de la ausencia patria. Relaciones amigables, que de dia para dia se fueron estrechando, cada vez mas, lo familiarizaron no solo con Laffette y Terneaux, sino tambien con los duques de Broglie y Decazes, conde Molé, mr. Guizot, mr. Thiers, mr. Duvergier de Hauranne y otros personages que, en la prensa y en la tribuna ya desempeñaban entonces, y representaban despues en el reinado de Luis Felipe, los principales papeles.

Separado en el destierro, como lo habia estado en la vida publica, tanto por las opiniones, como por otros motivos, de varios compatriotas suyos, tambien emigrados, se retiró al estudio y á una vida casi contemplativa, viendo correr los sucesos sin ilusiones, y acompañandolos apenas con la viva curiosidad, que debian merecer, á un espectador interesado. Enemigo de conspiraciones, y repugnandole favorecerlas, aun cuando contribuyesen para el triunfo de la libertad, no tomó parte directa ni indirecta en ninguna de las que se fraguaron contra Fernando VII. Nunca las estimuló. Nunca las aprovó.

Su actividad se consagró esclusivamente á los trabajos del espiritu. Visitó diariamente las vastas y copiosas bibliotecas de la corte intelectual del mundo, que así podia llamarse entonces, y aun hoy á Paris, repartiendo el tiempo entre la lectura y la instructiva conversacion de los hombres sabios y eruditos, cuya estimacion y benevolencia lograron conquistar sus afables maneras y su elevado ingenio.

En 1829 publicó en la tipografia de Didot la coleccion de sus obras literarias en cinco tomos. Ademas, deseoso de estrenar su musa en una escena estrangera, concibió el proyecto de escribir en francés el drama en tres actos intitulado *Aben-Humeya*, que debia ser representado en el teatro de la puerta de Saint-Martin, cuya traduccion en prosa española incluyó en el v tomo de sus obras. Los ensayos no se retardaron; y en julio de 1830, poco antes de estallar la revolucion que precipitó del trono á Carlos x, se aplaudian con entusiasmo los trechos apasionados de este episodio tragico derivado de la historia de los arabes en la España. El publico aceptó la pieza, y ornó con preciosas coronas la frente del poeta estrangero.

Es provable, que al apresurar la vejez sus pasos hacia él, y sintiendo que los frios del invierno paralizaban su accion, el autor de *Aben-Humeya*, y de la *Conjuracion de Venecia*, se recordase algunas veces con placer de aquellas noches de triunfo, seguidas de cerca por los acontecimientos, que le abrieron despues las puertas de la patria. Los loores debidos al juicio imparcial del estrangero son balsamo consolador para las he-

ridas, que nos abren de ordinario en el alma la envidia y la ingratitud de los contemporáneos. Esos, á quienes la Providencia señaló para levantar la frente sobre el vulgo, á semejanza de las eminencias, casi siempre desafian el rayo. Felices ellos, aun cuando, llegada la ultima hora, silenciosas las rivalidades, y anticipada la sentencia de la posteridad, la voz de las generaciones, sus herederas, se alza afectuosa y traspasada de dolor para decirles el ultimo adios. En el túmulo no todos hallan el prometido descanso; ni tampoco la justicia comienza para los muertos en las primeras horas!

V

La revolucion de julio, cogiendole de sorpresa en Francia, interrumpió las representaciones de *Aben Humeya*, y por la vóz de una nacion victoriosa, anunció entonces al proscripto español, la aurora de dias mas venturosos.

En efecto; el casi instantaneo terremoto, que en tres dias derribó el trono de los Borbones, y estendió por la mayor parte de la Europa los sobresaltos y la desolacion, llegó á ser mas tarde el llamamiento hecho á los reinos, que gemian opresos. Levantando las frentes, vieron todos en este grande ejemplo, el futuro destino de

las dinastias que, rodeadas de soldados y de silencio, habian imaginado sofocar, hasta entonces, la libertad moderna, coactando la conciencia, oprimiendo el pensamiento, castigando como crimen inesplicable, la legitima impaciencia de reformas, y enseñando como dogma, la voluntad absoluta del imperante colocada sobre los derechos, ó sobre los agravios de los pueblos.

La España, tan vecina y tan dilacerada, no podia mas tarde, ó mas temprano, dejar de acudir á esta lucha abierta el dia anterior; aunque sobradamente perturbada por las demostraciones tumultuosas de contendedores decididos. A la llama del incendio de la capital de Francia, se ateaban otras llamas no menos impetuosas, creciendo proporcionalmente, con las compresiones anteriores, y amenazando á las potencias mas orgullosas de una confragacion general. El gobierno de Fernando VII, íntimo con las maximas de la santa alianza; aconsejado por el genio sombrio y los resentimientos del partido realista exaltado, y á cada momento sorprendido por la hostilidad permanente de las fracciones liberales, no era lo que menos debia recelarse de las consecuencias inmediatas de la situacion, que acababa de surgir, defendida por las barricadas de Paris.

Si el año de **1830**, como observa un escritor discreto, abrió á la Francia una época memorable, no fué tampoco menos significativo para con la España. La diferencia consistió en la forma y en el tiempo. En Paris, la corona levantada de las calles, donde habia rodado, despues de ultrajada, ornó la frente de un rey electo por la sublevacion triunfante. En Madrid, los primeros

rayos de luz, partieron de entre tinieblas; y quien tomó la iniciativa fueron la corte y el monarca, los mayores enemigos de las innovaciones.

Cumple esplicar concisamente esta radical modificacion.

El heredero de Carlos IV, viudo tres veces, pasó á cuartas nupcías, con una princesa, que su nacimíento, hermosura, y demas prendas de caracter, hacian tan querida de los subditos, y tan amada del esposo. Los apologistas de la secta apostolica comenzaron desde luego á aborrecerla como el mayor obstaculo, que la fortuna podia oponer á sus designios. Dotada de animo varonil y del dón singular de ganar voluntades, la reina Doña Maria Cristina, sentandose en el solio entristecido por la muerte, ó por la esterilidad de las otras esposas de D. Fernando VII, inculcaba en la indole y en la edad, la peligrosa influencia, que habia de egercer al lado de un marido, cuya voluntad facilmente sabria atraer y dominar, acallando en su corazon cualquier otro afecto ó memoria.

El infante D. Carlos, gefe de la faccion preponderante, víendo el lecho nupcial de su hermano cubierto de luto varias veces, y la corona tan proxima de la cabeza, comenzó á creer con sus parciales, que el cielo, negando la sucesion á Fernando VII, lo preferia para reinar. La donosura de la princesa, su sobrina, la vivacidad de su ingenio, y el aplauso casi unanime, que saludaba su consorcio auspicioso, convencieronle de que se habia anticipado su ambícion, porque, si la reina

uniese la fecundidad á las gracias y encantos de la belleza, el nacímiento de un heredero podria cortar de raiz todas sus pretenciones.

Triste y recogida la corte, habia llegado hasta alli á un estado casi monacal, tanto, que de repente, toda la alegria, todas las galas y flores renacieran á la primera señal de la nueva soberana. Despertando el rey del abandono á la voz de ella, cambió la monotonia de la vida retirada por la agitacion bullicíosa de los bailes y fiestas, á que lo arrastraba com magica violencia, la graciosa compañera, que habia escogido.

Contemplando este espectaculo para ellos repugnante, y estrañandolo casi como escandaloso, los consegeros mas prespicaces del partido apostolico, temieron mucho de él. El dominio, que Doña Maria Cristina, adquirió en poco tiempo sobre el animo de su consorte, se les representó con aparato irresistible. No era tan solamente una reina, era una revolucion, que trasponia con ella las gradas del trono.

No se engañaron en sus aprensiones los amigos del infante. Casada en 11 de diciembre de 1829, Doña Maria Cristina, anunció en breve á su esposo y á la España, esperanzas de sucesion, saludadas como bien venidas por una grande mayoria. Graves dificultades turbaron no obstante el júvilo del principe, y entretubieron á D. Carlos dandole algunos alientos. En lugar de un heredero, Doña Maria Christina podia dár á luz una hija y en tal caso, no estando promulgada todavia la ley aprovada en cortes por Carlos IV, podia venir á susci-

tarse una inflamada cuestion dinastica. Fernando VII advinó el peligro y reparó la omision. En 29 de marzo de 1830, mandó publicar la pragmatica sancion de 1789, aboliendo la ley sálica introducida en España durante el reynado de Felipe V, y restableciendo el derecho, que, desde remotos siglos siempre habia estado en vigor respecto de la sucesion. Esta declaracion, golpe mortal para la faccion apostolíca, le provocó immediatamente los odios que eran de suponer. No atrevíendose á patentizarlos por medio de los periodicos españoles sugetos á la vigilancia de las autoridades, se valió de la prensa estrangera publicando al efecto articulos y protestos. La separacion entre el rey y este núcleo inquieto y fanatico se hizo notoria é incorregible ; y fué en medio de la discusion vehemente precursora de mayores alteraciones, que nació en 10 de octubre de 1830, la primera hija de Fernando VII y Doña Maria Cristina de Borbon.

Cuando la princesa, predestinada á ceñir poco mas tarde, la corona de Isabel la Catolica, abrió los ojos, las monarquias mas firmes, como ya indícamos, se resentian del incremento revolucionario. El duque de Orleans, aclamado por el pueblo, sucedia á Carlos X ; y el ultimo soberano de la línea primogenita de los Borbones, despues de una abdicacion inutil por tardia, dejaba como fugitivo la patria, que no volveria á ver, y se encaminaba para la tierra del destierro donde talvez podria hallar el sepulcro. La Bélgica siguíó el rumbo de los sucesos sacudiendo el yúgo de la Holanda ; y la Polonia, confiada escesivamente en su valor, y en los auxiliós que le faltaron, se aprovechó tambien de las circunstancias para librarse de la forzosa union de la Rusia.

Los emigrados españoles, refujiados en Francia y en Inglaterra, creyendose protegidos por las dos grandes potencias, decidieron acometer una empresa arrojada, penetrando en són de guerra por las fronteras de los Pírineos. Valdes, Lopez Baños, Butron y Mína, mandaban estos bandos que el general Lauder dispersó brevemente. En Galicia, Cataluña, Aragon, y otros puntos, terminaron del mismo modo iguales tentativas. Las poblaciones vieron pasar á los liberales sin commoverse, y respondieron á sus exortaciones cruzando los brazos. Cuando cesó el movimiento, despues de tan desgraciado episodio, aparecieron otra vez las persecuciones y los patíbulos. La temeridad de la invasion sirvió apenas para dar fuerzas á los intolerantes contra el partido constítucional estimulando el debilitado celo de la reaccion apostlica.

Pero estos acontecimentos, que absorbieron los cuidados del gobierno en el año de 1831, distrageron por poco tiempo las dos parcialidades, en que se dividia la opinion realista. Los apostolicos se conservaban tranquilos en la apariencia, y disimulaban, esperando el nuevo parto de la reina, porque siendo varon el segundo heredero de Fernando VII, se les desvanecian sus quimericos proyectos. Favoreciolos el acaso. En 30 de enero, nació todavia otra hija, la infanta Doña Maria Luisa Fernanda, y todo hizo suponer que ella sería el ultimo fruto del matrimonio del rey con Doña Maria Cristina.

A la edad de cuarenta y ocho años Fernando VII, envegeció como si contase ya setenta. La gota hereditaria, agravósele con la falta de ejercicio, y en agosto

de 1832 un víolento ataque le postró de tal forma, que los médicos temieron mucho por su existencia. Cuando la muerte llamaba á las puertas de su regio alcazar, toldandole con sombras el rostro, en medio del sobresalto y turbacion inseparables en lances tan dolorosos, el partído apostolico empeñó todos los poderes con esfuerzos supremos á fin de arrancar á la conciencia del moribundo una declaracion que, anulando la pragmatica sancion, elevase al infante D. Carlos al trono de la España. Calomarde, el ministro confidente del monarca, escuchó lisongeado las promesas de los carlistas, temió de las amenazas, y accedió en prestar su apoyo al decreto que debia revocár el acto de 29 de marzo. La mano desfallecida de Fernando VII, guiada por la de los enemigos de su hija, trazó una tremula rubrica en el díploma forjado, y la secta apostolica segura del triunfo, contó impaciente los momentos que aun mediaban, sin recordar que solo pertenece á Dios disponer de los pueblos y de los reyes.

La enfermedad progresaba con accesos tan violentos, que en uno de ellos se divulgó la noticia del fallecimiento del monarca. El embajador de Francia, comunicóla telegraficamente á su corte; y los que acababan de dividir y repartirse la purpura entre si, ya comenzaban mas satisfechos á dar y á recibir parabienes por el reinado fídelisímo á la Iglesia y á las ideas absolutistas, que habian de ínaugurar. Era todavia temprano. El sucesor de Carlos IV abrió de nuevo los parpados; reanimose; volvió poco á poco á la vida y conoció con arrepentímiento y estrañeza que por el proprio puño lo habían obligado á despojar de la corona á su heredera.

La infanta Doña Luisa Carlota, hermana mas vieja de la reina, regresó de Andalucia. Tanto ella, como Doña Maria Cristina, rodeando el lecho del soberano, le pintaron con vívos colores la injusticia palpable de robar el trono á su hija, para concedérselo al ínfante D. Carlos.

El decreto arrancado con engaños á la regia voluntad fué derogado. El ministro y sus colegas dimitidos; y Cea Bermudez, embajador de España en Londres, encargado de constituir el nuevo gabinete, subiendo al poder, proclamó príncipios de equidad y tolerancia, que parecian incompatibles con las maximas recientemente adoptadas por la monarquia absoluta. Finalmente por un decreto de 6 de octubre, nombró el rey á Doña Maria Cristina regente del reyno durante su enfermedad; y la amnístía general de 7 de octubre de 1832, tam ámplia cuanto las circunstancias lo permitian, anunció con humana y bondadosa inauguracion, el primer dia del poder interino, en el cual, la ternura de Fernando VII por su augusta esposa, delegaba la tutéla y la defensa de los derechos de su hija.

Entre tanto, que todos estos actos se operaban presagios de proximas transformaciones en la politica española, Martinez de la Rosa, recomendado por la prudencia y resignacion de su comportamiento, era estimado ocultamente por Fernando VII, que sin amar la persona y mucho menos los principios de su ex-ministro, respetaba siempre en él las prendas del caracter. El poeta granadino, estendia entonces melancolico la vista por las deleitosas vegas, florida cúna en donde habia recibido el

ósculo de la primera luz; y comparando las tristezas y las niéblas del destierro con las sonrisas y alegrias de su nativa provincia, sentia inflamarsele en el alma cada véz mas los vivos deseos de volver nuevamente á ella para abrazar á los parientes y amigos, que habia dejado; para inclinarse ante el sepulcro de los suyos, y para convalecer el espiritu y el corazon de tantas lagrimas y fatigas. En los ultimos meses del año de 1831, mas aplacados los furores de la reaccion, y mas adictos á la tolerancia los animos de los que dominaban, entendió ser llegado el momento de poner termino á su destierro, recogiendose como particular al sosegado asilo de una oscuridad estudiosa.

El gobierno español no se opuso. Sabia que en Granada, ó en Paris la escrupulosa lealtad del distinguido escritor nunca prestaria oidos á planos subversivos. Franqueole, pues, sin recelo las puertas de las fronteras; pero siempre severo y sospechoso, no moderó en su favor el pesado precepto, que prohibia á los diputados de 1822 la entrada en la corte de Madrid. Sin quejarse de sus males, encaminose directamente á Granada, y en el seno de la familia de su hermano, suya por los desvelos y cariños, respiró codícioso las delicias y el aire envalsamado de la patria, de que tanto tienpo habia estado privado, padeciendo sin delito el largo destierro, cuyo cautiverio terminaba entonces.

Durante la enfermedad de Fernando VII y á pesar de los enredos, que ajitaban á todas las parcialidades en torno de su lecho, el poeta, ni por un momento desmintió la serenidad, que era una de las facciones prec-

minentes de su fisionomia moral. El conflicto entre apostolicos y realistas; la agonia del monarca y el decreto que Calomarde impuso á su flaqueza durante ella: la no esperada resurreccion del esposo de Doña Maria Cristina; la caída del ministerio; la regencia de la reina; el gabinete de Cea Bermudez; y el acto de la amnistia, todas estas complicaciones de futuras y grandes novedades, pasaron ante él casi sin perturbar sus instructivas meditaciones.

Continuando los trabajos comenzados en Paris, repasó por ultima vez en el año de 1833, sus poesias ligeras, las cuales, publicadas poco mas tarde, le grangearon el aplauso unanime, que merecian sus virtudes politicas y domesticas, y la belleza y correccion de los metros.

No obstante de la publicacion que acabamos de citar, tampoco descansó en el empeño de fundir en esmerada prosa castellana la bella narracion de la *Vida de Hernan Perez del Pulgar*, uno de los héroes notables del siglo xv, no menos conocido por sus atrevidas proezas, que memorado con la significativa denominação de *El de las 'azañas*.

En este curioso libro biografico, tan apreciado por la crítica dentro de España, como fuera de ella, juzgandolo una rara producion, cuyo secreto prodigioso poseen unicamente los escritores eminentes, consigió enlazar con tanto artificio los episodios de la existencia del venturoso y destemido caballero, que recorriendo aquellas paginas doradas por el reflejo poetico de la

época y de los sentimientos, que retratan, vacíla el lector sobre cual débe admirar mas, si la profunda y desafectada erudicion, que se trasluce casi en cada línea, ó las galas y primores del estílo, que amenizando con severidad histórica, adornan graciosamente aquél monumento, labrado por un cincel familiar con las musas, que solo brilla de ordinario en las producciones mas libres de la fantasía.

El rey, despues de luchar con la muerte por algunos dias, cayó por fin vencido. Una apoplejía fulminante arrebatóle instantaneamente el dia 20 de setiembre de 1833, á las tres menos cuarto de la tarde; y en su testamento, fechado el 12 de junio de 1830, conforme con los pensamientos de los ultimos años, confió la regencia del reino á Doña Maria Cristina, durante la menor edad de Doña Isabel II, reconocida heredera presentiva de la corona en las córtes de S. Jerónimo del Prado.

La herencia legada no era facil de realizar. De los hombres que, consumados en el trato de los negocios, y fieles á la lejitimidad, se colocaron en torno de la augusta hija de Fernando VII, ninguno ignoraba la peligrosa estrimidad de la lucha preparada, ni dejaba de vér abiertos bajo las plantas los precipícios, que de todos los estremos amenazaban subvertir el trono apenas un soplo mas fuerte lo hiciese vacilar.

Presentandose como representate de la inamovilidad de las instituciones, y como campeón de las antiguas tradiciones del poder absoluto, D. Carlos, obligaba á la

córte á buscar el apoyo de las idéas modernas, y á confiar la defensa de los derechos de la nueva soberana, en el brazo del partido liberal dos veces desarmado por su padre.

Las inclinaciones de la regénte guardaban concordancia con esta necesidad política. Doña Maria Cristina reveló desde luego, sin vacilar, las tendencias de su administracion, dirijiendola en este sentido, y manifestando el firme propósito de oponer á la vieja y cadúca restauracion, imajinada por la faccion apostólica, el espirito y las fuerzas activas de la libertad constitucional, única garantia posible para la corona de su hija, cuya inocencia y tiérna infancia, por otra parte, no concurrieron póco para inflamar los brios caballerosos y el amor dedicado de aquellos de sus súbditos que, no ofuscaban las sombras de inveterados preconceptos, ó la incurable obstinacion de ofrecér batalla á las ideas del siglo en nombre de una causa, cubiérta con las deterioradas bandéras del pasado; desconociendo, que era un sueño y casi demencia esperár á que resucitase, ó reviviese para reinar.

D. Francisco de Céa Bermudez, desechado de los consejos del rey por sospechoso despues de 1824, y estimado por la índole benévola, ingénio esclarecido, y verdad de sus conocimientos estadisticos, no podia prometer al lado de la regénte, otra cosa, que no fuése la sinceridad de la conciencia. Apóstol de una religion, que ninguno de los dos cámpos enemigos queria admitír, y repelido por ambos, sucumbió en la inpraticable empresa de realizar el sistema del *absolutismo ilustrado*,

concebido en el gabinete, y sustentado en el gobierno con una tenacidad, que no exaltandose á su penetracion, hace mucha honra por lo menos á la lealtad de su conciencia.

Era tarde ya para intentar el ensáyo de una teoría de transicion. Extralimitadas las frontéras de los partidos activos, y avivados los matíces de sus divisas, el estandarte de Céa, que en años anteriores podría tremolar santificádo, ofreciendo á las pasiones la trégua indispensable de un régimen bonancible, que fuése educando al pueblo, para con mas seguridad poner luego el pié en la senda liberal, ese estandarte, enarbolado en la víspera de la lucha mortal entre principios irreconciliables, y en los ultimos meses de 1833, no podia encontrar en toda la España una sola adhesion sincera, ni la mas léve probabilidad de triúnfo.

Por tanto, aconteció hallarse solo. El ejército poco numeroso aun obedecia; pero en sus hiléras operaban ocultamente y prevalecian las opiniones de las clases medias. En presencia de las armas carlistas, era para recelar, que rompiendose de pronto el lázo de la disciplina, diése largas riéndas á la impetuosa llama del ardor liberal.

La mayoría de los funcionarios mas elevados hostilizaban tambien al ministerio, unos, acusandole de retrógrado y otros de traidor al trono y á la Iglesia. Finalmente, el pais, ansióso y advertido por el propio instinto, de que este no era el hombre, ni aquel el sistema, que pedian las circunstancias, cada véz se abste-

nia mas para ámbos, haciendo por lo tanto menos urgente la completa transfiguracion política, que estaba en la esencia de las cosas y en la ménte de todos. El partido liberal fué llamado al podér para organizar la resistencia y fundar en reformas prudentes, pero eficáces, los cimientos del tróno constitucional de Doña Isabel II; y Martinez de la Rosa, por su nómbre y relevantes circunstancias fué escogido inmediatamente para sér uno de los iniciadores de esta laboriosa y árdua edificacion, en que, los obreros han tenido siempre en una mano la pluma, y en la otra la espada. La Reina Gobernadora, confióle la formacion del primer gabinete, y la redaccion de las nuevas bases, que habian de sellar el pacto solemne entre la coróna y la nacion.

Estaba lejos entonces de creer el poeta, que le obligasen tan repentinamente á cambiar la confidencia de los libros por las inquietúdes y responsabilidades administrativas. Cuando recibió la invitacion para incumbirse de la presidencia del consejo de ministros, se hallaba deleitado con la lectura de las cronicas de la edad media, y absorvida su atencion en las correcciones de las últimas pruebas de *la vida de Hernan Pérez del Pulgar.* Levantando la vista sobresaltado para las eminencias del podér, que le señalaban, las vió sombrias y cargadas de tempestades; pero lo que exigian de él era un sacrificio y no la satisfaccion estéril del orgúllo, ó de la ambicion. Resignóse, por lo tanto, y aceptó aquel grave cargo, despidiendose con un suspiro de la llorada tranquilad que dejaba, por luchas y esfuerzos que le habian hecho conocer la esperiencia y que unicamente serian recompensados con ingratitudes. Su presencia en el mi-

nisterio no le imposibilitó de publicar la vida de *Hernan Pérez*; y és justo confesár, que no se engañó en la confianza, que le sugirió este bello rásgo. La obra mereció los elógios imparciales y unánimes, de amigos y adversarios; y en ninguno de los juicios consignados acerca de ella se reveló el menor vislúmbre de resentimiento ó de emulacion partidaria.

Estallaba entre tanto la guerra civil en Navárra, y la nacion, bajo la amenaza de grandes calamidades, volviendose para el trono, pedia la convocacion de las córtes, como remédio oportuno para sus males. La entrada de Martinez de la Rosa equivalía á una promesa en este sentido. Si los recuerdos de las escenas licenciosas de los tribunos en 1822, aun intimidaban á los mas circunspectos; y si algunos emigrados, recogiendose del destierro continuaban suspirando por el restablecimiento de la constitucion de 1812, para ellos, el ideal de los códigos libres; és cierto, que la parte mas ilustrada de la nacion, apartada de tales exageraciones, solo apetecía la paz, el orden y regulares progresos, protejidos por un gobierno fuerte, á la sombra de garantias políticas aseguradas por el sistéma representativo.

Parece, pues, que la fortuna siempre escogió á Martinez de la Rosa, en los momentos mas peligrosos, para demostrar con su ejemplo como se deben encarár y arrostrar las sumas dificultades, para lo que siempre desmayan generalmente la mayor parte de los políticos, porque piden á los que las atraviesan grande elevacion de espíritu, y una voluntad constante é inmutable. El nue-

vo gabinete ensayó muchas; y entre tantas necesidades no vaciló en obtar por las mas urgentes. En su pensamiento las planeó todas, tratando de satisfacer las principales de la manera mas pronta y razonable.

Uno de los primeros actos, que propúso á la regénte, fué un rompimiento con el gobierno intrúso de D. Miguel, cuya usurpacion en Portugal, siempre habia favorecido D. Fernando VII. Mandó, pues, al ejército del general Rodíl que pasase la frontera, ordenandole, que á costa de todo sacrificio, se apoderase de la persona del infante D. Carlos, el cual, refujiado en la córte militar de su sobrino, desde el seno de ella atizaba las llamas de la guerra civil dirijida por Zumalacarrégui, y demostraba esperar unicamente la ocasion propícia para colocarse al frente de los partidarios, que lo aclamaban, y reanimarlos con su presencia.

El segundo, intimamente ligado con tan vigorosa resolucion; tubo el pensamiento de confirmarla, estrechando por los lázos de mútuo acuerdo y de recíproco socorro, la amistad de las dos naciones de la Península, y los interesses de ambas dinastias constitucionales, combatidas por idénticos enemigos. En el tratado, concluido en 22 de abril de 1834, y ajustado entre la España y Portugal de un lado, y la Inglaterra y la Francia del otro, por el cual se realizó esta prudente combinacion, estipuláronse las condiciones indispensables para sustentar la corona sobre la cabeza de las dos soberanas, salvando por igual forma en los dos países las instituciones libres, del odio y de las agresiones de la faccion apostólica y absolutista.

Por ultimo, al fin de tres meses de repetidas conferencias y prelongados debates, el ministerio, publicó el *Estatuto Real* en **10** de abril de **1834**, consignando en la parte espositíva, que le precedia, su pensamiento conciliador, y las esperanzas que la nacion podia abrigar á la sombra de él.

El *Estatuto* estaba léjos, sin embargo, de ser un código, tan completo como la carta otorgada en **1826** por **D.** Pedro IV á los portugueses. Era en la realidad el bosquejo de una transacion propuesta en medio del desorden de la pasiones y bajo la influencia de la aprension melancólica, que entonces entristecia á todos.

Determinaba apenas la reunion periodica de las córtes, compuestas de dos cámaras, una de eleccion popular, y la otra hereditaria y de nombramiento real. La formacion de las leyes decretada por el soberano con aprovacion del parlamento, y la prerogativa popular para que las contribuciones públicas no fuesen lanzadas y recaudadas sin el vóto de los representantes de la nacion, he aquí las disposiciones mas importantes. La falta de limitacion en el egercicio de la autoridad real; la libertad individual desamparada de las garantias esenciales, y el mas profúndo silencio acerca de la organizacion del poder judicial, revelaban por demas que en el ánimo del legislador habian preponderado, el recelo de las exageraciones de **1822** y las repugnancias hijas de la infeliz esperiencia de la constitucion de Cadiz, preponderando mucho mas que la esplícita insinuacion de los sentimientos y deseos de la España liberal, y que el convencimiento de la impossibilidad de persuadir y llamar al seno de los defen-

sores de Doña Isabel II, á los que ya se habian apartado em nombre de su dedicacion por la antígua monarquía.

Dicem que Argüelles, leyendo el decreto del *Estatuto Real*, digéra : *Que apostasía !* Cególe la ira, si por ventura profirió la injusta frase que se le atribuye. No fué una apostasía, fué el errór vulgarisimo de suponér, que estremando los campos políticos, pueden atraerse de cada uno de ellos los hombres menos exaltados por médio de concesiones en desarmonia con la verdad de los principios. Ni los carlistas cedieron, ó se ablandáron, ni los constitucionales aceptaron el *Estatuto* como descargo de la régia promesa en toda su plenitúd.

En véz de aplacarse los resentimientos con su publicacion, tomaron mayor incremento ; y los sucesos no tardaron en probar, que arrojado el guánte y desnudo el acéro, las ármas, y solo las ármas, saben terminar desgraciadamente tan dolorosos conflictos.

Durante la agitada gerencia del gabinete regído por el autor del *Espiritu del Siglo*, la fisonomia agresiva de los bándos políticos, que dividieron, y dilaceraron la España, caracterizóse vigorosamente con toda su espresion. Los realistas sublevados luchaban en los campos de batalla, y la sangre derramada, despertaba cada vez más los odios. Los liberales exaltados, no menos irreconciliables, atacaban el poder, que no conseguian intimidar, predisponiendo todo para la desastrosa agitacion, que, en médio de los tumultos, constituyó en las plazas públicas la dictadura de la plebe. Bajo el péso de estos infortunios, demasiado penosos de sopor-

tar, creció el terrible azóte de la cruél epedémia, cuyos estragos, lúchas y terrores, que la acompañaron, vinieron á entristecer la escena alumbrada por los siniestros incéndios de la guerra civil. Empeñadas las facciones en contienda mortal, rompieron sin remordimientos las funestas discordias que habiam de desolar al país por tantos años.

Los abusos populares, y el horror, que producía el contágio, fuéron los concitadores de los execrables asesinatos en que se desplegó la impetuosa sáña del vúlgo, contra los fráiles, inocentes víctimas denunciadas á sus furores. Los motines del 17 de agosto de 1834, practicados con impunidad en presencia de una guarnicion de nuebe mil hombres, que los toleró impasible, parecerian hoy inesplicables, si no supiesemos, como se agitan é inflaman con violencia al menor pretesto las pasiones ruínes, sobre todo, cuando promovedores sin escrúpulo las embravecen.

El presidente del consejo se hallaba ausente de la córte. A la noticia de las atrocidades, que desprestijiaban la heroica villa de Madrid, se desprendió de los brazos suplicantes de su familia, que intentaba contenerle en vano, y regresó á la capital, insensible á todo lo que no fuese el cumplimiento de los sagrados deberes, que habia aceptado. El castígo de los crímenes si nó pesó tan rigurós0, como lo exijian las leyes y la humanidad ultrajadas, afirmó al ménos, que por párte del ministro existia contra ellos una sincera y virtuosa indignacion. Si no consiguió vencer los obstaculos, que entre los malvados y la justicia levantaba la mala vo-

luntad de los partidos, probó con todo que su alma generosa era incapaz de capitular con los sicarios, dando la mano á sus complices. No faltó quien despues le acusase de tímido y débil; pero hagamos memoria de que los réos han sido plenamente absueltos, y que muchos periodicos se desataban entonces en imprecaciones contra el ministro, retratandole con los odiosos colores de la barbarie y de la ferocidad perseguidora. Para sentenciar en tan delicada causa, no basta atender unicamente á los impulsos del corazon; combiene sobre todo formar exacto juicio de los acontecimientos. És preciso observar, hasta que punto su influencia puede servir de disculpa á los hombres públicos, condenados á responder por delitos que no estaba en sus manos precabér, y mucho menos vengar, con la merecida severidad.

Pocos dias despues de las atrocidades de 17 de agosto, se abrió el congreso, y patente la tribuna á la discusion se posesionaron de ella immediatamente los oradores mas audáces, unos para argüir, y otros para defender al gabinete. En esta líza, donde resbalaban facilmente los atletas mas prácticos en las luchas del espíritu, y justificaban con su caída las temeridades del orgullo, Martinez de la Rosa, nada podia recelar. Su elocuencia admirada, desplegando las gálas del estílo con la lógica concision de los argumentos, podia encontrar émulos y adversarios, pero núnca vencedores. Entre tanto, las raras cualidades, que adornaban su espíritu, no se compadecian con la fogosa y arrebatada agresion, que habia de emplear, si se propusiese enmudecer contendedores poco escrupulosos en la eleccion de las ármas. La fria intrepidéz, que oponia de ordinario

á los asaltos de los contrarios, no era por cierto el mejor broquél para contener los gólpes. Si el brillo de su frase elegante prendía y encantaba los auditorios; si el vigor dialéctico de la refutacion destruhia el sofisma y las inícuas recriminaciones: el respeto de la propia dignidad; el caracter caballeroso; y las atenciones de una cortesania nada vulgar, le hacian aparecer siempre urbáno y comedido, sin permitirle acosár de cérca, ó castigar com rigor, á los tribunos incorrigibles que su generosidad no sabia desarmar. Por el contrario, todos ellos se congratulaban del estrépito de sus vanas declamaciones como podian ufanarse de verdaderos y justificados triúnfos.

Los resultados habian de convencerle temprano de su errór. En 1835, rebentó con toda su esplosion la mína revolucionaria abierta por manos sediciosas en los nuevos cimientos de la monarquía constitucional. Un subteniente, colocado al frente de algunos soldados, se apoderó del palacio, donde estaban situadas las dependencias de correos y de la gobernacion del reino, soltó la vóz de *muera el ministerio*, asesinó al capitan general Canterac y defendióse á todo trance durante muchas horas. Por ultimo, en menosprecio de las trópas obedientes, que le cercaban, consentió en una capitulacion reputada de indecorosa, en virtud de la cual, debia entregarse la casa ocupada, saliendo de Madrid á tambor batiente, la tropa sublevada, que no tardó en incorporarse al ejército del nórte.

Esta pública transaccion, estrañada por cuantos apreciaban el orden y el principio de autoridad, se hizo

mas funesta sobre todo con el pésimo ejemplo que difundía. Martinez de la Rosa la combatió en consejo de ministros, y vió con sentimiento rechazada su opinion por la mayoria. Prevaleció al contrario la fatal idéa de cedér el gobierno ante la insurreccion militar, y muy á proposito, esclamó indignado el sr. Istúriz, comentando el hecho: *Que aquella trópa rebélde, retirandose incólume, habia llevado en las púntas de las bayonetas la fuerza moral del ministerio.* Debía seguirle logicamente la dimision del presidente del consejo y la del conde de Toreno, que tambien habia votado con él, y no faltó quien censurase á ambos por su continuacion en el podér despues de vencidos en tan grave debate. Quien los atajó no fué de cierto la ambicion, fué mas la restriccion del deber y de la conciencia, que no el deséo de conservar el cargo de defensores de la monarquía á donde afluia con mas instancia el mayor peligro.

Las idéas exaltadas obtenian todo los dias nuevas conquistas; y los estandartes del bando carlista salpicados ya con la sangre derramada en las peléas, tremolaban en las provincias del nórte, coronados de victorias mas veces, que abatidos en las derrotas. Quesada, Rodíl, Mina, Valdés, y los generales encargados del mándo, habian visto malogrados sus esfuerzos, y cediendo el baston con desaliento, los unos á los otros, confesaban tácitamente que no les parecia posible sofocárse tan repentinamente la sublevacion que se estendia y progresaba. El gobierno interpelado en las córtes, repelia la culpabilidad, lanzandola sobre la impericia de los gefes-militares; y estos, ofendidos, no cesaban de esclamar, que el mal exito de sus operaciones debia atri-

buirse unicamente á la inectitud y á los desacuerdos del gabinete. El combenio denominado de lord Elliot, acabó de proporcionar el deseado pretesto al descontento casi general. Se hicieron vehementes acusaciones contra él en la tribuna, y Martinez de la Rosa, corrió el peligro de ser asesinado, cuando se retiraba del congreso. Salvó la vida amenazada, no retrocedindo un ápice del frio valor y placidéz, con que en los percances estrémos, contrastó siempre las mayores dificultades.

Cerraronse las córtes, y seguidamente el cruénto revés de las Amescuas, vino á cargar con mas pesadas sombras, la situacion por si sola tan estremecida. Los generales desacórdes, perdída la confianza en los soldados, instaban con impaciencia por la intervencion francesa. Martinez de la Rosa se negó á pedirla, ya porque no la creyese necesaria, ó por temor de que se la denegasen. El consejo de ministros sustentó diferente voto; y su presidente vencido (pero no por el convencimiento), depúso la cartera, despues de trasmitir las órdenes de la mayoria del gabinete, á los representantes diplomáticos de su soberana cerca de las córtes de Paris y Londres. La intervencion no fué concedida, como él habia vaticinado; y el conde de Toreno que lo sustituyó en la direccion de los negocios, vióse obligado á luchar con la insurreccion de las juntas populares, para desvanecer los efectos deplorables de un acto precipitado.

Vuelto á la vida particular, Martinez de la Rosa, de todas las lisongeras pruebas de estimacion y munificiencia, que la regente le prodigalizó, ninguna quiso aceptar, porque estaba mas satisfecho con haber reconquistado la

tranquilidad íntima, que deseoso de adquirir empleos y distinciones. Fué á ocupar su puesto de diputado, y desde allí, continuó defendiendo como orador las doctrinas, que habia sustentado como ministro. Dáta de este periodo la creacion del numeroso partido moderado de la España. Lo constituyó con su raro ejemplo; lo alimentó con las idéas de orden y de progreso, que habia adquirido y perfeccionado en el destierro y en la meditacion; y egerciendo por mucho tiempo sobre él la autorizada supremacia de la pureza de su nombre y del prestígio de su ingénio, consigió armarlo y disciplinarlo de modo, que pudiese ofrecer despues sólido apóyo á los gobiernos fundados en la aplicacion de sus principios.

Estos fuéron los áctos principales de la administracion presidida por D. Francisco Martinez de la Rosa, en los años de 1834 y 1835. Apreciandolos en paralelo con las circunstancias, nadie de buena fé dejará de reconecer que en la mayor parte honran tanto á la lealtad de su carácter, cuanto exaltan la penetracion y maduréz de su juicio. La intervencion de Portugal, y el tratado de la cuádruple alianza fuéron dos gólpes decisivos, sin los cuales no seria facil pronosticar el resultado final de la cuestion dinástica y de la lucha constitucional en la Península.

No cábe en los restrictos límites de un opúsculo, estendernos en reflexiones y noticias históricas, que su estrechez no comporta. No nos lanzámos á la temeraria emprésa de apreciar los sucesos del borrascoso periodo, que comprendió su ministério, ni á los actos políticos, tan variados y significativos, dimanados de las gra-

visimas complicaciones, que la España tubo que prevenir ó sofocár entonces; limitandonos á conmemorar unicamente á aquellos, que de cérca intervinieron en los acontecimientos, á que nos referímos, cada véz abrazaremos mas la concision, instados por la necesidad de contraer em un reasumido numero de páginas cuadros, que exigem amplias proporciones y sobre todo, pincel mas hábil y mas digno de retocarlos con la maestria, que ellos recomiendan.

VI

En médio de las convulsiones civiles la ceguedad de los partidos encomia sin acierto y condena sin justicia. En diez y ocho meses de gobierno, combatió ó venció Martinez de la Rosa, dificultades diplomáticas, políticas y militares, agravadas por el obstáculo casi invencible de los apuros de la hacienda pública, las cuales habian existido hasta entonces, porque no tenía el grémio liberal brazos suficientemente robustos, que las cortasen de una vez como las crises lo requerian con instancias. Para conseguirlo, observa uno de los biógrafos del poeta, sería necesario un segundo Napoleon I, á un tiempo soldado, legislador y economísta, cuya autoridad,

8

acallase las resistencias; cuyo nombre, esclarecido por la glória ofuscase las emulaciones; cuya espada, en fin, consagrada por la victoria, abriese anchos caminos á la fama. Los héroes son raros. La providencia, poco pródiga, no acudió en aquella hora á la España, con un hombre, que pudiese y supiese contener los delírios revolucionarios.

¿Podia por ventura exigírse de un gabinete en la esfera de su actividad ordinaria, más de lo que realizó el ministerio presidido por el eminente escritor?

Correspondióle la honrosa mision de asistir á la transformacion del poder absoluto, en poder constitucional y franquear los caminos por donde la sociedad se adelantó mas tarde. Hallando á la antígua monarquía firme y restaurada, legó á sus sucesores la monarquía representativa, y consumó esta inmensa revolucion, derivandola únicamente de la espontánea adhesion de la última. Finalmente, sentó las bases de una prudente reforma, la cual, si no fué tan lejos como deseaban muchos y si no llegó á satisfacer á ninguna de las facciones exaltadas, lo que acontece de ordinario, por lo ménos llevaba el gérmen de futúros progresos, y reconciliaba á los ojos de la Europa, el orden con la libertad, y los derechos de los pueblos con las prerogatívas esenciales á la consolidacion del trono constitucional.

No bien soltó las riendas del gobierno y de proposito se eclipsó en la média oscuridad, grata á sus estudios, los que le sustituyeron palparon desde luégo los pelígros é incertidumbres, con que se arrostraban.

La administracion del conde de Toreno sucumbió desfallecida ; y el ministerio formado por Mendizabal en setiembre de 1835, negandose á disolver las córtes, y escuchando en los momentos graves el vóto esclarecído de Martinez de la Rosa, entraba demasiado tarde para remediar el mal, ó segun parece mas exacto, coactado por las circunstancias, no llegó á manifestar su pensamiento.

La violencia de las agresiones en el congreso, y la inquietud de los ánimos fuéra de él, minaban y estremecian á cada momento la situacion política. La cámara de 1834 naufragó en médio de tantas rivalidades ; y la nueva eleccion, agitada y ciega, pocas ó ningunas promesas de mejoramiento, afianzó á la enfermedad, de que adolecian las cosas y las personas en aquella epoca. Escluído del parlamento, volvió inmediatamente á ocupar su puesto de diputado favorecido por el sufrágio, popular. Aplaudiánlo entonces los que, apreciando el saber y la circunspeccion de sus opiniones, miraban en él al dedicado defensor del orden y de la paz, y al decidído campeon de las máximas generosas de un gobierno líbre, que temia las exageraciones y deseaba caminar apartado de ellas.

Anticipáronse infelizmente los acontecimientos; y en lugar del *Estatuto Real*, que el congreso habia resuelto confiar al examen de hombres competentes, surgió la insurreccion de la Granja, promovida por soldados libertínos, que ultrajó con aparato sedicioso y violento el código político, obra de Martinez de la Rosa, y el testamento de Fernando VII, primera página del pácto de reconciliacion entre la corona y el pais.

Proscrito el partido conservador por los exaltados triunfantes, halló las úrnas electorales opuestas á las candidaturas, y las puertas del parlamento cerradas para casi todos sus oradores y hombres de estado. El ostracismo fué corto; pero completo. Espúlso de la tribuna, apeló para la prensa, y los frutos de su apostolado pronto brotaron tan copiosos, que hasta en las hileras contrarias le grangearon algunos prosélitos.

En pocos meses, merced al prestíjio de las idéas, y al convencimiento de la preferencia debida á sus doctrinas, alcanzó la opinion moderada influencia indirecta, pero innegable, sobre la decision de los mas importantes asuntos. En la radaccion de la constitucion discutida en las córtes, los princípios que adoptó la mayoría, estaban en completa armonía con los dógmas profesados por los publicístas de la escuela conservadora, mucho mas tal véz, de lo que imaginaban los mismos representantes de la revolucion, que habia aceptado como divísa el ensayo ultra-democrático del año de 1812 en Cadiz. Las elecciones inmediatas, acabaron de convencer hasta á los mas incrédulos, que las simpatías públicas, iluminadas por la esperiencia, habian vuelto otra véz para el gremio político, el cual, repudiando escesos, y detestando la anarquía, como inevitable fomento de la disolucion social, se ufanaba con razon de separarse de ambos.

El ministerio del sr. Bardaji compuesto de progresistas, sustentóse muy poco tiempo, y túbo al fin que ceder las carteras á otro gabinete constituido con elementos, que ya inculcaban positivamente la necesidad

de entregar sin tardanza la direccion esclusíva de los negocios á hombres, que el vóto de la nacion habia preferido en los comícios, como mas dignos de su confianza y mas adecuados á la responsabilidad del poder.

Transiciones semejantes, verificadas sin luchas y sin sobresalto, segun el caracter de los sucesos, léjos de ser el escollo del régimen, encerraron en sí la mayor belleza y la superioridad de las instituciones representatívas. Los autores de la constitucion de 1837, cediendo al peso de las responsabilidades, que habian aceptado en nombre de la revolucion de la Granja, apenas tomaron asiento en los escaños del congreso como legisladores, no tardaron en reconocer que, sustentar la obra de las córtes en Cadiz, equivalia á retroceder muchos años en presencia de la Europa. Adoptando, pues, un término médio entre el *Estatuto Real* y la constitucion de 1812, por demás restrícto el primero, y el segundo, incompatíble con la monarquía moderna, formaron el proyecto, desde luego convertído en código, por el cual admitieron las dos cámaras de Martinez de la Rosa, la profunda alteracion de suprimir, todavia, el Estamento de los próceres, y decretár para el segundo cuérpo del parlamento el mismo orígen electivo, en que se fundaba la organizacion de la assemblea popular.

Todo favorecía entónces y encaminaba á la plena ascension del partído moderado, cuando un errór indisculpable contra la índole de las cosas y de las idéas, no concurrió poco para labrarle mas fácil la ruína, que lo habia sido en la primera caída.

Organizóse la administracion de deciembre de 1837, y los hombres de gobierno, que por merecido concepto éran los escojidos para consolidar en la direccion de los *negocios* su triunfo legal, cediendo á la propia voluntad, y obedeciendo á contemplaciones poco justificadas, retrocedieron repentinamente; se ocultaron en el seno de los bandos que habian de dirigír, y confiaron el mando á fuerzas y voluntades inferiores. Las consecuencias fuéron inmediatas. La direcion anónima, que reservaban para sí no era suficiente. La indisciplina y el descontento debilitaron al partído, que aun el dia anterior, militaba compácto y unido.

Viendo la presidencia y los puestos del consejo que de derecho pertenecian á Martinez de la Rosa, al conde de Toreno y á los otros gefes, confiados á individuos no laureados con igual prestígio, muchos capitanes y soldados distinguidos, que ciertamente no osarian disputar el puesto principal prémio debido tan solo á los políticos eminentes que la opinion pública llamaba, comparandose com los hombres nuévos, que un capricho habia elevado sobre ellos, reputabánse ofendidos en su amor propio, y se quejaban con motivo, de no ser considerados tan aptos como ellos, para llenar en los consejos de la corona, la ausencia de los verdaderos ministros. De la emulacion nació la desconfianza; y de ambas, germinaron en breve las irremediables disidencias, que sembraron la discordia en los campos victoriosos. La division quebró los bríos al grémio conservador, y abrió las brechas por donde le asaltaron sus contrarios.

Martinez de la Rosa, á cuya penetracion no se ocul-

taban los funestos resultados de la forzosa ó voluntaria negativa, procuró en lo posible, atenuar las culpas de todos y las suyas, haciendose alma y consejo de las resoluciones más graves del congreso y del gabinete. En el proyecto de contestacion al discurso de la corona, labró las bases del sistema, saludado por numerosas adhesiones, como la única bandera, que en la España podia asegurar duracion ó vigor á las institucióncs libres; y guarda vigilante de los dogmas, que babia espuesto, fiel depositario de la lealtad de los compromisos jurados, combatió en todas ocasiones con la pluma y con la palabra para conservar intacta la verdad y la pureza de su aplicacion.

Este período de la carrera del ex-ministro de Doña Isabel II, (segun opinion autorizada) puede ser calificado sin duda alguna, como el apogéo de sus eminentes facultades. Cual soldado infatigable, y consumado general al mismo tiempo, salía de una batalla para emprender sin descanso otra mas reñída. Su palabra ornada, incisiva y triunfante, rompiendo los lazos, que más ó ménos, comprimen frecuentemente las manifestaciones orales de los grandes poetas en los puestos ministeriales, su palabra, exenta de afectacion y de esfuerzos violentos, dominaba sin rival, subyugando auditorios, conquistando voluntades, y anulando resistencias. Cada sesion ocasionaba una lucha, y cada lucha terminaba por mayor gloria. La tribuna, honrada por el decoro de una discusion elevada, y siempre digna del senado de un reino cúlto, vió entónces los mas hermosos dias de su esplendor. Los lauros que la ornaban, las flores que llovian sobre ella, y las aclamaciones con que la admi-

racion aplaudía los vuelos sublímes de la imaginacion y las maduras reflexiones, cinceladas en un estílo, que debia á las gracias y á las musas, los primores; á la filosofia y á la esperiencia, la profundidad y el predomínio, todos estos testimonios gloriosos del entusiasmo inspirado por las creencias, raras veces volveran á repetirse con igual fervor en análoga coyuntura.

Los hombres pasan y las cosas quedan; pero la memoria de estos dias únicos hasta hoy en la historia parlamentaria de la España, brillarán ciertamente más que la momentánea claridad de las pasiones, y más que la frágil obra, que alli se fundió, al fuego de aquella noble y entusiasta elocuencia.

La esposicion elevada por el conde de Luchana en 1838, desde su cuartel general, en virtud de la que se abrogaba el ejército el derecho exorbitante de dictar leyes al estado con la mano en el púño de la espada, aquella esposicion, fué el prólogo de los episodios terminados por los acontecimientos, que más tarde, confiaron al general D. Baldomero Espartero la dictadura y la regéncia de la España. Martinez de la Rosa, escuchado por el gobierno á las altas horas de la noche, acerca del procedimiento más oportuno en tan melindroso conflicto, manifestó desde luego su franca opinion. Aconsejando, que devolviesen al conde de Luchana la representacion sin comunicarla al congreso, vóto seguido con buen proposito, atajó oportunamente los incidentes, que habian de inflamar el exámen del asunto, y reanimó por la demostracion esclarecida de sus deberes el corazon desfallecido de los ministros. Las faciones exaltadas no le per-

donaron este servicio á la causa del orden. La esposicion les proporcionaba pretesto para inquietar los animos, y tal vez, para anticipar la ejecucion de sus designios; pero las vehementes censuras dirijídas contra el autor del *Espiritu del Siglo* y la prevencion de que era objeto, esplican claramente la naturaleza y los fines de aquel acto.

La provocacion estaba hecha. El general Espartero no contaba unicamente con el apóyo de los soldados y con la influencia de su nombre. Las córtes, el puéblo, y hasta la reina madre, protejian la oposicion constituida bájo su tutela. El gabinete, minado por las disidencias públicas ó secretas de sus numerosos y antíguos parciales, que se apartaban descontentos; acometido de frente por el inquieto ódio de sus antagonistas declarados; perdído el equilíbrio, y dudoso de la propia existencia, ya no podia seguir acertadamente su camíno, ni salír de la dificultad en que se habia metido. Martinez de la Rosa, llamado á palacio con otros consegeros, no ocultó su opinion sobre la gravedad de las circunstancias y el modo oportuno de mejorarlas. Entre la dimision exigida al ministerio por un capitan felíz y la inmediata exhoneracion del conde de Luchana, optó por el rasgo que mas se conformaba con la disciplina militar, con la dignidad del trono, y con las prescripciones de un gobierno firme. Prespicaz y advertido, discurriendo acerca de las eventualidades del futuro, como sucede á las inteligencias privilejiadas, hizo ver á todos, cuan robusta y crecida estaba ya la venenosa planta, cuya semilla lanzaban en aquel momento manos victoriosas sobre el suelo español.

Las córtes de 1839, fueron disueltas por una administracion, que el insígne poeta, no hostilizó, ni defendió tampoco. Esta neutralidad le valió la pérdida de la eleccion. Separado de los trabajos legislativos por pocos meses, y de los honrosos tornéos de la tribuna, no se retardó en volver de nuevo á ellos. Las cortes de 1840 le abrieron las puertas, y su reputacion en médio de las notabilidades, que fuéron el ornamento del congreso, léjos de desmayar, ó de eclipsarse, sobresalía con mayor brillo.! Cuantas veces realzada su vóz por la poética y espresiva mirada, y el respeto que inspiraba aquella cabéza encanecida en las prisiones y en el destierro, elevandose pura, sonóra y conmovida, por cima de los clamores y tumultos, conseguia aplacár, á semejanza del angel de la paz, pero solo por momentos, los furores tremebundos y las inventivas descabelladas, que en pugilato afrentoso, arrastrada por el fángo la púrpura del legislador, rebajaban los talentos, estimulaban las pasiones ruines, y prolongaban la senda por donde la monarquía precipitaba ya sus pasos! Inutiles propósitos! En vano intentaba amparar el edificio que, ruinoso y oscilante, parecia próximo á venir por tierra. El poder declinaba sin alientos para el duélo en que se habia empeñado y necesitaba en aquellos dificiles momentos fuerzas gigantescas. Las córtes enfermas del mismo mal, debilitadas por el mas leve esfuerzo y en una especie de agonía de sobresalto, parecian adivinar el golpe decisivo. Recibiéronlo en efecto del duque de la Victoria. El pronunciamiento de setiembre de 1840 consumó la prolongada é implacable resistencia, que la revolucion habia tomado por divisa años antes bájo los auspicios de aquel general, predestinado para ser el pacificador de

la pátria en los campos de batalla, y el campeon, tal vez engañado, de las ideas ultra-democráticas en el gobierno.

La revolucion de Barcelona, y la renúncia obtenida de Doña Maria Cristina, que fué al mismo tiempo un desacato contra los mas sagrados dógmas de la religion constitucional, y contra la estremada y caballerosa lealtad de su cúlto monárquico, entristecieron profundamente el alma generosa y sensíble de Martinez de la Rosa. Él, que inaccesible al temor, se habia opuesto con serenidad de ánimo en 1822 y en 1835, á los escesos y violencias de las facciones; él, que vió triunfar la revolucion de la Granja, orgullosa de la instantánea fuerza que le otorgaron el plebiscito de los cuarteles, y no habia retrocedido un paso ante ella, ni ocultado la fáz, no quiso por esta véz, asistir al espectáculo tan doloroso para su corazon de las ovaciones y aplausos, con que Madrid saludaba á los vencedores; pero á su juicio, esta sublevacion, parecía despojar á la monarquía de su pedestal para colocar en su lugar un poder anárquico. La corona y la constitucion, esclamaba, han perecido á bayonetázos vilipendiadas bájo las plantas de la plebe. Tan severa apreciacion, conforme con la austeridad acreditada en su larga carrera habia sido tal véz demasiado escesíva y sombría; pero la sinceridad de ella no puede ponerse en duda. Resignandose á una segúnda espatriacion, apartóse del agitado y sangriento teatro, donde comenzaban á desempeñar ya su corto papel los autores mas aplaudidos en las ruidosas aclamaciones de los clubs. En octubre de 1840 transponía nuevamente la frontéra, solicitaba en la hospitalidad de la Francia el sosiego de espíritu y la tranqui-

lidad, que le habia merecido en otra época de su vida, no menos colmada de privaciones.

La existencia del poeta en París, corrió serena y aprovechada, como él sabía tornarla siempre que la adversidad le separaba de la agitada escena política de su pátria.

« Aquí, escribia en 1843, uno de sus mas esmerados biógrafos, mr. Eugenio Gary de Monclave, en la *Revue générale biographique, politique et litteraire ;* aquí vive Martinez de la Rosa, recogido en su modesta casa de la calle de *Provence*, creando para si un aislamiento estudioso en médio del bullício y confusion de la ruidosa capital ; visitando algunas veces, (pero mucho menos de lo que se juzga) el palacio de la calle de *Courcelles*, en donde reside la reina Doña Maria Cristina ; ageno á todos los enredos políticos, y sin haber salvado en las dos veces, que presidió el gobierno de su país, nada mas que su escaso patrimonio, y asi mismo, ese, empeñado por los sacrificios á que le obligaron las convulsiones civíles ; cosa rarísima en una época, en que, de un dia para otro se ostentan sin escrúpulos tantas riquezas inprovisadas. Mitigando las penalidades de la ausencia pátria, con la cultúra literaria y. la invocacion de las musas, ocupa los ócios políticos en la continuacion de su reputada obra *El Espírito del Siglo ;* frecuenta las bibliotecas ; convive con los dóctos ; y siempre acordandose de su querida España, siempre deseoso de contemplarla convalecida de los males que la oprimen, espera sin estremosa inpaciencia, la hora de ofrecerle, una véz mas, los tributos de su ingénio y el homenage desinteresado de aquél amor y

lealtad, tan justificado en las tribulaciones que sufrió desde su juventud. No satisfecho con los honrosos títulos, que le conquistaron un nombre européo, y le grangearon el afecto de cuantos le conocen en la tierra estrangera, á donde la fortuna le conduce, núnca distraído con los inmensos y recreativos pasatiempos de la córte del Sena, le vemos trabajar incesantemente, apreciando los hechos que pueden concurrir para exaltar la gloria de la España, y celebrandolos en un idioma, que no és el suyo, pero que posee como si lo fuéra, le oímos proferir en las conferencias del *Instituto Histórico* y en el grémio de otras sociedades, de que és miembro, muchos discursos elocuentes sobre los grandes poétas, conquistadores ilustres, ó intrépidos navegantes de que tanto se gloría su país; y acto contínuo, apenas termína, sabemos con que célo se apresura á reproducirlos en la sonora frase castellana, para satisfacer con ellos la curiosidad y el orgullo de sus compatriotas. »

« Aceptado por los hombres mas instruídos de la Francia, que todos le veneran y estíman, sus maneras, apacibles, modéstas y casi tímidas, realzan todavia mas la superioridad de su talento. Los infortúnios, que padeció, y las desgracias, que pésan sobre su pátria, tal vez habran modificado un tanto alguno de sus convencimientos, pero en la esencia, son áun los mismos, los princípios que profesa, lamentando con profunda pena los delírios y desaciertos de la revolucion y llorando los pelígros y descrédito con que ellos amenazan el provenir de las instituciones, que contribuyó á plantear y que aprecia sobre todo. »

Mientras que el poeta, separado por destierro voluntario, apesar de distante, seguía siempre con vívo afecto los sucesos, que se desenvolvian en la téla política de su pátria, el duque de la Victória, llevando las riéndas del gobierno con ménos favor de la suerte que empuñaba el baston de mando en capaña, abría el instructívo período de su regéncia, dominada por el esclusívo predomínio del partido progresísta. El podér interíno conferido á Espartero por la sublevacion de Cataluña, y mas tarde sancionado por el vóto legislatívo, conseguiría dificultosamente equilibrarse y lanzar raíces, agoviodo, como se presentaba, bájo el enórme péso de los gastos pecuniarios legados por la guerra cívíl y colocado de blanco á la hostilidad irreconciliable de los que combatian en él al heredero y ejecutor de la insurreccion que, en médio de los tumultos acababa de profanar el culto monárquico, casi tan sagrado para ellos como la creencia relijiosa. La conspiracion de octubre de 1841 y los chispazos revolucionarios, que partiendo de su fóco, llegaron hasta Madrid, Pamplona y Zaragoza, y acompañaron la conmocion de las provincias Vascongadas, debian revelar desde luego al general, el pelígro y la estension de las repugnancias, que amenazaban su autoridad. Ofreció entonces la Providencia á los ministros del conde de Luchana una ocasion, única tal vez, para legitimar por un ácto de cleméncia inspirado por la razon y por el sentimiento entre el aplauso de toda la España, la obra de los cuarteles y de los comícios de Barcelona. Era disparar al viento los fusíles preparados sobre los pechos de D. Diégo de Leon y de Borso de Carmináti, perdonando igualmente á Quiroga, á Boria y á Gobernado.

Leon, á quíen el ejército habia saludado tantas veces entre aclamaciones, cuando con su lánza ó con su espada acometía á los enemigos en el campo de batalla, ó los asaltaba por las trincheras, rompiendo sobre el nutrído fuego de la artilleria; Carminati, á quíen los pelígros conocian como amigo y habian distinguído en cien proezas; uno y otro, típos guerreros de una estatúra épica en la Península, sobre todo el primero ¿no merecian qué la humanidad los esceptuase como héroes? Toda la nacion intercedió por ellos. La prensa sin distincion de color político, defendió su causa. En vano! Cayeron como criminales indígnos de perdon, acribillados á balazos al frente de los pelotones que, mas pálidos que los pacientes, gemían por haber sido obligados á fusilar en aquellos generales su propia gloria. Pero la sangre del sacrifício, encharcandose en el suelo español permaneció siempre visíble á los destínos de la regéncia. Las íras se inflamaron con resentimientos inplacables; los ódios recrudecieron; y la sed de venganza abrasó hasta á los corazones ménos ulcerados, perdiendo tanto el gobierno, en el concepto del país y de la Europa, cuanto habría ganado en reputacion y prestígio, si coronase la victória con las pacíficas palmas de una ámplia amnistía.

Al rencór de estas ejecuciones se agregaron como nuevas causas de descontento, el desacuerdo con la Cúria Romana; la frialdad diplomática de la Francia, y la esclusíva influencia de la alianza inglesa, invocada por el gabinete como defensa y apoyo, y representada por los adversarios como esclavitud indecorosa y casi amenaza contra la prosperidad de la indústria é indepen-

dencia de la monarquía. Estos agravios, la incertidumbre de las causas, y la obra subterránea que los agentes de la reina viúda, (tan afrentada en su dedicacion), continuaban sin trégua ni descanso, producian el desmembramiento del partído vencedor, debilitandole las fuerzas, disminuyendole la confianza, y separando de su séno á todos cuantos habian aclamado al duque de la Victória en la esperanza de ennoblecer á la España, dotándola con un economista tan favorecido de la fortuna en los consejos políticos, como siempre lo habia sido de la suerte en las empresas militares.

La enemistad de las oposiciones, denunciada por la insurreccion de Barcelona em 1842, tomó incremento y se embraveció despues del bombardeo de la populosa y fabríl capital, ordenado por Espartero ; las ruinas causadas por la presion, léjos de apagar las llamas, desplomandose sobre ellas, las avivaron todavia mas. Numerosos ya los progresistas desacordes, se unieron á los conservadores y firmaron em comúm el pacto de coalicion que derribó al regénte. Actos significatívos, preságios de crísis inminentes, debieron advertirle del pelígro, pero léjos de empuñar con mas vigor el timon de la nave del Estado ántes de que el huracan se desenfrenase del todo, dejóse adormecer y al primer sacudimento se le escapó facilmente de las manos.

En 9 de mayo de 1843, vencído por las instancias del ministerio Lopez, rubricaba la amnistía, que habia denegado hasta entonces ; pero este ácto tardío era considerado como un síntoma de debilidad, incompatíble con la gravedad de las circunstancias. Exigiéron mas los mi-

nistros ; fué, la retirada de su confídente, el secretario Linage, y la dimision del general Zurbano, aborrecido por las severidades ostentosas de Barcelona. Rehusó ; y el gabinete pidió su dimision. Espartero disolvió incontinenti las córtes. No era preciso tanto, para escitar las antipatías casi generales, en que se había transformado el fogoso entusiasmo de 1840. La repúlsa provacada con golpes imprudentes, y la notícia de que se estaba terminando el tratado de comercio con la Gran-Bretaña, divulgada por el pueblo, y comentada con malícia, acabaron de poner término á las indecisiones, y dieron el último grito á la rebelion, que al parecer, sólo esperaba por él para manifestarse casi aun tiempo en Aragon, Cataluña, Andalucía y Galícia.

La junta de Barcelona constituyóse, y proclamó en 13 de junio de 1843, la destitucion de la regéncia del duque de la Victoria y la mayoría de la reina. El gobierno provisional, compuesto de D. Joaquin Maria Lopez, D. Fermin Caballero y el general Serrano, declaró al duque traidor á la patria. Finalmente, el general Narvaez, desembarcando en Valencia, tomaba sobre sí la direccion de la resistencia en aquél reino, y con la energia que le és propia, disponia la marcha impetuosa, que le llevaria victorioso hasta las puertas de Madrid. Serrano mandaba Cataluña, en donde el general Prim, había practicado en Reus prodijios de valor. El general D. Manuel de la Concha, ocupando la hermosa Cadiz, organizaba en ella sus fuerzás. Sevilla, Granada, y casi todas las ciudades importantes, respondian al llamamiento de Barcelona. La revolucion, creciendo rápidamente

por todas partes, lo atropellaba todo, y refluía de la circunferencia para el céntro.

El regénte, perdió momentos preciosos en contemporizar con la propia inaccion. Indeciso, ó paralizado, no empuñó la espada, sino cuando ya era tarde para cojer algun fruto de su intervencion personal. Mientras que caminaba pausadamente, deteniéndose en Albacete, y los generales Seoane y Zurbano combatian las sublevaciones de Cataluña y Aragon, Narvaez, aliado con la fortuna, interponiendose con arrojo entre Seoane y Espartero, levantaba el sitio puesto á Teruel, punto céntrico de las comunicaciones de los dos ejércitos, y con prodijiosa velocidad, aparecía á las inmediaciones de Madrid, consumando póco despues en Torrejon de Ardoz, la lucha trabada el 22 de julio que vino á ser el triúnfo irresistible de la coalicion y ruína del duque de la Victoria. Este, al páso que la capital recibia en sus muros al vencedor, se despedia de Sevilla, bombardeándola, y desengañado de que sería mas que temeridad prolongar la lúcha, embarcaba como fugitívo en las playas de Cadiz, acosado de cérca por algunos soldados del general Concha.

La caída de la regéncia y la emigracion del general depuesto, llamaron otra vez á su pátria á Martinez de la Rosa. Respetado por el gobierno, que había nacido de la conflagracion política victoriosa, aceptó al comenzar el año de 1844, la honrosa mision de embajador en la corte de las Tullerias; y transcurridos algunos meses, encargándose del ministerio de estado, entró en el gabinete, formado y presidido por el general Nar-

vaez, del cual salió en 1846, cuando el duque de Valencia resignó el podér con sus compañeros.

Restituido á la embajada de París poco mas tárde, y trasladado para Roma, donde se halló en los agitádos dias de 1848 y 1849, acompañó al Súmo Pontífice á Gaetta, desempeñando con acierto y dignidad en tan difíciles momentos, las funciones de representante de una nacion tan celosa por su fervoroso catolicísmo, cuánto enérgica é imtrépida en la defensa de la libertad ó de su independencia. Los acontecimientos, que en 1854 llamaron otra vez para el teatro político al duque de la Victoria, interrumpiendo sus tranquilos ócios de Logroño, no cojieron de sobresalto la esperiencia encanecida del hombre, que tantas pruebas habia dádo siempre de prudencia y lealtad. Mucho tiempo hacía que los auguraba. Cuándo la profecía se realizó, apartado del ruido y de los conflictos de los partidos, contempló sin salir de España ó de Madrid, el rápido desenvolvimiento de los sucesos, persuadido, de que prevalecerian el orden y el princípio de autoridad, tan luégo como se comprimiesen las pasiones más violentas. Aconteció lo que suponia. Nombrado ministro de estado en el gabinete Armiño, gobierno efímero y de manifiesta transicion, retiróse en octubre de 1857 á la tranquilidad doméstica, cuándo se constituyó la administracion compuesta por el señor Istúriz.

Poco despues de este último ensayo malogrado, volvió el general O'donell á encargarse de la direccion de los negocios, y con él, triunfó el partido de la union liberal. Martinez de la Rosa, aceptó sincero y decididamente

el pensamiento del duque de Tetuan y de sus correlijionarios, coabyuvandoles en la tribuna con el respetable auxílio de su palabra y de su voto, y fuéra de ella, con su apoyo y consejos en todos los asuntos en que era consultado.

Colmado de honores y distinciones, satisfecho de gloria y de triúnfos, una enfermedad poco lenta cerróle los párpados el dia 7 de febrero del corriente año, después de fortalecido con los auxilios espirituales, en médio de la inconsolable pena de los súyos y del profundo sentimiento de toda la España, que, lamentando su pérdida en el lúto nacional, le erijió con lágrimas y sentidos homenages el más envidiado monumento. El testimonio espontáneo de un reino entero, merecido premio de setenta y cinco años de sacrificios y adversidades, de servicios y fatigas, dice mucho más sobre su túmulo, que todas las lisonjas, que le repitiese la adulacion entre pompas y grandezas. Describímos rápidamente la fisonomia del hombre político, y osámos hablar de él como se habla, de los que duermen hace siglos, porque este privilejio singular lo inspira la virtud; puede, por tanto, sin recelo escuchar la verdad, aun teniendo abierto el sepulcro. Résta apreciar ahora, al poeta y al historiador en las manifestaciones de su elevado ingénio. La influencia de Martinez de la Rosa como escritor, no fué menos poderosa, ní menos respetada en la república de las letras, que su voz y accion de economista en el gobierno del pais.

VII

La vida de Martinez de la Rosa, como político y hombre de estado, segun acabamos de describir inperfectamente, no podia ser más inquieta y atribulada, ní más interrumpida por vicisitudes y reveses. El inmenso drama, que tantas veces le llamó á la escena, terminó la lucha implacable, que señaló en la España y fuera de ella, la infancia y la edad adúlta de las instituciones modernas.

Predestinado á guiar las nuevas generaciones, el autor del *Espiritu del siglo*, asistió, como Chateaubriand,

á los sucesos mas notables de nuestra época y de la anterior, y sin retrogradár un paso, las acompañó todas por médio de las tempestades y terremotos, que, removiendo el terréno de la edificacion política, allanaron en mas de una ocasion los frágiles cimientos sobre que debia descansar la obra. Artífice incansable, como dejamos ya indicado, no levantó la mano del trabajo, sino cuando la muerte le advirtió, que la hora del descanso era por fin llegada.

En la república de las letras, más pacífica en la apariencia, sobresalió, no tan solo por la elevacion de su espírito, sino tambien por la misma esencion y libertad de opiniones, que tanto realzaron su caráter en el gabinete y en la tribuna. Si en los conflictos políticos le admiramos superior á las adulaciones de la voluble popularidad, en la carrera que consagró al estúdio, le vemos tambien del mismo modo inaccesible á las pasiones, que escitaron despues de la caída del imperio las rivalidades de las dos escuélas, que se decian únicas depositarias de la verdad, la una en nombre de la tradicion, y la otra del progreso.

Él mismo lo confiesa en el prólogo consignado en la edicion de sus poesias. Opuesto por índole á la violencia é intolerancia de los partidos extremos, no quíso jurar obediencia á ninguna de las sectas enemigas, que entónces disputaban entre sí los dominios del arte. Aquellas idéas no eran las suyas. Colocado entre los dos campos, para ninguno de ellos se inclinaba. Cuánto mas se embravecía la peléa, tanto mas se separaba él de las hiléras desordenadas, que se agrupaban y corrian unas contra

otras. Anticipándose con serenidad á la decision de los tiempos, ya el polvo levantado en la arena nublase la atmósfera de los combatientes ; ya los clamores repetídos acallasen los écos, su razon esclarece y senténcia en la ruidosa contienda ; sonríe de las proscripciones precipitadas ; contesta al ostracísmo imprudente, y, contemplando como espectadora imparcial los esfuerzos de los atlétas, elojia en unos la erudicion y el ardor, y en otros el arrojo y la temeridad. Incapáz de curbarse ante momentáneos aplausos, óye proclamar la victoria por los dos ejércitos, y no dóbla la rodílla ante los ídolos que ambos adoran.

La revolucion literaria, mas tardía, que la revolucion política, estaba preparada anticipadamente, pero la detenía el alborozo de las armas; asi es, que sólo despues que ellas descansaron revivió de las entrañas de la sociedad. La plebe de los imitadores, postrada en el umbral del antíguo témplo, no admitía otros ejemplos, que no fuésen los de los autores del siglo de Luis XIV, y del reinado de Luis XV ; ni otros dógmas, sino las reglas prescrítas por Horacio y Boileau, acatados como legisladores soberanos é infalibles. La musa clásica, ó mas exacto, la pálida sombra que la había sustituído, dominaba la poesía, oscureciendo y limitando cada dia más los horizontes del arte.

Goethe, Schiller, Lessing y Byron, inculcados por unos y repelídos por otros, habian emprendido ya la demolicion del pesado edifício de la antígua crítica ; pero sus voces no tenían áun la autoridad que confirmaron mas tárde. El nombre de Schakspeare, comenzaba á ser

pronunciado con menos horror, apesar de la escomunion fulminada por Voltaire. Las novelas de sir Walter Scott eran citadas con elojio por algunos innovadores. En fin, Chateaubriand, emigrado, viajante, estadísta y poeta, habia revelado en las inspiradas páginas de sus libros, la nueva poesía del sentimiento cristiano, levantando la crúz como símbolo, y desterrando las ficciones del paganísmo como imprópias del bello ideal de la filosofía melancólica de una época, á que la revolucion de 1789 habia franqueado las puertas del futúro.

¿Quién sería tan audáz en Francia, ó en España y Portugal, antes y poco despues de 1809, que se atreviese á profetizár al culto decrépito de los dioses del Parnaso, la ruína de sus altares, la desercion de sus sacerdotes y el desprecio de su ley? La generacion predestinada á escalar el Olympo y á destronar Apólo, nacida ayer, todavia valvuceaba entónces. Víctor Hugo, Lamartíne y Alfredo de Vigny, confundidos en la oscuridad esperaban su momento. Si como Hércules, al saltar de la cúna hubiesen tenído que trabar la lucha, unícamente con las fuérzas de la infancia, áun estaban léjos del primer albor.

No sería, por tanto, para estrañar, que Martinez de la Rosa, educado é instruído por maestros, que se preciaban de sinceros en la veneracion de los preceptos clásicos, reputase una irreverencia, la menor duda acerca de la verdad que los había dictado, y casi un sacriléjio el olvido de los primores de las letras griegas y latínas, primores, que los siglos unos en pos de otros saludaban como inimitables, y á los cuales, léjos de desvanecerle el

tiémpo su belleza, parece cada véz avivarsela mas. El poeta supo desviarse del precipicio. Su razon, siempre clara, le salvó del pelígro de adquirir absolutamente las formas muertas de una civilizacion estinguída por la hermosura viva, que debe animar la nuéstra. Inclinóse respetuoso ante el pasado; admiró sus monumentos; visitó sus ruínas; pero sin someterse á los vótos y á la clausúra, que exijía entónces el fanatísmo exaltado de una secta, en la cual, tan sólo hallaba perfeccion y verdad, la imitacion servíl de los maestros.

En médio del humo y del estrépito de esta guerra que por tantos años se prolongó, su espíritu no se dejó alucinar, ó seducir. « No tiene duda, á mi entender, dice el poeta, que las obras de imaginacion, asi como las bellas artes, están sujetas á algunas reglas fijas, invariables, fundadas en los princípios de la sana razon, y hasta puede decirse, que en la misma naturaleza del hombre: asi, por ejemplo, conviene que en toda composicion, cualquiera que sea su clase, haya *unidad* en el conjunto, *proporcion* en las partes, *variedad* en el ornato, *correspondencia* entre el asunto y el estilo; mas no por esto se infiere que no esten sujetas á mudanza, al sabor de los siglos y de las naciones, algunas reglas prescritas por los maestros del arte, los cuales á su vez las tomaron de la contemplacion y estudio de los modelos de su tiempo. Que ni se deben medir con escala mezquína las obras de la imaginacion, ni condenarlas livianamente, porque no quepan en los moldes de Aristóteles ó de Horacio, ni decir al génio del hombre, como Dios á las olas del mar: *No traspasarás este límite.* »

« Al contrario, nada mas acertado y conveniente que dejar á la imaginacion un vastísimo espacio para que campee com desahogo, sin hostigarla á seguir paso á paso las huellas de los antíguos: ¿mas qué acontecerá probablemente, si por el ansia de seguir una senda distinta, se corre á ciegas sin concierto ni guia, y se desprecian como inútiles trabas los consejos de la razon y del buen gusto? Que á fuerza de mofarse de la supersticiosa observancia de las reglas, se sacudirá todo freno; y que siguiendo el curso natural de toda secta, ya sea religiosa, ya política, ó bien literaria, los primeros caudillos echarán por tierra los antíguos ídolos; y sus discípulos y secuaces, llevados del anhelo de la novedad, sobrepujarán la licencia y estravíos de sus propios maestros. »

Esta doctrína conciliadora, no podía grangearle numerosos adíctos en un período ajitado con rivalidades y discusiones; pero representaba con verdad, la situacion y las tendencias irresistibles de su ánimo. Las grandes osadías no le deslumbraban. Con la vísta fija en las páginas inmortales de la antíguedad, y en los trechos mas admirados de la moderna literatura castellana, en la poesía, en el teatro, y en la novela, le vémos contener los vuelos sin impaciencia, cargarlos de reflexion, y, evitando desafiar al sol como el águila, le vémos tambien eximirse del pelígro de unír mas una caída á tantas otras ya famosas.

« En buen hora, prosigue, que no se canse al público con églogas imitadas de Teócrito ó de Virgilio, despues de tantas cópias como se han hecho de aquellos bellísimos

originales: convengo de buen grado en que puede componerse una epopéya de gran mérito, perfecta si se quiere, sin haber menester que se asemeje á la *Iliada* ni á la *Eneida*; mas cuenta con llevar tan al cabo este sistema que se concluya por mirar con cierta esquivéz y desdeño las obras maestras de la antígüedad, que serán bellas, admirables, mientras exista el mundo. ¿Cuándo envejeceran, á pesar del trascurso del tiempo y de los antojos de la moda, las lindas composiciones de Anacreonte, las *Geórgicas* de Virgilio, las elegías de Tibulo?.. Yo de mí sé decir que me encanto con las obras de tales maestros y con las composiciones clásicas de nuestros antíguos poetas; y que no temeré aconsejar respecto de ellas á los jóvenes aplicados lo mismo que aconsejaba Horacio á los Pisones, respecto de los modelos griegos: de noche, de dia, núnca los solteis de las manos.»

Recorriendo todos los límites del arte sin naturalizarse en ninguno, penetrando en todas las escuelas sin ligarse á los rítos, viajante despreocupado, halla en todas que admirar y aprender.—Dice en otro periodo. «Ni tampoco se opone la estimacion y apego á las obras de la antígüedad á que se atienda cual conviene al espíritu del siglo en que vivímos, que quizá exige en las composiciones mas caudál de doctrína, mas sentimiento, mas vida; en vez que nuestros antíguos poetas, encaminándose de mejor grado á la imaginacion que al corazon y al entendimiento, abusaban con sobrada frecuencia de su facilidad portentosa para versifícar, y hasta de la música apacible y sonora del habla castellana.»

Así és como estudiaba y observaba.

Si hoy escucha los suspíros de la líra del viejo de Téos, coronada de rosas, mañana escuchará tambien casi con igual placer los hímnos, ó las quejas del laúd cristiano. Si la desnudez sencílla de la estátua griega le suspende, si le arrebata la simplicidad trágica de Sophocles y de Eurípides, si le conmueve la amenidad de Teócrito, ó la ternura de Tíbulo, ¿creeis, que será por eso insensíble al cincél de Miguel Angel, al pincél de Delacroix, á los terrores del drama, cuando gime la pasion ó se inflama en versos inspirados, ó al esplendor de la estrófa de Byron, de Hugo y de Lamartine, cuando tiénde las alas matizadas y va anunciar á lo léjos los arreboles de la segunda aurora? No por ciérto! Todo lo grandioso y sublíme cautivará su atencion. En donde broten las flores mas delicadas y aromáticas, en donde le incíten los frutos mas perfectos y maduros, para alli encaminará sus pasos; pero por mas libre y despreocupado, no perderá de vísta jamas la senda trazada desde su juventud.

No cabe en tan pequeño cuadro una disertacion sobre las épocas memorables de la literatura española, tan fecunda, tan original y variada, sobre todo, en algunos de sus verjeles más cultivados. Lo que espusimos, es suficiente para poder formarse idéa de las teorías é inclinaciones de Martinez de la Rosa, y de la influencia que ejercieron sobre su talento. Sevéro en el plan y correccion del contorno; sobrío imitador de las verdaderas bellezas, sea cual fuére su pátria, preferiendo siempre las clásicas; señor de los secretos del idioma y de la

fórma; familiar con las musas romanas y helénicas, y con las páginas mas esmeradas que inmortalizan la poesía castellana, su pincél, dócil y delicado, traducirá con fidelidad los sentimientos heróicos de los varones gloriosos, que ilustraron la historia; y suavizando los trazos, retratará sin esfuerzo la lángida hermosura pagana, reclinada sobre flores, y sonriendo liviana y sensual para el amore y los deleites. Hoy espresará en la escena, el luto de la grande alma de Doña Maria de Padilla, mañana los lamentos de Boabdíl, el último rey de Granada, y luégo la trágica fisonomía del antíguo Edípo.

Entre tanto, no se créa, que el entusiasmo lanzáse á Martinez de la Rosa del todo á la corriente, ó que en médio de sus rasgos mas audaces, olvidase enteramente los principios adquirídos en sus primitívas prácticas literarias.

La confianza y el arrójo que vivífican los ingénios innovadores, elevándoles sobre las nubes á descubrir aspectos desconocidos, repugnan á su voluntad y á su estílo. La graciosa musa, que le inspíra, raras veces derrama las sentídas lágrimas de Espronceda, de Zorrílla, y de Enríque Gíl. Resbalando ardientes por las mejillas de éstos poetas, bañaron casi siempre el canto melancólico del infortunio ó de la desesperacion; pero nunca brotaron de sus ójos con el mismo sentimiento. La imitacion artificial sofóca con frecuencia la interpretacion de la naturaleza y de las pasiones. El culto de las fórmas, si no ensoberbece del todo el pensamiento, pesa por lo ménos sobre él de un modo visíble.

Contemplando las cúmbres, que fueron un tiempo inaccesíbles á los poetas de la edad clásica, se aparta de ellas con una especie de terrór, que no vénce la voz de los modernos llamandole para atraerle. Tiembla al esponérse desamparado. Para él, la corriente que se deslíza límpia y serena por médio de campiñas matizadas, no és ménos bella, que la hirviente cascada, despeñandose fragorosamente con toda la magestad de su fuerza entre amplitudes de espúma.

Cuando por casualidad se aventura por los cortados espacios del abísmo, poco esplorados todavia, y en los cuales, el arte romántica se complace, mal sabe ocultar su timidez. El bríllo y la elegancia de los es maltes, no disfrazan enteramente la duda, que le preocupa. Si no condena, si por el contrario adópta muchos sucesos recientes, no por eso revela su ideal preferente; su ingénio, no se inflama ante las tempestades que relampaguéan sobre las sombrías eminencias, donde impéran los maestros de la escuela revolucionaria. Vuélve mas veces los ojos para el pasado, que ilumina la claridad del ocáso, que para los inciertos y estensos horizontes, por donde asoma el ástro que ha de esclarecer la nueva transformacion. El ruído y la confusion, las armonías disonantes de esta lucha intelectual, concuerdan tan poco con sus instíntos literarios, como los clamores de la plaza pública con sus convencimientos políticos.

La tolerancia, faccion característica de su fisonomía, no le lleva tan léjos, que abjúre completamente la religion de su juventud. Si no dobla la rodílla ante la tra-

dicion indestructíble; si no transforma como algunos fanáticos, en altar, el sepúlcro de las generaciones que le rodean, no por eso debemos suponer que pretenda ser el iniciador de una doctrína, que por muchas causas no puede mirar como suya, ni recomendar como verdadera.

Las concesiones, que hace, instado por la necesidad, si obligado por la prudencia, no son tan ámplias, que se separen enteramente de las idéas y de las tradiciones, que le grabó en el alma la familiaridad con los autores griegos y latínos; si no oculta el rostro avergonzado ante las temeridades que vé pasar coronadas de aplausos; si no clama y blasféma, enunciando como desacato y sacrilejio la inversion de la poética servíl que habia sido el código de su juventud, poco ó nada simpatíza, com los arrojos felíces, que obtienen víctores y palmas de la generacion audáz que le precede.

No envidia esos laureles cojídos entre tumultuosas ovaciones, y tan sólo con temór acompañará desde léjos los triunfos, que se le figuran estemporáneos. Sabe que los oráculos de la antígua crítica, núnca cerraron del todo la entrada á los ímpetus de la invencion, ni confundieron la libre imitacion con la rastrera copia, trazando á la fantasía cautiva, el apartado círculo, en que, los comentadores osáron encerrarla despues, como si la aplastasen bájo los desplomados techos de una cárcel.

No ignora, ni duda confesar, que lo sublíme ofusca siempre á las medianias, y que las novedades en las variadas manifestaciones del árte, ofenden el orgullo

pedantesco de los copiantes ; pero, porque las proézas de los gigantes no sean para la estatúra de los pigméos, y el robusto brazo de Sanson rómpa sin esfuerzo, como un juguete, las cadenas que oprímen al vúlgo de los imitadores, no por eso se sígue, que un ingénio paralizado déba petrificarse en presencia del véto de los jueces, que se horrorizan con los vuelos altívos y desahogados de la imaginacion, ó que destierran sin examen, motejando de monstruoso, todo cuanto escede los horizontes de su capacidad.

Martinez de la Rosa, era sumamente juicioso y práctico, para asociarse á los furores de los areopagos clásicos. Si sus predilecciones no le encaminaban para la escuela, que proclamaba la libertad caduca, confundiendo á veces algunos de sus sectarios la libertad legal con la licencia y la anarquía, la persuasion íntima, tampoco le convencía á declarar la guerra sin cuartel á teorías, que no se fundaban únicamente en vanos clamores, pero que podian citár en su favor la autoridad de grandes maestros y la admiracion de imperecederos monumentos. El Dante, Schakspeare, Calderon, Lope de Vega, Tirso de Molína, y tantos otros nombres gloriosos, no eran antepasados tan oscuros, que la ciega prescripcion de algunas academias, pudiese borrarlos de las páginas de la historia literaria, con un rasgo de pluma en nombre de la interpretacion restrícta de las instituciones de Aristóteles.

Hoy que ya el tiempo desempeñó su papel, que el pensamiento humano consolidó sus conquístas y que apenas uno que otro veterano estropeado hace algun llama-

miento, pareceran pueríles ciertamente aquellos conflíctos y casi ridículo el estrépito que los anunciaba.

No aconteció asi en los dias á que nos referímos.

Los jefes de la nueva literatura, infamados con la nota de heréjes y destructores, hallaban á sus adversarios, furiosos, como perros, á las puertas de las academias, de las aulas, de los teatros y de las imprentas. Para abrir camíno y desviarlos, tenían muchas veces que luchar y no siempre lograban desalojarlos de las ventajosas posiciones, que ocupaban. Si pretendian una cátedra, una tribuna, ó un tablado, desde donde pudiesen hacerse escuchar, les era indispensable conquistarlo palmo á palmo. Las plumas se convertian en saétas; las prensas lanzaban llamas. La hiel de la injuria y la ponzoña de la calumnia, infiltrados en ódios, que no perdonaban, se satisfacian incesantemente con artículos mas afrentosos que libelos.

Cada partído ostentaba su estátua de Pasquino, ó su capitolio, sus gemonias y sus verdugos. La parcialidad y la injusticia presidian en los tribunales de la crítica, condenando sin apelacion, no tan solo á los vívos, sino tambien á los muertos ilustres, cuyos huesos, inquietaba sin escrúpulo la vehemencia de las polémicas. Schakspeare, casi adorado por unos como un dios, era maldecído por otros como bárbaro. Los clásicos, arrastraban sin piedad la memoria de los nombres mas distinguídos, acusandoles de propinadores de veneno, que agitaba en convulsiones atróces al cuerpo de la república literaria. Los románticos silbaban sin remordi-

miento, los primores de la escena francesa, y no se avergonzaban de lapidar á Racíne, Corneille, Moliere, y á muchos de los pálidos imitadores, que desfiguraban los buenos modelos! De una y otra parte, exagerabánse las proporciones de la lucha, pretendiendo ofuscar la verdad con sus rencores y vengando las ofensas de la vanidad y de la ambicion de los sacerdotes, en nombre de los templos invadídos y profanados.

El espectáculo de este pugilato, para desviar de la contienda al poeta granadíno, no concurrió ménos ciertamente que la natural moderacion y serenidad de su ánimo. La causa porque pleiteaban enfurecídos los partídos, no podia ser aceptada por él. Entendió y con motivo, que no hallaría vacante en ninguno de los campos, y recogiéndose en si mismo, ajeno al estruendo y á las aclamaciones, continuó los estudios que mas lisonjeaban en él la atencion, el gústo y la inclinacion literaria. Contentóse, en este terreno, con el testimonio de su conciencia, optando por el retíro y por el silencio, tantas veces, como lo practicó en las disidencias políticas.

Aun era temprano para aplacár con palabras de paz las túrbas amotinadas; ademas, la delicadeza de sus instíntos no le permitía ofrecerse para jefe sin la fé y el entusiasmo, que subyugaban los prosélitos y obtenian las victorias.

Por tanto, Martinez de la Rosa, tan correcto en la forma y en el estílo, y tan reflexivo en el plan y en el desenvolvimiento de sus obras, no puede ser clasi-

cado como ingenio creador, ni contado entre los poetas que abrieron nuevos camínos y fueron á fijar los límites del árte, léjos de las antíguas fronteras, dilatando su imperio por inmensas regiones.

Colocado entre el pasado, que amaba, y el presente, cuyas impaciencias le inquietaban, escuchaba mas el próximo llamamiento del futuro y no se precipitaba para él, sino cuando las horas extremas deslizadas en la ampolleta le avisaban de que el tiempo habia consumado su mision.

¿Qué le importa, el rápido trascurso de la noche y que las dulces imágenes de su cúlto se desvanezcan, cada vez más, de un momento para otro? Representante de la alianza, ó mejor dicho, de la transicion poética que, solo mas tarde produciría la transformacion final, que se realiza ante sus ojos, consagra un momento de atencion á Homero y á Virgilio, y otro, (pero con ménos confianza) á Milton, á Schakspeare y á Calderon. No exijian mas de él. Ninguna influencia, ningun podér, le hará cambiar la posicion intermedia, que escojió! Allí estan sus dioses, sus afectos y sus penates. Tal vez admíre el ardor de los descubridores, que vé zorpar del puerto, buscando con incierto rumbo nuevos mundos y nuevos horizontes; pero no será su compañero en los pelígros ni los envidiará al regreso. Consignando más un nombre ó una fecha, en mármoles y bronces, esperará á que los años y la esperiencia dicidan si débe conmemorar un progreso, ó contener una tentatíva inutil.

Sus páginas, recuerdan el bello cuadro de un pai-

sage, que vá desvaneciendose á la postura del sól, médio envuelto ya en las sombras del crepúsculo, que le oscurecen los valles, áun dorados por los últimos rayos del ástro de luz, tenuemente débiles en la cumbre de las montañas. Por el límpido azúl del cielo, huyen nubes diáfanas; unas bañadas en púrpura y fuego, otras palidamente dasmayadas y blancas como el ámpo de la nieve. Los términos lejanos, bien tocados, respiran *saudade* [1] y melancolía. La brisa, blanda y perfumada, atraviesa agitando el fresco ramaje, como la inquieta mano del amor agíta la suelta trénza de una doncella. Fuentes y arroyuelos se deslizan imperceptíbles; amenidad y frescura, convidando y arrebatando el espíritu por todas partes. Aquí una bella estátua que se levanta entre la espesura, allí un puente rústico asomando ó una cascada agreste desprendiéndose sonora y espumante por entre matas florídas, mil incidentes variados, mil sobresaltos agradables; pero todos, artificiosos y calculados, este es el secreto y el prodíjio de la casta y encantadora musa que idolátra!

Las pasiones suspiran y gímen en esta escena, cuyo defecto, consiste en hacer traicion á cada paso á la nivelacion, que dilató las calles, hermoseó las alamedas y paseos, y colocó con premeditada armonía, todos los orna-

---

[1] Esta bonita palabra del vocabulario portugués, no tiene equivalente en castellano. Sirve para significar tristeza, ansias y recuerdos de algun objeto querido.

En los dialectos asturiano y gallego, se emplea con las mismas acepciones; y como la hallasemos en los poemas del Cid y de Alejandro, nos inclinamos á creer que trae su origen del romance vulgar.

mentos prodigalizados. ¿ Qué diferencía sin embargo entre esta voz suave, entre este gesto sobrio, entre estos llantos comedidos y los gritos de dolor, las quejas, los sublímes ráptos de desesperacion, que hacen tan bella y terríble la Melpomene moderna en los dramas de Zorrilla, Harcembuch, Gil y Zárate, y García Gutierrez. ? ¡ Qué diferencia, entre la dulce melancolia, casi romana, de los versos líricos de Martinez de la Rosa, y el sentimiento sincero, la pena espontánea y el colorido verdadero, que tanto nos conmueven y sensibilizan en las poesías del duque de Rívas ! ¡ Qué hermosura y correccion, pero fria y casi muerta, en los trechos de los autores antíguos imitados por Martinez de la Rosa ! Como contrasta con los arrojos de Zorrilla, ó con las valientes estrófas de Espronceda, que parecen pasar por cima de nuestras cabezas, despidiendo relámpagos, en alas de un volcan !

No es necesario insistír más : basta leer y comparar. Los contornos de la fisonomía de Martinez de la Rosa, no se confunden con los de ninguna otra. Su típo siempre se caracteríza vigorosamente. Si no intentó la revolucion literaria, que Espronceda, el duque de Rívas y Zorrilla, realizaron con sus publicaciones, no fué porque le faltasen los bríos ó fuerzas intelectuales. *El Diablo Mundo*, *El Moro Esposíto*, *D. Alvaro* y tantas más, han sido para la España, lo que fueron para la literatura portuguesa, los poémas *Doña Blanca*, *Adozinda y Camoẽs*, del vizconde de Almeida Garrett. La direccion dada á su talento, y el respeto consagrado á los grandes modelos, que instruyeron é iniciaron su juventud, no le aconsejaban á luchar con dificultades, que no cono-

cía bien, ni á tomar sobre si empresas, cuyo exito, no juzgaba le hiciesen olvidar las buenas tradiciones. Para demostrar que podia tambien poner el pie en los campos, no del todo cultivados, por donde corrian sus émulos, aventuró por médio de ellos, alguna véz que otra, cortas escursiones; pero se retiraba inmediatamente á los primeros pasos, mas fatigado, que si penetrase dias enteros en los jardines de Horacio y Anacreonte. Ni el espíritu ni la vocacion, le predestinaban para innovador.

Repasemos al acaso los volúmenes de sus poesías. ¿Qué nos ofrecen en cada página? Cuadros que honrarian á un pintor clásico autorizándolos. Bocetos, que parecen iluminados por un rayo de aquél sol de Aténas ó de Roma, que tantos prodíjios vió nacer. Son, *La Espigadera*, *La Niña Descolorída*, *La Aparicion de Vénus* y *Las Guerras de Amor*. El pincél habil y fecundo, los colóres finos y transparentes, y el perfil gracioso, se fijan en el lienzo sin embarazo y casi que roban á los antíguos maestros el secreto de la forma y de la espresion. *El Himno á Baco*, *Las Anacreónticas*, *La Murte de Adónis*, *La Boda de Pórtici*, *La Soledad*, *Los Discursos Morales* y otras várias, tocadas con admirable delicadeza, pertenecen á la misma escuela y emanan de la misma vena, mas imitativa, que espontánea é hija de la invencion.

El idioma le obedece como esclavo y traslada fiélmente, no tan solo las facciones y colóres, sino tambien los trazos más lijeros y los cambiantes ménos aparentes del pensamiento. Entre tanto, la verdad humana y la verdad filosófica de la vida y del sentimiento, póco ó

nada hablan al corazon; ya una sombra contemplatíva vaya á toldar el rostro de las bellas figuras, cuyos senos vémos palpitar, exalando un lánguido suspiro, ya una loca sonrisa y la ruidosa alegría de la cancion báquica, celébre, entre libaciones, la taza coronada de pámpanos, en donde hiérve y espúma el zumo de la vid. Los mirtos y rosales en médio de los amores que revolotean en torno de la diosa de Paphos; las campiñas cubiertas con doradas cosechas y circundadas de arboledas frondosas, que bañan las corrientes tranquílas de un lágo ó de un rio adormecído, ó que pisa el delicado pié de las pastoras de Gessner, de Delile y de Lobo. huyen del mundo positívo para los domínios ideales de la musa de Teocrito y de Virgilio.

En otra esfera, mas próxima á nosotros por la interpretacion melancólica, nótase áun la misma tendencia. *El Recuerdo de la Pátria*, compuesto en Londres en el año de **1811**; *La Alhambra*, memoria instantánea de su florída cuna llamada Granada; *La Cancion del cautivo*, *La Madre Desventurada*, *La Fantasia Nocturna*, *La Tormenta* y *La Vuelta á la Pátria*, escrita en la capital del Darro, en octubre de **1831**, todas estas poesías, asuntos en que la sensibilidad de la escuela moderna sabría infundir á la conmocion mil afectos encontrados, ¿corresponden acaso á lo que su título y la maestría del poeta debian insinuar? Ostentarán ciertamente las cualidades que lo recomiendan hasta en los mas abandonados ensayos; pero estan bien léjos, de la pompa, de la magnificencia ó de la apasionada espansion á que nos acostumbraron los versos de Byron, las estrofas de Hugo, y la inspiracion luminosa de Zorrilla.

¿Queréis conocer la inmensa distancia que separa las dos escuelas, áun cuando esté representado el género clásico por un escritor de transicion?

Confrontad *Los Recuerdos de la Pátria* y *El canto del Cautivo*, publicados por Martinez de la Rosa, con *El Desterrado*, *El sueño del Proscripto* y las *Odas al Faro de Malta*, á *Las Estrellas*, y á su *hijo Gonzalo*, del duque de Rivas.

Inspiráronlas iguales tristezas y memorias y la misma impaciencia en el destierro. ¿Por qué nos parecen tan dramáticos y llenos de amargura los lamentos del autor de *D. Alvaro*, y apesar de tanta perfeccion, achamos de ménos alguna vida en las composiciones del autor de la *Poética Española*? No culpeis por eso á él; culpad á la tradicion que le subyugaba. Para que suspíren la ternura y el amór en los dulces transportes, que nos producen los rasgos líricos de D. Angel de Saavedra, és necesario que la inspiracion brote del corazon bañada en lágrimas y el dolor sea una verdad y no un simulacro. La imitacion, buscaria inutilmente un chispazo en las cenizas del pasado, para causar aquél incendio.

El luto del alma, que se vé al traves de las quejas del proscrípto, no se traduce, ni se copia: se siénte. Uno y otro vate, perdieron la pátria casi aun mismo tiempo, lloraron ausentes el hogar desierto, y retrataron la lívida tristeza, que devora, como el buytre de la fábula, las entrañas de los desterrados. Su dolor fué igual. ¿Porqué no gímen, maldicen y suspiran del mismo modo.? Responde á eso lo que ya espusímos. Mientras que el

uno no sepára la vista de su camino, y pide á Roma, y á Grecia, á Herrera y á Melendez, una nota para afinár la molodía de sus cántos, el otro, se precipita sobre el torrente, le vénce con arrójo y llega á estampar su ósculo casi siempre sin esfuerzo, en las playas á donde la esperanza le llamaba.

Pero lo que mas hace destacar con incontestable superioridad las relevantes prendas de Martinez de la Rosa, son los cántos de su *Poética*, compuesta en la soledad del cautiverio durante las lentas vigílias, que pasó en el presídio africano del Peñon de la Gomera.

Se vé por ellos, que el poéta, fijaba la planta con resignacion en el terreno, cuyo itinerario inculca á la juventud. Los lugares, que cita, son todos conocídos por él ; los ejemplos, que ofrece, corresponden á las reglas aconsejadas por la minuciosa eleccion y obtenídas en el profundo estudio y comparacion de los mejores modelos.

La claridad, que apreciaba sobre todo, y la concision elegante, en que era admirable, le realzan la frase, avivando la fórma esencial de los preceptos. La leccion emana de sus lábios, afluente, agradable, opulenta, é instrutíva. Reasumiendo en un breve cuadro un tratado completo, metrefica con tal artificio y exactitud, que nada se le escapa ; ni lo perfecto, ni lo armonioso, ni lo propio.

De cuatrocientas ochenta páginas, que comprende el primer volúmen de sus obras literarias, publicadas en Paris por Fermino Didot y reimpresas mas tarde, ochen-

ta, son consagradas á los versos de la *Poética*, y las cuatrocientas restantes á las minuciosas nótas, que enriquecen el testo, preciosas, sobre todo para los estrangeros, por que abarcan y esclarecen completamente el espacioso campo histórico de la poesía española. La erudicion desafectada, que ostenta ; la seguridad con que procede ; la felicidad y abundancia de las citaciones ; la opinion juiciosa y segura, que consígna sobre los escritores mas dignos de imitacion y la pureza y correccion de los toques con que los caracteríza, elojiando ó censurando, justifican por su parte, no tan solo, la infatigable lectura, que debió costarle tan laborioso empeño, sino tambien las elevadas apreciaciones críticas de su espiritu, lucído, imparcial, y dotado eminentemente de aquél dón singular del buen gusto, sin el cual, todo aparece casi mutilado y que, por lo tanto, un ingénio aleman, proclama como el primero y mas indispensable de todos ellos.

El segundo tomo de la edicion de Paris, comprende la traducion de la *Epístola de Horacio á los Pisones* y las fecundas disertaciones que la acompañan, denominadas modestamente por el autor con el titulo de *Apéndices* sobre la poesia didáctica, épica, trágica y cómica, de la España.

La version y los bellos resúmenes literarios que la ilustran, eran por si solos mas que suficientes para crear una reputacion. No atribuyendo ciegamente á la famosa epístola del amigo de Mecenas mayor significacion, que la que le dió el poeta romano, Martinez de la Rosa, entabla la lucha con Horacio, como quien le conece intimamente y sabe todos los secretos de que suele

valerse el romano, para no ser cogído en los brazos del atléta, que pretende medirse con él y saldrá vencido infaliblemente, como antes no le hubiere esperimentado mucho. Familiar con las voces latínas, y usando discretamente de los poderes del idioma pátrio, sigue todos los movimientos de la inquieta musa, cuyas facciones se propone trasladar; y, en buen hora se lamente de la pobreza relatíva de las lenguas vivas en un duelo como éste, forzoso es confesar, que triunfa casi siempre y que ninguna de las variadas é instantáneas transiciones, en que lo satírico, pasa repentinamente del estílo grave para el estílo festívo, del tono austero para la alusion trivial, de la nobleza de las imágenes y de las espresiones, para el desaliño calculado de la frase epistolar, ninguna, se le escapa desapercibida, ó deja de recibir el sello ó el color adecuado.

Todas las travesuras de Horacio, unas hijas de la rápida concison, con que maneja la frase y el metro, otras debidas á la fórma conceptuosa, con que funda en la misma frase la leccion filosófica, el precepto crítico y la alusion mordaz, travesuras, cuyo sentido es preciso adivinar em muchos casos, porque, perdida la actualidad casi que perdieron con ella el sabor; ninguna de las mismas, repetímos, asi como ninguno de los pensamientos sutiles ó ninguna de las agudezas joviales en que el poeta romano se deleitaba, escapó al traductor, ó por desmayada y contrahecha, acusó su version de ménos acertada ó ménos felíz. Lo mismo que brillaron en Roma aquellos versos inmortales, variada la vóz y el ropage, así los reproduce, en partes, si és posible, con más riqueza de galas y primores.

El poema, que consagró á Zaragoza, en el tómo tercero de sus obras literarias, fué compuesto, segun nos informaron, para concurrir al certámen promovido en nombre de la nacion, poco despues de haber capitulado aquella ciudad. Los elójios, con que los dos jueces mas competentes, D. Manuel José Quintana y D. Melchor Gaspar de Jovellanos, celebraron la auspiciosa revelacion de un ingenio, justifican, que Martinez de la Rosa, comenzaba por donde suelen acabar muchos nada oscuros.

Apesar de la edad juvenil del poeta, y de la brevedad del plazo concedido á los concurrentes, aquél poéma alcanzaria la corona ofrecida como premio al talento, si los acontecimientos políticos no se la robasen. La invasion del ejército francés en Andalucía y la disolucion de la junta central, cortaron en flor las esperanzas de su laureado futuro, obligandole á refugiarse, con los demas compañeros de infortúnio, en el recínto fortificado de Cadiz, desde donde, como ya dejámos consignado, partió para Inglaterra, é imprimió su poesias en Londres en el año de 1811.

En las ediciones francesas de 1829 y 1838, Martinez de la Rosa, incluyó aquella composicion sin hacerle la menor alteracion. Entendió, con justo motivo, que una leve mudanza sería casi una profanacion. Ofreciéndola asi, tal como la inspiracion ardiente de la juventud se la habia dictado en el entusiasmo de aquellos dias, tal como los jueces la habian examinado y aplaudido, conservaba intacta la primera memoria ó monumento de un glorioso estréno, que marcaba en la senda de su vida

literaria el glorioso punto de partida. Pocos poetas se anticiparon á la esperiencia con semejantes bríos, que sólo los años perfecionan y ablandan; y serian mas raros, todavia, los que osasen levantar la incierta vista de la adolescencia para las eminencias con tanta fuerza y esplendor desde un principio.

En la composion á Zaragoza se inflama el amor de la pátria con la dolorosa imágen del sacrificio consumado; y la pena y la indignacion se abrasan en las mismas llamas que devoran á la heróica ciudad. La guerra sacude en una mano la téa y en la otra la espada. La muerte véla sobre los muros vacilantes, que desplomandose, van á sepultar legiones enteras.

El verso se eleva, se inspíra y repite acéntos dignos del terror y magestad de la antígua epopeya. Al compás de los sones bélicos de clarines y tambores; entre el horrísono estruendo de las murallas, que vuelan, oscílan y se desploman cubriendo el suélo á cada instante; entre el grito de guerra, que desprende la antígua Ibéria, esgrimiendo el desnudo acero; al través del estampído de los cañones, suéna el flébil gemido de la orfandad y llora la viuda inconsolable. Zaragoza moribunda vá á caér. En breve será más un túmulo entre ruínas; pero de aquél túmulo surgirá victoriosa y revificada la independencia de la España.

VIII

En el teatro, que Martinez de la Rosa ennobleció con estimables producciones, transformándose y subiendo mas alto, armoniza habilmente su eclecticismo con los rásgos deslumbrantes de la escuela romántica y con las tradiciones correctas de los clásicos. Pero mas despreocupado y mas libre todavia en los arrebatos de la fantasía, le vémos adelantarse algunas veces con intrepidez, y, no olvidando las lecciones de los grandes maestros y los ejemplos de los buenos modelos, le vémos tambien atreverse á los ultimos límites, que le era dado traspasar, sin hacer traicion á la índole de su talento.

El drama és la vida. Pretender reducir á pequeñas proporciones, á moldes ajustados, á formas dictadas por la imitacion de tipos impuestos, la variada espresion de las pasiones y de los afectos; cortar, por una misma medida, la tela de todas las luchas del espíritu; cargar siempre la paleta con la monotonía de iguales colores y contraér el cuadro, séan cuales fueren sus proporciones, hasta colocarlo en la moldura clásica labrada por comentadores solo cuydadosos de no confundir los típos propuestos para el traslado, seria tan absurdo, tan pobre y tan falso, como despojar á la musa trágica de sus ropages magníficos, descorrerle de la frente el velo sevéro, y atajarle las lágrimas y la conmocion, con la sonrisa y espresion sardónica que rechaza su gravedad. Advertido Martinez de la Rosa, por un gusto delicado, é instruido por los autores mas admirados en las letras antíguas y en el parnaso español, logró desviarse con prudencia de estos dos escollos, en que naufragaron por tímidos ó por audáces, tantos ingénios esclarecidos. Entre las escuelas enemigas, sin ciega parcialidad por ninguna de ellas, se aproximó á Sophocles, á Seneca y á Corneille para componer su Edípo, primorosamente arreglado con toda la pureza ateniense, asi como antes y despues, núnca vaciló en prohijar sin temeridad, pero con alguna escepcion, todo lo que, en la rica herencia del teatro castellano y en los rásgos mas aplaudidos del drama moderno, le merecia el concepto de acomodado á una escena, que, sin decaer en licenciosa, sabe conservar la belleza de la originalidad y respetar la gloria de los monumentos, que proclaman en la Europa el venerado nombre de Calderon y Lope de Vega, de Moréto y Tirso de Molina.

Una rara circunstancia le caracteriza aun más en esta árdua manifestacion poética, y és, el don de la oportunidad. Puede decirse, que una luz interior, un presentimiento ó una causa innata, le guiaba en la eleccion de los asuntos y de las ocasiones. Llegaron tan á tiempo algunas de sus obras é impresionaron de tal modo á los auditorios, que todos juzgarian, que un génio invisible, alma de los numerosos públicos que lo escuchaban, habia inspirado al autor los versos y la prosa, que arrebataban con el diálogo, en que no gemia y lloraba tan sólo el dolor de los nobles infortunios ideales ó históricos, pero en que parecia oprimirse el corazon y exaltarse el patriotismo de las multitudes, convocadas allí, para ver fielmente retratadas sus esperanzas y su entusiasmo.

El drama político termina generalmente en el olvido, con las palmas y flores de que se corona un dia ; pero cuando á las ovaciones momentáneas, sobrevive el interes de la accion, el retrato de los personages y la verdad de los afectos, la popularidad, reconocida á los favores, deja de ser ingrata y vuelve siempre á estrechar con ternura aquella hija del arte, que primero saludó entre las imagenes de otras épocas ya medio eclipsadas. Acontece esto, porque apesar de los años y de la distancia, volvió á encontrarla ornada con la eterna juventud, que no deja envejecer á las obras inmortales, y en los cúltos que le rinde no solo patentiza la admiracion, sino que revela una grata memoria.

La *Viuda de Padilla*, primer ensáyo en que el poeta se estrenó, es una tragédia concisa en la accion y vi-

gorosa en el colorido y versificacion: recuerda el estilo de Alfieri y revela una de las coincidencias, que observamos, tan frecuentes en la vida literaria del autor de *Doña Isabel de Solis.*

Inspirada, como queda dicho, por los extremos de la lucha en aquellos dias sombrios, en que la guerra de la independencia abrasaba á la Península y la espada de Napoleon I llamaba á las puertas de la sitiada ciudad de Cadiz, conmemorando y celebrando el sacrificio y la constancia de una grande alma, entre el fragor de las armas y entre las ruínas de su causa, recuerda la vóz de Alceu, cuando entonaba indignado los himnos de la patria, á fin de inflamar en el pecho de sus últimos vengadores la llama inestinguible de una heróica resistencia.

Representada por primera vez en un teatro de madera, subió despues á la escena en Madrid y sucesivamente, en todos los teatros de la España. No fué impresa en la córte sino hasta el año de 1814; y la noticia histórica, que la precedió, en las ediciones de Didot sobre la malhadada empresa de los comuneros, encierra los trechos mas esmerados de prosa, que tal vez salieron de la pluma de su autor.

La comedia de costumbres titulada *Lo que puede un empleo*, graciosa sátira contra una mania áun hoy arraigada, fué, al parecer, la primera tentativa en un género, que los francezes cultivaron siempre con buen exito. No obstante, de lo mucho que pierden con el tiempo tales retratos, la obra traducida para el teatro portu-

gués, apareció tan festiva y tan propia de la actualidad en el estremo que ridiculizaba, que se aclimató sin dificultades, patentizando, cuanto ganarian las dos literaturas conociendose más de cerca y estimandose reciprocamente.

No cabe en el plan de esta memoria, más circunscripta de lo que deseariamos, dedicar estenso análisis á cada uno de los primores dramaticos de tan fecundo poeta y lejos de nosotros la pretensiosa idéa de considerarnos habilitados para ello. Nuestro fin, en este rápido bosquejo, se reduce apenas al propósito, cuando más, de citar ligeramente el conjunto de los variados esfuerzos de D. Francisco Martinez de la Rosa, inculcando al mismo tiempo, la influencia que ejercieron en los progresos literarios de su país.

Esceder este justo propósito, seria abrogarnos con loco orgullo el papel de autoridad en un tribunal, donde unicamente jueces españoles deben sentenciar y al cual, solo la historia literaria puede igualmente esclarecer con su autorizado voto.

La tragedia denominada *Moraima*, compuesta seis años depues que la de *Doña Maria de Padilla*, fué el segundo fruto de su talento y abona los progresos obtenidos desde que corrió en la escena el riesgo de los primeros pasos. Siguiendo desde léjos, mas circunspecto en las reglas clásicas, los vestígios de Schakspeare, tomó el argumento de los análes pátrios, á imitacion de este, no dudando en seguirle con preferencia en las leyendas y tradiciones, que tanto realzan la pintura de los

caracteres y tornan tan popular casi siempre la accion dramática.

Para crear el teatro trágico, decia él, y desechar la pobreza á que se halla reducido, debemos remontar los vuelos de nuestra imajinacion á los antiguos tiempos de la España, escuchando atentos las quejas ó los gemidos de su Melpomene, tan apasionada algunas veces, como elevada siempre en la dulce y resignada melancolia, que es uno de sus encantos.

Moraima, se deriva de este origen, fuente y manantial copioso para las literaturas modernas. Representa, uno de los episodios de la reñida lucha, que ensangrentó á Granada y parece deplorar, en médio de los delirios de las discordias civiles, casi que las gálas con que la revistió la naturaleza y las maravillas con que las artes la adornaron.

Abriendo el famoso libro de las *Guerras Civiles* de Gines Perez de Hita que, apesar de su vulgaridad sólo pudo conocer en el destierro, la grata memoria de la tierra natal cada dia más viva, le dictó esta bella produccion, que vió lá luz pública acompañada de la traduccion de la *Epístola de Horacio á los Pisones*; acerca de ella nos dilatamos en el capitulo antecedente y tambien sobre una erudita narrativa, en que brilla con oportunidad una estensa leccion llena de incontestables dótes criticos.

A la *Moraima*, siguio la comedia de costumbres en tres actos, *La niña en casa y la madre en las másca-*

ras, apreciada con razon como un modelo; puesta en escena, en Madrid á fines del año de 1821; aplaudida en otros teatros de España y América, y por ultimo, imitada, en Paris en el de Veaudeville. El asunto de la pieza presenta al público en un cuadro retocado por mano maestra, el castigo del vicio opuesto á aquél, que condenó D. Leandro Fernandez Moratín en la popularisima comedia *El si de las niñas*. El sr. D. Carlos Vela, en el articulo consagrado á recapitular las prendas que tanto hicieron sobresalir el talento de Martinez de lá Rosa, refiere juiciosamente, que el autor de *Aben Humeya* en la agudeza critica de las figuras y en la observancia de los preceptos rigorosos del género, compitió sin desmerecer con los admirados ejemplos, de que núnca apartaba la vista.

Escribiendo casi repentinamente algunas de esas comedias, mas bien como recreo y alivio á sus fatigas, que no con la intencion de dárlas á lúz, las logró terminar con tanto esmero, dándoles tan sencillo y gracioso relieve, que la escena española, adoptándolas para siempre, ya jamas las relegára al olvido. La intencion picante, que sin ofender, despierta el gusto por la frase; la delicadeza de los perfiles, la semejanza verdadera del enredo, la simplicidad de la estructura y los ornamentos clásicos de la forma, son otras tantas condiciones, que raras veces se hallarán reunidas en el alto grado, en que él las poseyó y á las cuales, apenas escede en las concepciones mas elevadas el genio profundo de Moliere.

La sonrisa espontánea, provocada por la enfermedad

moral de Doña Leoncia, luchando á fuerza de finjimientos y adornos, contra el irremediable peso de los años y trabajando infructuosamente para engañar al mundo, provoca una serie de percances y de oposiciones, que no carecen sino de la fiél interpretacion de los autores para cautivar la atencion y los aplausos de los auditorios.

Escrita en romance endecasílabo, métro que mas se acomoda á la rapidez del dialogo, las escenas de la *Niña en casa y la madre en las máscaras*, corren tan alegres, son trazadas con tanta perfeccion y la idéa moral domina con tal verdad todos los pormenores, que algunos versos lograrán en la memoria de los aditorios, fueros de proverbios populares. Muchas madres, (victoria mas completa todavia) corrigiendo en si el defecto condenado en la escena, cambiaron por la vigilancia y honestidad, propias de su estado, las modas y diversiones, que tan solo disculpa la juventud. El miedo del ridiculo, fué en este caso legislador omnipotente.

La *Niña en casa*, no reasume los triunfos obtenidos por el poeta granadino. Además de *Lo que puede un empleo*, compuso en diversas épocas *La boda y el duelo*, comedia primorosa en el estilo, *El español en Venecia ó la cabeza encantada*, émula de Calderon en lo circunscripto del enredo y en la variedad de su espléndida metrificacion, y *Los celos infundados*, que no conocemos sino por las informaciones de un apreciador competente.

Muchos años hacía, que el autor del *Espíritu del*

siglo, se dedicaba con asiduidad cuotidiana, al estudio de la voluminosa historia de la república de Venecia de Daru, atraído por algunos de los aspectos grandiosos que la ennoblecen y por el misterioso secreto que disfraza y oculta los planes políticos de sus magistrados, cuya lectura, despertó la imaginacion del eminente escritor. Sin embargo, estos episodios, descritos y avivados con tanto acierto, no siempre fundan la narracion en pruebas auténticas. La idéa de crear un drama, que representase la exaltacion de aquellas pasiones, la tenebrosa y sombria fisionomia de aquél gobierno, implacable en los designios y en la venganza, el rigor de sus leyes y la cruel y silenciosa actividad de sus tribunales, aquella idea, apoderandose del espíritu de Martinez de la Rosa, determinó por último un nuevo aspecto en su talento.

Prefiriendo la conspiracion de Venecia en 1380, para fondo del cuadro, que se proponia llevar á cabo, no ocultó en la introduccion, que le precedió, cierta duda á fin de que no pareciese escesiva la simplicidad de la fábula, sobre todo, á los auditorios habituados á los arrebatos de la escuela romántica. «Lo que puedo afirmar, decia él con timidez, es que en este ensáyo me propuse unicamente espresar los sentimientos de los personages, que representé, en el lenguage mas sencillo, huyendo de los toques inciertos y exagerados, y no admitiendo sino el color verdadero y natural, que me pareció mas apropiado. Siguiendo sin rúmbo y casi á ciegas, estos caminos para mi estraños, ignoro si me perdí ó si acerté la senda verdadera que buscaba. En un terreno, que no se conoce, la caída de los que van de-

lante sirve de aviso á quien les precede.» Esta modestia y su temor, eran escesivos. La opinion imparcial, asi lo demostró en Paris y en Madrid. La accion no fué trivial ni destituida de intere, como recelava su autor; antes por el contrario, unánimes elojios aclamaron la *Conjuracion de Venecia*, como una de las obras mas perfectas que ha producido su reconocido y celebrado estro poético.

La esposicion por lo clara y concisa, pone al espectador con facilidad en la intimidad del enredo y de los personages; y la nota dictada al secretario por uno de los conjurados, embajador en Venecia, prepara de un modo ingenioso y claro el desenvolvimiento del drama. Los efectos escénicos, bien graduados y enlazados con prudente disposicion, sin atropellarse, entretienen suspensas la conmocion y la curiosidad. Desde la primera escena, se observa facilmente que al autor estudió profundamente el asunto. Las costumbres y los caracteres no se desmienten. Lo trágico armoniza con lo histórico. Todo camina y progresa sin sobresalto, llegando al desenlace sin oscuridad.

Comprendiendo la forma, que la escuela romántica tanto exaltaba, no por eso relegó del todo, el poeta, las tradiciones mas severas del rito clásico, Para enternecer, no descendió al delirio epiléctico ni á los transportes sensuales de pasiones encarecidas y repugnantes. Lo patético en su casta y decorosa interpretacion, jamás se dejó arrastrar por la demencia que algunos entusiastas saludaban entónces, como la mas envidiable y sublime consagracion de la libertad del arte. Las

aberraciones por mas aduladas que las contemplase, núnca le han seducido. Al verlas pasar, se sonreía del ruido, que hacia la turba de los amotinadores en pos y al lado de ellas. No se engañó. De todos esos huracanes del génio, orgullosa denominacion con que eran apellidadas en aquellos dias de alborozo y de reaccion, casi nada sobrevive hoy. Todo yace sepultado en el olvido.

De *Aben Humeya ó la rebelion de los moriscos en el tiempo de Felipe II*, hemos consagrado nuestra observacion en otro capítulo de esta memoria. Colocándose, como observa D. Carlos Vela, á la sombra de Scribe y Delavigne, autores que han producído tantas obras dignas de renombre, se atreve con honrosa ufania á componer en el idioma de Racine y de Voltaire, el nuevo drama que, representandose en el teatro de Saint-Martin al aproximarse la revolucíon de julio de 1830, como que pareció presentirla ó annunciarla. La riqueza de lenguage, las pómpas orientales, que con frecuencia realzan la frase siempre poética y elevada, las situaciones vigorosas, la oposicion dramática de las creencias, de los sentímientos y esperanzas de dos razas separadas por odios inestinguibles, revelan á cúanta altura podia ascender en la escena, el escritor, á quien la capital de las letras prohijó en esas noches de frenéticas y repetidas ovaciones.

La traduccion de la obra para el castellano, llevada á cabo por su autor, consiguió la aprovacion de los críticos. Hoy mismo, no vacilan muchos de ellos en admirar la pureza de version que ostentó, luchando con dificultades casi insuperables al ligar con maestria á

los caprichos y exigencias de la invencion dos lenguas de índole tan diversa. No se atrevian á decídir los más competentes, sobre cual habia obtenido mas reñida victoria, si el original francés, debido á la pluma española, digno de los buenos modelos, ó si la traduccion correcta é inimitable, tan recomendada por su locucion.

El sr. Vela, cita un nuevo drama inédito de Martinez de la Rosa, compuesto en Napoles en el año de 1849. El argumento, es tomado de la historia de la revolucion francesa y desviandose completamente de la escuela clásica, revela las ultimas tendencias de su autor en la interpretacion dramática. El sacrificio de un padre estremoso, que acepta sin vacilar el nombre del hijo para reemplazarle en el cadalso y la pintura de la revolucion en el dia, que Robspierre y su partido son llamados á responder por la sangre inocente, vertida á torrentes, este cuadro, avivado por mano maestra, nos ofrece escenas llenas de terror, en que, léjos de decaér el interes, ante la ansiedad del auditorio, acrece gradualmente hasta el desenlace. El sr. Vela, cuya autoridad invocamos, afirma, que esta produccion en el colorido y en el perfil de algunas peripécias, recuerda el estilo y las composiciones de Schiller, al paso que fortifica una noble idéa; justificando practicamente, que no por eso, las sociedades menos legítimas dispensan la obediencia al principio de autoridad. La escena de los salteadores, principalmente, y varios episodios que concurren para esta demostracion moral, nada dejan que desear, segun la opinion del crítico, con referencia al pensamiento y á la ejecucion.

Terminamos esta noticia, incompleta, acerca del teatro de Martinez de la Rosa, con la breve apreciacion de su *Edipo*, tragedia en cinco actos, modelada por los tipos mas bien acabados del arte greco-romano, y ornada con aquella correcta y casta belleza, debida tan sólo á las gracias de la hermosura ideal que respira en sus labios y que reproduce en cada voz y en cada gesto la verdadera perfeccion imitativa.

Despues de Sophocles, Seneca, Voltaire y Dryden, no parecia facil reproducir un asunto, en el cual, los maestros mas gloriosos, unos en pos de otros, habian impreso el sello de su génio y la fisionomia de las civilizaciones que representan. Emprendióla el autor de *La viuda de Padilla*, y su feliz temeridad le grangeó una corona, que jamás se deshojará en la escena de su pátria. La Melpomene griega, atraida por un respetuoso culto, se rindió agradecida y le patentizó los secretos, que muy pocos modernos, talvez culpados de mala fé, le arrancaron á su austera discrecion. Una versificacion afluente y correcta, púra en artificios y despojada de ficciones pueriles y llamamientos á la cadencia y á la armonia ; la representacion de los caracteres, apropiados, verosimiles y consecuentes con él y con la simplicidad de la accion ; el estilo enérgico y lleno de magestad ; la lucha de las pasiones mas tiernas del alma con los deberes sagrados de la naturaleza; y en general, la profunda piedad que sin debilitarse jamás, llega á dominar á los espectadores, cualidades que son hoy rarisimas, por todas ellas asegura, y con razon D. Carlos Vela, que la tragedia de Martinez de la Rosa, el *Edipo* español, sea cual fuere el aspecto por donde se acepte, siempre ha de ser

un modelo, que podra imitarse ó igualarse, pero núnca escederse.

El autor suscita una cuestion en la advertencia que vá al frente de la obra, cuestion, que por su importancia reclama que nos detengamos algunos momentos.

La tragedia antigua, separada de la grande época que la vió nacer, lejos de la tierra, de los primores del cincel y de la arquitectura que realzan su esplendor, desnudos los marmoles de sus teatros, múda la armonia de un idioma dictado por las gracias y silenciosos los auditorios, que le entrelazaban en su aplauso juicioso las coronas mas preciosas, al bajar de tanta opulencia para la pobreza relatíva de nuestros idiomas y de nuestras corazones, pondrá el pié en esta nueva escena con alguna esperanza de ser escuchada, comprendida y admirada ?

La diversidad de los tiempos y de las costumbres, la completa variacion de las leyes y de los gobiernos, y la profunda transformacion de las máximas morales y de las creencias, tan identificadas en el arte antíguo y en la relijiosa aspiracion de su Melpomene con las creaciones del ingénio, no influirian contra ella ; ¿ pero no habrá todavia en la belleza inmortal de esta forma muerta por muchos conceptos para la vida actual, algun tóque divino, que pueda despertarla del sueño que duerme por espacio de tantos siglos? Quebrantando la lósa monumental de su sepulcro, resucitará ante las asambleas de Atenas, la musa patetica de Eschilo, de Sophocles y de Eurípides ? No dudamos en la posibilidad del prodijio ;

pero la incertidumbre de Martinez de la Rosa era razonable.

Entre la invencion dramática de la Grecia, y las tentativas de la imitacion moderna, por muy perfectas que ellas sean, existirá siempre la inmensa distancia que media entre la copia y el original. Los maestros más celebrados, conocieron y confesaron eso mismo en la edad floreciente del renacimiento de las letras y áun despues de él, cuando el fervor de restaurar algunos primores inimitables, decidió á los mas osados á arrostrar los pelígros de una lucha, que afianzó la gloria hasta á los mismos vencidos. La obra imitada que, lejos de los tipos eternos y siempre juveniles de la inspiracion helénica ó romana, parece lanzar vivisimos resplandores, desmaya tan luégo como la confrontamos com ellos y perdiendo el fulgor, casi que se disipa lenta y pálidamente.

Martinez de la Rosa, lo sabe, lo apercibe y lo confiesa con la lealtad que le era propia. ¿Qué le movió, pues á hacer este segundo esfuerzo de Leucathe, en que la caída de tantos gladiadores le recordaba el pelígro?

La eleccion y la índole del argumento.

La catástrofe y los infortunios de Edipo, son de todos los siglos y de todas las naciones; y la condicion del exito esencial, consiste sobre todo, en conservar inalterable la simplicidad clásica de la fisonomía al hijo de Laius, al esposo incestoso de Jocasta.

Admitido este principio, analiza el poeta español para

confirmarlo con las tragedias compuestas en Atenas y Roma por Sofocles y por Seneca, en Francia por Corneille, Voltaire y Lamotte, en Inglaterra por Alejando Heville, Dryden y Lee, en Italia por Carlo Forciroli y Giusti, y examinando las versiones mas ó menos esmeradas, del ingles Tomas Franklin, de los alemanes Manso, conde Stolberg, Hordelin y Solger, del italiano Orsatto Justiniano y del español D. Pedro Estalla, manifiesta su opinion acerca de todas ellas con la firmeza y el gusto crítico, que siempre le acompañaron en el examen de las literaturas comparadas, y, con la meditada y copiosa leccion debida á la familiaridad de los mas celebrados escritores, indica las prendas y los defectos de cada una, individualiza las libertades lícitas de muchas y los errores y oscuridades, que transtornan en otras el efecto y propriedad de varias escenas.

El resultado recompensó el juicioso estudio, que su modestia denomina ensayo. Leyendo aquellas páginas que revelan el gusto elevado y sublime de la antiguedad, podria decirse, que el poeta Granadino, despues de proponer en su poética las reglas y los ejemplos de la tragedia, quiso labrar por sus manos el modelo, tomado al natural del propio pensamiento.

Adopta como inspiracion de lo antíguo, la obra de Sophocles, tan celebrada en todos los tiempos y la transporta para el español, con tanto acierto, que la sencilla elevacion de los sentimientos y del estilo, no se resiente de su contacto y el color delicado del original no desmerece lo mas minino en tan estensa y dificil version. La uniformidad de la accion y del tiempo, observada por

los antíguos, y la de lugar admitida é impuesta por los modernos, distincion muy reflexiva que hace el sr. D. Carlos Vela, fueron observadas por él escrupulosamente, y en asuntos semejantes, no concurren poco para exaltar, por el mérito de la dificultad vencida, el valor de la imitacion.

Desechados con inexorable rigor los episodios inútiles; opuesta la escena á los delirios y transportes de amor, que algunos autores aceptaban en la idéa de avivar con ellos el interes por la fábula; eliminado el personage de Creon, cuñado de Edipo, que Sophocles admite, la accion camina y se adelanta en toda la simplicidad trágica, reducida á cinco personas, que son los únicos interlocutores del drama, no debiendo mas que á la contemplacion del arte y á la poética y profunda interpretacion de las pasiones y de los caracteres, el terror que infunde y la sublimidad, que, en algunos trechos eleva al poeta á una altura dificil de alcanzar é ignorada por los competidores que le precedieron.

Siguiendo á Schakspeare, Racine y Alfiéri, conservó como ellos, los córos populares de las antíguas tragedias, concediendoles en la obra el lugar que ocupaban anteriormente. Separandose de Sophocles, cuando la prudencia y el delicado tacto se lo aconsejaban, no sacrifica á lo que hoy se llama color local y que muchas veces es mas falsa que una pintura libre, ni las proporciones, ni la casta hermosura del modelo griego. Un gusto esclarecido le guia los pasos, le indica los precipicios y lo salva del pelígro de arrostrar temeridades vanas ó de reducirse al papel de copiante, cuando

todo le impulsaba á prodigalizar los recursos de la fantasía.

La España, tan bienhadada respecto de glorias dramáticas, engastará sin duda entre las mas estimadas, esta joya de su diadema. Pocos poetas tienem páginas tan envidiables: el ingénio de Martinez de la Rosa ostenta en ellas todos sus poderes. Ha cortado para si y para la pátria de Cervantes y de Calderon, una palma igual ó superior, á las que pasando de las manos de Corneille, Voltaire y Giusti, ornan la altíva frente de la escena francesa y el seno inspirado de la Italia, siempre celosa por las flores de todas las civilizaciones.

IX

La perfeccion no escluye la variedad, en las diversas manifestaciones del pensamiento. Lo justifican con sus obras, Ovidio entre los antiguos, y muchos escritores notables, entre los modernos. De Martinez de la Rosa, puede decirse, que casi abarcó todos los géneros, y que imprimió en ellos, el sello de una vocacion fortificada por el amor y veneracion del arte.

Catedrático de filosofia en Granada, orador académico y parlamentar, poeta dramático y lírico, novelista, historiador y crítico, en cada uno de los ramos del saber, que recorrió, levantó padrones de gloria á las letras pátrias. Las ilusiones de la amibcion, y la in-

quieta impaciencia de la vida pública, núnca prevalecieron en su ánimo, contra el culto de las ciencias y musas, sus compañeras inseparables, tanto en la mayor elevacion de la fortuna, como en los desengaños repentinos de la desgracia.

Aquél pecho, cubierto con las insignias de casi todas las ordenes militares de la Europa, no respiraba libre y satisfecho, sino, apoyado sobre la mesa de escritor. Con la frente reclinada en una mano, y la pluma volando en la otra á merced de la inspiracion, asi, era como se deleitaba olvidado de todos los ruidos que lo cercaban.

No ignoraba, que los timbres de la fama, labrados por pasiones partidarias, son frágiles, y como frágiles, se olvidan facilmente. Por tanto, mientras que otros se sacrificaban de hinojos á los falsos ídolos de la popularidad y escuchaban ansiosos los oraculos de la Pythonisa política, él, buscaba sonriendo, las sombras de las arboledas, la serenidad del hogar doméstico, y el silencio de la meditacion, para levantar el pedestal, donde su estátua, despues de su muerte, debia recordar su nombre, entre otros muchos, tan aplaudidos, que la España, madre dichosa del Cid y de Cervantes, nos pregona con legítimo orgullo.

¿Quién se atreveria á disputarle los numerosos títulos, que le conceden un puesto eminente, al lado de los primeros, en la fecunda tierra de tantos varones ilustres? Hasta la envidia, cuyos latidos no siempre sofoca la sombra de los mauseleos, apartaba la vista silenciosa.

¿Qué diria ella, contra las hermosas páginas, que distinguen la carrera del vate granadino, verdadera via miliaria de triunfos y trofeos.?

La pureza y melodia de los carmes que emanaron de sus labios, y la esmerada correccion que, en toda cláse de escritos, abona su conocimiento profundo del idioma le grangearon, por demas, en el concepto de los doctos la merecida reputacion de clásico entre los clásicos. Hablaron por aquella voz elocuente, los maestros mas respetados: Garcilaso y Hurtado de Mendoza, Fr. Luis de Granada, Los Argensolas, Lope de Vega, Solis, Rebolledo, Cervantes, Rioja, Lusan, Ercilla y Saavedra Fajardo.

Cualquiera que fuese, el asunto propuesto, ó la forma adoptada, ya prosa, ya verso, en la mas arrebatada escitacion de la mente ó en el mas atrevido asunto dramático, apesar de los arrojos escenicos, ménos propios á los ornamentos delicados del estilo, su voz, núnca decae ó desafina, ni la propiedad de los vocablos se desmiente. La lucidéz, don peculiar de su ingenio, preocupacion constante de sus desvelos, ni por momentos, huye al concepto con la claridad, ó consiente, que una leve nube le ofusque el brillo y los contornos.

Lo que fué y está siendo en Portugal Antonio Feliciano de Castillo, el émulo de los mas perfectos cultores del idioma pátrio, á quien le debe este tantos y tan raros tesoros, era en España Martinez de la Rosa, menos contrariado, todavia, en sus esfuerzos. La idea, por si sola, no es suficiente para conquistar la inmortali-

dad á las concepciones del espiritu. La verdad del precepto de Boleau, será eterna como la razon que la dictó. Si tropieza en la locucion, si los ropages son mal adaptados, indigentes ó sórdidos, y acusan con su desaliño la negligencia y la pobreza del escritor, en fin, si las frases cortadas, pálidas y repetidas, rebajan la espresion, casi desmayada, ¿quién no dejará caer con enfado el libro, en buen hora, la perla se oculte en su seno? Entre tanto, para desplegar con desafectado artificio todas las galas del idioma, y graduar con acierto los esmaltes de cada uno de los colores lanzados por manos de hadas en el tejido prodigioso de la tela imaginativa; ¿qué inmenso caudal de estudio, de comparacion y de tacto, no es necesario, sobre todo, en épocas de decadencia, ó de reaccion, en que los extremos se tocan y la exageracion provoca á cada instante el error?

La senda trazada por los maestros, se franquea para los que la contemplan desde léjos, obstruida de verdores, matizada de flores naturales y exoticas, y cubierta de ramos entrelazados. Mas por bajo de esas alfombras naturales y de esos toldos, que brotan al acaso de una vegetacion agreste, se ocultan, resbaladizos, los despeñaderos. Un pié en falso, un espacio mal apercebido, un tronco séco, tomado por apóyo, hacen mas profunda é irremediable la caída. Imprimir la huella en un terreno seguro, mondando la vegetacion opulenta y superflua, coordinar aquella confusion lujosa, y de cada árbol, de cada arbusto, recoger la flor mas perfecta, y componer, con adecuada eleccion, los labores sencillos y graciosos, complicados ó fantásticos, que reclama el aliño y aconseja la índole del pais y del talento, esa es la

suma dificultad, que solo apreciarán debidamente los que, en mas de una esperiencia infeliz, aprendieron á conocer el pelígro y á valuar el exito.

Nadie escedió al autor del *Espiritu del Siglo*, en las condiciones requeridas para sobresalir por la castidad y esmero de la locucion. No somos, pues, nosotros, autoridades competentes para decidir en tales casos; como estrangeros no lo ignoramos. Las bellezas y los secretos de la composicion, por sus dificultades en cada idioma, no se dejan admirar completamente, sino, de los que desde la cuna la hablaron, escribieron y manejaran; no vacilamos, sin embargo, en repetir lo que ha sido admitido por unánime apreciacion de nacionales y críticos, habilitados suficientemente. La evidencia persuade con facilidad. Los eruditos, que por el uso frecuente de los ejemplares castellanos, adquirieron leccion completa para aventurar su voto sobre tan dificil punto, son conformes en el loor y en la sentencia. No recelamos, por tanto, en reproducir aqui el dictamen que consignaron.

En la tribuna política, donde las explosiones del entusiasmo, ó los ejemplos de la indignacion, se desatan con frecuencia en turbulencias, ¿quién ha de exigir del improvisador, qué por médio de las llamas, en que el ídolo se le hace patente, gradúe y modere los afectos, cincele las imagenes ó recame la frase, como lo haria la reflexion en el sosiego del gabinete? ¿Qué orador inspirado, cambiaria, la conmocion á que se entrega y que su vóz inflamada comunica á los auditorios, por las gracias estudiadas, por el perfil correcto de las figuras ó por las transiciones combinadas, que más ó mé-

nos, denuncian siempre, hasta en su belleza regular, la ausencia de aquellos momentáneos resplandores, que brillan, se debilitan y luzen, en médio de los relámpagos, con que se corona el discurso apasionado, cuando la idea, el verbo, la luz y las sombras, los ímpetus y hasta el silencio, arrebatan, confunden, y al mismo tiempo estremecen y paralizan, á los que le escuchan suspensos y deleitados? Para unir las formas perfeccionadas, la vehemencia relativa, y la abundancia ostentosa de Ciceron, á los dotes que inmortalizaron á Demostenes y á Mirabeau, cuando exaltaban el vuelo por cima de volcanes, ¿que inmenso caudal de ciencia y de lenguage no era preciso poseer, qué rara confianza en si mismo y en el equilibrio de todas las facultades no es indispensable reunir, y que admirable y fecunda leccion de los mas celebrados modelos, no es necesario tener á cada paso en la memoria, para ir estampando sucesivamente en la téla que se desdobla con la rapidéz del pensamiento y que un descuydo aféa, trabajos á cada momento interrumpidos por otros, colores que varian indecisos de estos para aquellos tonos, segun fluctúa y se agita la mas caprichosa de todas las hijas de la invencion, la eloquencia, pérfida y esquiva, hasta em médio de las sonrisas deleitables y de las promesas sinceras?

En Portugal, solo Garrett y José Estevão consiguieron arrancarle el ingenioso secreto, logrando en parte cortar la doble palma que Atenas y Roma legaron á los siglos venideros, en la firme esperanza de no ser jamas igualadas. En España, Martinez de la Rosa, fué uno de los que más se aproximaron á los Eschinos y á los Hortensios, sobresaliendo por la riqueza comedida,

por la deduccion del raciocinio, por la esposicion brillante, y por la claridad admirable de la idea y de la palabra. Para remontarse con el asunto por las eminencias de lo sublime, y llegar, luego, sin sobresalto, hasta la superficie de las cuestiones, dirigiendo el descenso con mano hábil, abrazando en el terreno práctico todas las dificultades, esclareciendo las tinieblas del sofisma, y entrando en la intimidad de los pormenores mas positivos, tan solo por un privilegio casi innato del ingenio, un acto casi espontáneo del espiritu.

No se crea, que nos ciegue en esta apreciacion el deseo de engrandecer al poeta. Abundan los testimonios en favor de lo que dejamos consignado, y no necesitamos recogerlos en la opinion crítica de la España, tal vez sospechosa, para algunos escrupulosos. Escuchemos á mr. Edgar Quinet, escritor, á quien nadie estrañará predilecciones anticipadas.

En su libro titulado *Mes Vacances en Espagne*, describiendo las famosas sesiones del congreso, en que se discutia en el año de 1843, la acusacion intentada contra el sr. D. Salustiano de Olozaga, y retratando con vivos colores los tipos mas notables que tomaron parte en aquel duelo parlamentario, tan lleno de incidentes y grandes rasgos, mr. Quinet, habiendo descrito la fisonomia espresiva de los Olozagas, Cortinas, marques de Pidal, Gonzalez Bravo, Castro y Orosco, Bravo Murillo, Roca de Togores y D. Joaquin Maria Lopez, llega finalmente á Martinez de la Rosa, cuyos principios políticos, le llamaban poco la atencion, cuya individualidad literaria, no era de las que mas podian asociarse

á sus simpatias, y se espresa, acerca de él, en la forma siguiente : « Era preciso oponer al sr. Lopez el hombre mas querido y estimado en España ; y este, es Martinez de la Rosa. Su ancianidad es fresca, esbelta y juvenil, como la de los poetas. El culto de las musas, léjos de robarle la autoridad en presencia de las asambleas legislativas, se la confirma, y á ella debe la merecida preponderancia que ejerce. Los contornos de su fisonomia son espresivos, y los cabellos castaños, sueltos sobre la frente, ayudan á moderar, un tanto, el ardor de aquellos ojos andaluzes. Añadid á todo esto, una presencia digna, graciosa y seductora, el porte de la verdadera hidalguia granadina ; una voz agradable jamas enronquecida por el rugido gutural del tigre africano y habreis formado una idéa, casi exacta, del orador que se levantaba. Si núnca le veis ceder á los fiéros transportes, en que otros se abrasan, en compensacion admirareis siempre en él, las galas de locucion realzadas por el mas constante aticismo. Nadie logró conciliar, hasta hoy, con mas acierto, la índole nacional de las letras pátrias, con la prudente imitacion de las obras estrangeras. Es tan cosmopolita en este sentido, cuanto puede serlo un español de la Alhambra. Su correcta vehemencia, contrasta de un modo increible con los felices arrebatos de Lopez. Su frase, comedida y delicada, recuerda la elegante flexibilidad de movimientos del corcél andaluz. Paladin, lleno de urbanidad, parece entrar en la lucha y levantar el guante del reto, ménos, en defensa de las pasiones partidarias, que en nombre y para gloria de su dama. El nuevo aspecto que sabe dar á la discusion, se hace peligroso para el adversario. Encubre la violencia de los otros con su templan-

za y blandura. ¿Quién, por lo tanto, desconfiará de la idolatría monárquica de un hombre, que arrastró cinco años las cadenas del despotismo en los presidios del Africa? »

Este retrato, hecho con la maestría del insigne profesor, concuerda en todos sus pormenores con la fisonomia serena, circunspecta é inspirada de nuestro poeta. Pueden bramar las iras de las facciones en la plaza pública ó en el interior del congreso; puede el humo del incendio, inflamado por ellas, ennegrecer el rostro de los combatientes y el mármol de la tribuna; puede, finalmente, la elocuencia de los adversarios, olvidada de la elevacion, que es su nobleza, despedazar la púrpura, y poner bajo las plantas la diadema de luz, dádiva inmortal del genio, que la suscita, el corazon de Martinez de la Rosa, núnca se ha dejado atropellar por el ímpetu frenético de aquellas pasiones funestas; de sus labios, núnca trasbordó en denuestos la hiel de los ódios; y jamas unirá su voz á los clamores de la plebe ó á los aplausos de las asambleas, un grito de exterminio, una esclamacion, un vocablo, que desdiga de la moderacion ó urbanidad, que se ufana en conservar ilesas como enseñas de talento y caracter. Las ofensas, las frases intencionales y las provocaciones ménos justificadas, no le obligaban jamas á olvidar una sola vez, como orador ó como publicista, en los consejos de la nacion ó en las luchas de la palabra, lo que debe á si propio y á su mandato, lo que exige de él la gloria del pais y el decoro del senado.

Los escritos en prosa, que nos dejó, se recomien-

dan por los mismos dotes de correccion, de propriedad en la frase y en el estílo, y adecuadas proporciones en el plan. Aquella pluma, que parece guiada en varias obras por la mano de las musas clásicas, no descansó, entre tanto no llegó á descubrir en casi todos los estremos del arte, no los horizontes cargados de nubes y tempestades que algunos exaltados desearian, sino prespectivas puras y resueñas muchas veces, y no pocas tambien innundadas por el sol vivificador, que, sin quemar las plantas y pétalos, los dora con todos sus resplandores, avivandoles la lozania del color, los encantos y los perfumes.

Una de estas joyas, á la cual, la simplicidad del esmalte aumenta de cierto el valor, es el *Libro de los Niños* en prosa y verso, dictado por la delicada ternura que traslucia en la sonrisa y en la mirada del cantor de tantos afectos tiernisimos. Compuesto en el momento, en que las tormentas políticas se desataban mas desenfrenadas, justifica al mismo tiempo, como sabia someterse el ingénio de Martinez de la Rosa, y los tesoros de afabilidad y adnegacion, que encerraba aquel noble pecho.

Descender de la elevacion, en que habia saludado como hermanos al genio trágico de Sophocles y al genio dramático de Schakspeare; descender de las regiones filosoficas, desde donde, habia contemplado los terremotos y convulsiones del siglo, los efectos de los errores de los príncipes y las causas de las revoluciones de los pueblos, y sin vacilar, obrero del pensamiento y de la civilizacion en todos los ángulos del edificio, la-

brar por sus manos gloriosas el cimiento de la educacion infantil; sentarse en las gradas de la escuela, y ante la contemplacion de las generaciones nacientes, abrir fundamentos de esperanza y porvenir con el modesto y humilde libro elemental; balbucear, deletrear con ellas las primeras líneas, gravarles en la tierna memoria el precepto y el ejemplo; hablarles de Dios, de los júbilos inocentes de la virtud, y de los lazos íntimos y sagrados de la naturaleza; dirigirles los inciertos pasos sobre palmas y flores; medir la luz á la razon tímida, que los grandes esplendores pueden oscurecer; alimentar con las primicias del pan del espíritu, la flaqueza de aquellas inteligencias, para que un dia, el orgullo no las despeñe ó las tinieblas de la ignorancia no las sofoque; en fin, desviar las malezas, esplanar el camino y franquear la sénda, á los que desde tan léjos y pór muchos años han de seguirla, esa, es la empresa honrosa, el fecundo y auspicioso intento, que revelan las sencillas páginas, tantas veces reproduzidas, en que una grande alma, se inclina con la conciencia de lo que puede, á conferenciar con la infancia, haciendose sencilla é ingénua como ella, y pagandose más de los frutos cogidos entre sonrisas y travesuras pueriles, que llenarse de orgullo con los aplausos de los auditorios ó con las ovaciones teatrales.

En Portugal, tambien otro poeta muy parecido con Martinez de la Rosa, hasta en esta vocacion sublime, suspendió la lira y el laud, é interrumpiendo el trato íntimo de las letras antíguas y modernas, en que tan feliz se revela su talento, siempre favorecido por ellas, intentó, nuncio de progreso, mejorar la enseñanza pri-

maria, despojandola de la rudéz y atraso de tradiciones caducas, fundiendo modelos, tachando preconceptos, y llamando á todas las puertas para mendigar el aula del futuro, que ha de sustituir á la escuela del pasado. En premio de mil fatigas y develos ¿que obtubo, sino la envidia, la indiferencia y la injusticia? Hacemos referencia al poeta eminente, Antonio Feliciano de Castilho, el émulo de Ovidio en los *Fastos*, en los *Amores* y en las *Metamorfosis;* el autor original y enternecido de *Amor y Melancolia;* el arrebatado cantor de los *Celos del Bardo* y de *La Noche del Castillo*, secretos poeticos, que todos dirian, robados á Byron en una hora de delirio y de desesperacion.

En el capitulo v de esta memoria, hicimos observar en que circunstancias fué concebido y estudiado el curioso libro consagrado por el poeta á la memoria de Hernan Perez del Pulgar, célebre capitan del reinado de Fernando é Isabel, y hemos dicho acerca de él, lo que concisamente admitia la rapidez de un boceto como el que le consagramos. No es, pues, nuestro ánimo insistir.

El bosquejo histórico, (asi titula el autor á sus bellas páginas) reasumiendo la vida y las proezas de un personage digno de continuar las heróicas tradiciones del Cid, reproduce con verdadero colorido, las creencias, los sentimientos y las costumbres enérgicas de la época gloriosa, que sirve de fondo al cuadro.

Afirmada en documentos auténticos, conservados en los archivos de la casa de Salar, academias y otras de-

pendencias, crónicas generales y particulares, y autorizada con la relacion autógrafa escrita por el mismo Hernan Perez del Pulgar, destinada á exaltar los hechos del famoso Gonzalo de Cordova, la narracion, camina animada y pintoresca, uniendo á las condiciones de una obra severa, el agrado é interés que no siempre se encuentran en las producciones emanadas unicamente de la fantasia.

Martinez de la Rosa, para abonar la felicidad de su pintura, le adicionó pruebas insospechas; *La breve parte de las Hazañas del escelente nombrado Gran Capitan* compuesta por Pulgar y un apéndice que consta de veintiocho documentos ilustrativos. Raras veces se habra conseguido cumplir el precepto *horaciano*, tan al pié de la letra como él lo cumplió. La mano incansable y el gusto correcto, avivan, casi en cada trecho, las bellezas de su prosa elegante, que realza la desafectada simplicidad, la meditada contestura de los períodos, y la eleccion y propiedad de las frases. Podia decirse, que leyendo este ensayo, tenido por un modelo, escuchabamos á fr. Luis de Leon ó fr. Luis de Granada, á Hurtado de Mendoza ó Miguel de Cervantes, cuya produccion, despues de confrontada con la leccion de los maestros, salio perfecta de sus manos, sin sacrificar, por imitacion servil á ninguno de ellos, la individualidad del estilo ó las esenciones y libertades de la crítica moderna.

La novela histórica de *Doña Isabel de Solis*, que dividió en dos partes y numerosos capitulos, recuerda otras idéas y pertenece á distinta fase de su existencia.

El pensamiento de medirse en el terreno, que colmaba entónces de ruido y aplausos á Sir Walter Scott, le ocurrió en Paris, durante la emigracion, y tomando proporciones, llegó á realizarse, por ultimo, en el seno de la encantadora ciudad de su nacimiento, teatro preferido para la accion, que habia planeado, comprendiendo en ella uno de los episodios mas dramáticos de la lucha de las razas árabe y cristiana, poco tiempo antes de la caída del ultimo dominio árabe en la Peninsula.

Atreviéndose Martinez de la Rosa, á seguir las huellas del poeta escoces, en este camino abierto recientemente, confiesa con lealtad la desconfianza que lo contrariaba. La novela histórica, apesar de haber sido aceptada con elógios, casi unanimes, no se le representaba, como una manifestacion adornada con las sólidas cualidades, que aseguran prolōngada duracion á las obras del espíritu. Temia, ademas, sucumbir en la empresa, y receloso de si y del género, dudaba del desempeño. Asegura, que le decidió el deseo de aproximarse en la senda de las letras á los puntos, que le prometiesen algun tesoro con que poder engrandecer la herencia aceptada. La fama del autor de Wererley y el ejemplo del celebre Manzoni, acabaron por resolverle. Quiso dotar á la España, que aun no amaneciera para las novedades del siglo, como dirian los clásicos pertinaces, realizando una tentativa, que sirviese, al menos de galardon, para distinguir el esfuerzo de un ingénio codicioso por engrandecerla con los modernos timbres de la inteligencia.

Para desempeñar el asunto, como la imaginacion del

poeta lo concebia, no podia recrear con deleite la vista en los monumentos y campiñas de la deliciosa capital de su nacimento. Escrita en las margenes del Sena, léjos de los parages, en que habia de desenvolverse la tela del enredo, ¿no saldria la accion pálida, debil y casi muerta? Entre las dulces memorias de la ausencia pátria y bajo el cielo sombrio de una ciudad estrangera ¿no se resintiria muchas vezes la inspiracion con la tristeza y desaliento del destierro? Estas consideraciones, influyeron tanto en su ánimo, que, aplazando para mas tarde la ejecucion del designio, ocupó con estudios, menos gratos, sus ocios laboriosos.

Mientras que no pisase el sagrado suelo de la pátria y no sintiese en el corazon y en las venas el claro sol de Andalucia, juzgaba, que seria algo mas que imprudencia esponerse en un terreno escabroso y poco conocido todavia. Ademas, queria que el pincel castellano, á semejanza de los prodigios obrados por la paleta de Walter Scott, immortalizase aquellos sitios deliciosos, que, en medio del silencio de sus ruinas, tanto recuerdan el heroismo de los antepasados, á las generaciones que sucesivamente fueron á inclinarse en presencia de ellos. Hijo de Granada, temeria cometer una ingratitud si no depusiese á la sombra apacible de los altivos torreones de la Alhanbra, mas esta corona de sus glorias literarias. Los recuerdos de la infancia y de la adolescencia, el amor del seno doméstico, tan suspirado por las almas bien formadas, y el testimonio de tantos primores y de tantas memorias, todo, le invitaba á cambiar de proposito y á enriquecer con ella el asunto de su obra, adoptando alguna de las épocas memorables, que mas se celebran en los anales del país de su nacimiento.

Apenas desaparecieron las causas, que le detenian en pais estrangero, se lanzó á la empresa, y con el raro acierto con que siempre aparecieron sus producciones literarias, determinó el argumento de la novela (cuya primera parte, permaneció algunos años en su cartera áun despues de terminada), prefiriendo el rapto de Doña Isabel de Solis, su cautiveiro, los amores de Albo Hacen y de la hermosa doncella, y el rápido suceso variado el nombre, al cual, debió ella despues de olvidadas las creencias, el ceñir la diadema de reina de Granada. Con los transportes de una pasion que proporcionaba al poeta toda la sublime escála de los afectos líricos, con las prespectivas concedidas por la naturaleza y por los monumentos de una cultura, aunque sensual, muy adelantada, cual lo era la de los árabes, con todas estas circunstancias habian de convenir necesariamente las proporciones grandiosas, que requerian é inculcaban por si mismas la lucha de dos razas, de dos religiones y de dos civilizaciones opuestas.

No nos mueve la adulacion por el ingénio elevado del eminente poeta : le admiramos únicamente. De otro modo, seria faltar al respeto debido á sus cenizas y prescindiriamos de la obligacion que nos hemos impuesto. La novela histórica, con que Martinez de la Rosa se inauguró en un genero tan dificil, por los obstaculos que ofrece, no corresponde de un modo absoluto á lo que se exige de una composicion de esta índole, ni campéa (forzoso es confesarlo) con las concepciones mas elogiadas, del admirado escritor, que se habia propuesto imitar.

A los caracteres de los personages y á la interpre-

tacion de su vida y creencias, falta aquel sello peculiar, que era el secreto de Walter Scott, y que hace á sus héroes casi amigos íntimos del lector. Reproducir asi una época, resucitarla, darle el colorido y movimiento natural de la existencia, reanimar las pasiones y los sentimientos, que mas caracterizan la individualidad de su fisonomia, este prodigioso don, que muy pocos poseyeron, solo despues de terminar el maestro su carrera, algunos predilectos lograron rastrearlo. El autor del *Espiritu del Siglo*, se aproximó algunas veces á su modelo, descubrió primores y dió realce á trasuntos que no vacilaria en trazar el autor de Woodstok; pero en lo general se dejó dominar demasiado por la aprension de la fidelidad histórica, y sacrificó al ardor de la erudicion (y tambien en varias ocasiones á la escesiva delicadeza del gusto) la libertad indispensable á los vuelos de la fantasia, cambiando, por demasiado apego á las formas, los efectos animados de la pintura, por la severidad de la estatuaria.

Aunque á Doña Isabel de Solis, no se la puede calificar con justicia como hermana de Ivanhoe, de Quintino Durward ó de los Puritanos de Escocia, patentiza tener con ellos un parentesco tan proximo, se atavia tan graciosamente y habla una lengua tan pura y tan ornada, que en grande parte compensa las cualidades que no ostenta con el encanto espontáneo de una hermosura verdaderamente peninsular. Los capitulos, en que bosqueja los monumentos principales de Granada, monumentos que son el glorioso pregon de la grandeza de los dominadores árabes, todos ellos, compiten en los trazos descriptivos, con las páginas mas esmeradas y aplaudidas de

la escuela romántica. Las escenas de la vida íntima de aquel pueblo, guerrero y político, caballeresco y galanteador, que fué el último, vencido y triste, á despedirse de los encantados jardines de la Alhambra y del Generalife, estan terminados con un relievie y una vida tales, que recuerdan las formas de los maestros mas celebrados. El cuadro de las discordias civiles que dilaceraron el seno del reino granadino, y los episodios de la prolongada lucha, casi dignos de Homero, lucha que terminó por la caida de un dominio de ocho siglos y que restituyó á la España la deseada unidad, inspiraron á la fecunda invencion del poeta, rasgos, descripciones, conflictos de intereses, relámpagos de pasiones y oposiciones de sentimientos y costumbres, que hacen de este libro el compañero inseparable de cuantos visitaren el reino de Boabdil, con el deseo de apreciar los orígenes de su opulencia y las causas fatales de las catástrofes que precipitaron su ruina.

Nos falta mencionar ligeramente el escrito filosófico que en otro aspecto mas elevado é instructivo, completa la serie de los trabajos literarios de D. Francisco Martinez de la Rosa. El *Espírito del Siglo*, que el autor apenas denomina *bosquejo*, le costó muchos años y vigilias. Para llevar á cabo su vasto y fecundo proposito, tal como lo habia concebido, debió emplear las fatigas reiteradas de una prolongada y activa existencia, esclusivamente destinada á realizarlo. En el pensamiento de Martinez de la Rosa, este libro, que componia en los intérvalos de otras ocupaciones, debia comprender un curso de política, aplicado á los acontecimientos de su época.

En la advertencia, que precede á la primera edicion de Madrid, declara, que fué en 1823, cuando le ocurrió el pensamiento de labrar mas este monumento de su fama. Todo le convidaba, entónces, á volver los ojos para el teatro de los sucesos contemporáneos; el espectáculo de las discordias y desgracias de la España; las dolorosas reflexiones suscitadas por ellas; las tristezas del destierro, y la mala direccion dada por los gabinetes á los negocios de la Europa.

Interrumpida casi á cada página, por las enfermedades y otros estudios y cuidados de su autor, la obra caminó vagarosamente.

El terremoto, que en 1830 derribó el trono de tres generaciones de reyes, y la aprension de las transformaciones, que anunciaba, le renovaron el deseo de continuarla, no levantando mano de ella, hasta que, recogido á su pátria y llamado á presidir el gabinete, se vió obligado á sepultar en su cartera el manuscrito; pero no bien cesaron las funciones ministeriales, volvió á su antíguo empeño y terminó la parte que fué inmediatamente confiada á la imprenta, tan honrosa para su talento, como digna del asunto por la imparcialidad de las opiniones, de los juicios y de las conjeturas. Entre 1835 y 1836 publicó los primeros tres volúmenes, y con ellos, recogió los frutos de sus penosas fatigas. El elogio, con que la prensa saludó en Francia y en España el grandioso cuadro de las orígenes, desenvolvimiento y vicisitudes de las idéas de 1789, desde la aurora de la revolucion hasta los sombrios dias de 1793, es la verdadera y merecida recompensa, á que aspiraba el eminente

escritor. Animado por este glorioso estimulo, prosiguió sin descanso, y los volúmenes impresos en continuacion de aquellos, adelantaron sus apreciaciones críticas hasta el año de 1808. Infelizmente, la mejor prenda de erudicion política de Martinez de la Rosa, está y quedará incompleta. El sabio arquitecto, no consiguió levantar la cúpula sobre el edificio construido con tanto arrojo y solidez.

Llegamos al término de la empresa, que nos propusimos, seguros de los buenos deseos con que la comenzamos y mas que dudosos del exito, que les correspondió. Intentamos describir la noble é inspirada fisonomia del estadista y del poeta, contemplado por los dos aspectos que mejor caracterizan al hombre de letras y al hombre de estado; y en ambos nos esforzamos por demostrar, que núnca desmintió, ni la firmeza de las creencias, ni la amenidad de la índole y elevacion de espíritu, ni la modestia, que es el decoro del genio. Pocos habran pasado por pruebas tan penosas y repetidas, y pocos habran salido de ellas, como el grande orador, puros, ilesos y respetados. La admiracion, que hacia inclinar ante su genio á nacionales y estrangeros, no aplaudia únicamente los esplendores de una inteligencia privilegiada, reverenciaba igualmente la nobleza moral y la generosidad del corazon.

En su prolongada carrera, vió brotar, casi espontáneamente del seno de una grande crisis, la idéa triunfante, que hizo la revolucion de 1789; vió á la primera república tornada adulta, y coronada de triunfos, resvalar por fim en la sangre inocente vertida por el terror;

vió tambien al astro del imperio, cual iris de la alianza entre los pueblos y el orden, iluminar la Europa, y luego, comenzar á eclipsarse en la oscuridad, que, desdoblandose lentamente, terminó ofuscandole del todo en Waterloo. Singular coincidencia ! En un periodo relativamente corto, entre el alborecer y el ocaso de una idéa de hombre, casi se repitieron los mismos hechos ante sus ojos, y todo parecia resucitar, ménos los héroes de la época antecedente, cuya estatura gigantesca no cabia en el reducido teatro de nuestro tiempo.

Pocos años antes de que finalizase la existencia de Martinez de la Rosa, tembló la tierra por tercera vez, se hundió en Francia la dinastia de Orleans, y de la rápida explosion de febrero de 1848, surgió una república. Suspensa entre el presente, que la recibe indeciso, y el futuro, que se calla, esta hermana mas joven, heredera de la terrible y guerrera hija de 1793, escucha los ecos imperceptibles del pasado, y detenida momentáneamente al borde del precipicio por la elocuencia de una voz sublime, se deslumbra con los clamoreos de las falsas teorias, sigue vacilante el camino entre tinieblas, se declara hostil á los intereses sociales, vuelve las armas contra el propio pecho, rompe la toga, y decrépita, desengañada y moribunda, va por fin á los pocos meses, á refujiarse en los brazos de la dictadura militar. El imperio, vuelve poco mas tarde á anunciar la paz y la restauracion de los principios esenciales al sosiego, y prosperidad de las naciones.

Aun hay mas. Desvanecida como un sueño esta aparicion, confusa imagen de los años juveniles, el poe-

ta, casi en la víspera de adormecerse para siempre, oye retumbar á lo lejos en los campos de la Italia la grande voz de la guerra; y no sin profunda conmocion, contempla los lauros de Magenta y Solferino, que reverdecían las coronas de Lodi, Arcole y Marengo. En presencia de este espectáculo casi prodigioso, es de suponer, que su alma tan creyente y piadosa, se inclinase sumisa ante los designios insondables de la Providencia, y, repasando los quadros de otras eras, se juzgase (quien lo sabe!) transportada por instantes á los tiempos heróicos de que hoy sobrevive tan solo la tradicion.

Pocos son, ciertamente, los hombres notables á quienes fué concedido de igual modo el ver operar los siglos, esparcir la semilla, crecer y asomar los frutos, y asistir aun á las primeras recolecciones. Actor y espectador, le concedió la naturaleza el privilegio de presenciar acontecimentos memorables. Cuando el sol de Austerlitz le doraba las fugitivas horas de la adolescencia y de la juventud, la esperanza, cogiendole de la mano, le enseñaba ya el camino que debia seguir. Las salvas belicosas del segundo imperio, ornando con los modernos triunfos las viejas águilas, precedieron por pocos meses los trémulos pasos, que ya le conducian al sepulcro. Podria decirse, que Dios lo detubo en el mundo hasta esa hora adelantada, para que la constelacion que se habia manifestado radiosa sobre su cuna, fuese, todavia la misma, que tambien derramase sus rayos luminosos sobre el monumento erigido á la memoria del poeta.

NOTAS

I

En el apreciable estudio biográfico, sobre D. Francisco Martinez de la Rosa, publicado por mr. Eugenio Gary de Monclave, en la *Revue générale biographique, politique et litteraire*, se menciona el año de 1788, como aquel, en que vió la primera luz el estadista eminente y gran poeta, cuya pérdida deplora la España.

El sr. D. Eugenio de Ochoa, fija el nacimiento de este varon esclarecido en el año de 1789, consignándolo en las noticias que preceden á la coleccion de las obras en prosa y verso del autor del *Espiritu del siglo*, y en el tomo II del curioso libro, que publicó en París en 1840, con el título de *Apuntes para una biblioteca de escritores españoles contemporaneos.*

La biografia comprendida en el tomo I de las *Obras completas*, impresas por Baudry en 1845, conserva la misma opinion, que reproduce todavia en el conciso resumen del tomo XXXIV de la *Nouvelle biographie générale*, de que fué editór en París mr. Fermin Didot en el año de 1861.

Debemos al sr. D. F. Fernandez y Gonzalez, catedrático de literatura general y española en la facultad de filosofia y letras de la universidad de Granada, el documento extraido de

los registros bautismales que han puesto, por último, término á todas las dudas. Se justifica por medio de él, que Martinez de la Rosa, víno á la vida en la ciudad bañada por el Darro y Genil, en el dia 10 de marzo de 1787, y que fueron sus padres, D. Francisco Martinez y Doña Luisa de la Rosa, personas de ilustre y estimado linage.

En el *Elogio fúnebre*, leido por el sr. Fernandez y Gonzalez, en claustro pléno, ante la universidad de Granada, y en la pagina 10, nota 1.ª, se halla comprovada la fecha, que preferimos, confiados en la autoridad da su citacion. La acompañan esclarecimientos curiosos; y la certificacion hallada por las investigaciones que praticó D. Jose Samosa y Llanos, en la parroquia de santa Maria Magdalena de Granada, refiere, que se pusieron al poeta los seguientes nombres en la pila bautismal: Francisco de Paula, Jeronimo, Meliton, Manuel, Jose Maria del Cármen, siendo su padrino D. Manuel Martinez Verdejo, y testigos D. Diego Martinez Arroyo, D. Juan de Burgos, y D. Antonio Cervino. Todo lo cual, consta al folio 326 del libro XVII de los archivos de la iglesia de santa Maria Magdalena.

II

La educacion moral y literaria del poeta, fué cuydadosa y esmerada, segun dejamos consignado. Fué su maestro de primeras letras D. Cristobal de Urbina, y de latinidad y otras clases, (que constituian lo que entónces se denominaba humanidades), el maestro sr. Perez de Vargas, catedratico de elocuencia de la universidad de Granada; frecuentando al mismo tiempo las aulas particulares que aquél regentaba en su casa. Martinez de la Rosa, sobresalió de tal modo en sus estudios, que obtubo varios premios en los certámenes públicos debatidos por los alumnos del mencionado profesor. — *Elogio funebre del doctor D. Francisco Martinez de la Rosa* por D. F. Fernandez y Gonzales; Granada 1862, pagina 10, nota 3.ª y 4.ª

III

A los doce años, habiendo estudiado ya Martinez de la Rosa retórica, poética, geografia, mitologia é historia antigua, se matriculaba, en el año de 1799, como colegial de San Miguel en la universidad de Granada. Una de las notas del libro de matrículas de aquel año en la facultad de filosofia, refiriendose á él, dice lo siguiente: — «D. Francisco de Paula Martinez de la Rosa, natural de esta ciudad, bajo, buen color, cabello castaño, y de edad de 12 años, juró obedecer al sr. Rector y se matriculó en lógica.» — Idem, pagina 11, nota 1.ª

IV

El ingenio se anticipó á los años en Martinez de la Rosa. Además de un sainete, que compuso durante sus cortos ocios de estudiante, siendo aun colegial de San Miguel, sainete que circuló manuscrito por las manos de sus condiscipulos, y varios discursos pronunciados por ocasion de actos públicos y algunas composiciones ligeras, que se perdieron, sobrevivieron del tiempo de sus ensayos juveniles, una oda inspirada por la ceremonia de los examenes da su antigua escuela de instruccion primaria, y una coleccion de odas en loor de la Sacrosanta Eucaristia, compuestas para ornamento de la plaza de Granada en la funcion del Corpus en el año de 1805; recomendandose todas por la correccion de la forma y por la facilidad y elegancia del estilo. — Idem, pagina 15 y 16, nota 1.ª y 2.ª

V

Las distinciones y honores, que valen mui poco ó nada, cuando apenas significan la influencia, ó el favor sin funda-

mentos en el merito personal, no faltaron á Martinez de la Rosa en su prolongada y laboriosa carrera.

Cuando falleció, dejo vacantes los cargos de vicepresidente del consejo de estado, de presidente de la cámara de los diputados, del ateneo científico y literario, del consejo superior de instruccion pública, de la academia española, y una cátedra, en cada una de las academias de la lengua, de San Fernando y de la historia, y de ciencias morales y políticas.

Además de estas distinciones literarias, tan dignamente justificadas por su elevacion de ingenio, era socio correspondiente de la real academia de ciencias de Lisboa, de la sociedad de los anticuarios del norte, fundada en Copenhague, de la sociedad filósofica de Filadelfia, del instituto histórico de París, y de otras más, que fuera ocioso mencionar.

Seguiendo al elocuente historiador de las Cruzadas mr. Michaud, y al varon Tailor, tan considerado por sus escritos é investigaciones, correspondióle la merecida gloria de presidir á las diez sesiones del 9.º congreso celebrado en el palacio de Luxemburgo, el mas brillante de cuantos vió la capital de las letras. El ilustre poeta, inauguró aquella solemnidad con un discurso sobre la civilizacion en el siglo XIX, el cual, le grangeó los elogios y aplausos de la docta asamblea.

Los príncipes y los gobiernos en la esfera política, no se mostraron menos apreciadores de su talento, que las corporaciones científicas. Cuando cerró los ojos, puede afirmarse, que habia recibido pruebas de la mas alta consideracion, dadas por casi todos los soberanos de la Europa. Caballero del Toison de oro, gran cruz de la orden de Carlos III, de Cristo de Portugal, de la Lejion de Honor de França, de San Salvador de Grecia, del Crucero del Brasil, del Leon de Belgica, de Pio IX, de San Genaro de Napoles, de San Lazaro y San Mauricio de Cerdeña, y del Nisham de la Turquia, cada una de las insignias, que esmaltaban su pecho, recordaba un servicio eminente, prestado por él á la patria, á la libertad y á la civilizacion del mundo.

VI

La España, provó que sabia conmemorar y reconocer los sacrificios y las virtudes de sus hijos. Un real decreto de fecha 8 de febrero de 1862, ordenó, que se hiciesen á los restos mortales de D. Francisco Martinez de la Rosa, los honores fúnebres de capitan general de ejercito fallecido con mando en jefe. El preámbulo del decreto, por los terminos en que está concebido, áun hizo todavia mas significativa y apreciable esta prueba de respeto, refiriendose á la lealtad acrisolada y á los eminentes servicios prestados al trono, á las instituciones y al pais, por el varon ilustre, cuya pérdida, tanto deploró la España por medio de sus mas celebrados y elocuentes oradores.

En la sesion de la cámara de los diputados, del 8 de febrero de 1862, apenas se recibió la participacion de que su presidente Martinez de la Rosa habia dejado de existir á las seis horas menos diez minutos del dia 7 de febrero, su vicepresidente el sr. D. Modesto Lafuente, el elegante y apreciado autor de la *Historia de España*, pronunció concisamente algunas sentidas frases dignas del asunto y de su talento.

El general D. Leopoldo O'Donnell, presidente del consejo de ministros, asociandose al dolor de la asamblea, de la corte y del pais, comunicó al congreso, precedido de honrosas y breves frases, el decreto relativo á las honras fúnebres del ilustre finado. Siguiéronle, el sr. marques de Pidal, D. Salustiano de Olozaga, y D. Manuel Gonzalez Brabo, los cuales, manifestaron los sentimientos comunes á todos sus colegas.

En la sesion del mismo dia, presidida por el sr. marques del Duero, la cámara, decidió unánime que acompañaba al sentimiento público de todo el pais, por la inmensa pérdida que padecia la España con la muerte de un hombre, que habia sido siempre reputado como verdadero modelo de patriotismo y adnegacion.

La sesion del dia 10 de febrero, no fué menos memorable. Despues de relatar el sr. D. Modesto Lafuente, la forma en que

la comision administrativa habia desempeñado sus funciones en la disposicion de las ceremonias fúnebres, consagradas á D. Francisco Martinez de la Rosa, oró el sr. D. Francisco Goicoerrotea, pidiendo que el *Diario* de sesiones se publicase orlado de luto, y acto continuo, el sr. Gonzalez Brabo, pronunció un elocuente discurso, conmemorando la vida y las admirables cualidades del hombre célebre, que acababa de fallecer. El sr. ministro de estado, el sr. Olozaga, (á instancias del sr. Gonzalez Brabo), y el sr. Mena y Zorrilla, con la elevacion propia del talento, se refirieron á las virtudes y servicios del poeta y hombre politico.